



Luis Bonafoux

# **Bilis**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**Luis Bonafoux**

## **Bilis**

### **Mi Credo**

...Sí, llevan razón, soy un D. Quijote, o Quijote sin don, que en las luchas humanas tengo la manía de ponerme al lado del débil contra el fuerte, del oprimido contra el opresor, de los Jesucristos contra los Fariseos, de los vencidos por la arbitrariedad, de todos cuantos van cayendo para no volver a levantarse, con lo que no he ganado y no ganaré honra ni provecho; y si tuviesen que echarme a puntapiés los periódicos donde escribo, por haber sabido que como tantos otros había intentado yo timar, por el procedimiento del chantage, mil pesetas a un señor ministro, no habría lugar donde yo pudiera poner cátedra de persona decente, ni periódico que quisiera recibirme, recordando el «dime con quién andas y te diré quién eres»; y cuando mi padre murió en Puerto Rico, en cuyo presidio no estuvo nunca por ladrón, habiéndolo sido de él los más de sus amigos, ningún periódico le puso por modelo de honradez intachable...

Lejos, muy lejos de recabar bombos, vienen cayendo sobre mí toda suerte de difamaciones; tantas y tan grandes que, aunque joven aún, puedo decir, como Thiers, que soy un paraguas muy viejo sobre el que ha llovido mucho tiempo...

Pero cada cual viene al mundo a cumplir su destino: quién a timar pesetas a los señores ministros; quién a escribir artículos diciendo la verdad, y la verdad es que la Prensa convertida en Celestina vergonzante, no ciñe el lauro de la fama a los Blanqui, sino a los Artón, como no corona de rosas a las matronas, sino a las prostitutas. Puede, en buen hora, repetir el poeta hipocondriaco que sabemos por las selectas sagradas de la más pura latinidad que solamente los pillos y los necios son queridos de los dioses...

«Hay dos clases de artistas -dijo, muchos años hace, el exministro de la República don Eduardo Benot. -El éxito a toda costa, el lucro y el aplauso de un día, hacen doblar la rodilla al que estima como oficio lo que debió mirar cual sacerdocio. Adula y canta férvidos ditirambos en honor del siglo que se muere, y de las preocupaciones adoradas por la multitud. Y el favor de las masas condecora sus trabajos.

«Al contrario, hay quien se atreve a mirar al rostro a los fantasmas de las supersticiones y de las costumbres, y arremete contra las rutinas que deben morir; pero que, mientras más viejas, más fuerzas tienen y con más vigor resisten. Y las nubes de incienso no envuelven al rebelde. Su aureola es el escándalo, y su recompensa la persecución. Entre estos disidentes milita Luis Bonafoux.»

Sí, milito -y no tengo más remedio que militar entre esos disidentes...

¡Dichoso aquel que tiene su casa flote, y que, por tenerla, puede hurtar los ojos a la perspectiva del fango de la calle, viviendo dentro de su piel, en la soledad, nunca bien ponderada, del propio pensamiento!... Pero el que tiene una pluma en las manos, y sobre la mesa unas cuartillas que deben transformarse en pan cotidiano, como la blanca oblea se transforma en pan eucarístico, y, a mayor rigor de calamidades, tiene cerebro, según dicen, enfermo -que acaso lo está de tanto pensar en la humana miseria y villanía- y corazón para sentir, y nervios que se engarabitan, y no ha podido ni querido prostituirse en el bajo oficio de periodista ¡ah! ese tal no tendrá más remedio que escribir lo que piensa y lo que siente, y, al hacerlo así, veráse fustigado por el ladronzuelo, por el polizonte, por el imbécil, por el canalluca, por el sinvergüenza, por una partida de malhechores y mentecatos refugiados en el periodismo, ancho campo de Castilla, en donde el ser periodista suele significarlo todo menos persona decente y entendido en letras, y equivale a arrastrar la cadena de la esclavitud que imponen las preocupaciones y los convencionalismos de una sociedad retrógada y podrida, mientras llega el día de que el periodista arrastre la merecida cadena del presidio...

¡Pan amargo y escaso!... ¡Pan cruel!... ¡Pan con vilipendio!... ¡Pan que no invita a comerlo, sino a envidiar el honrado y abundante que gana el limpiabotas francés sin abdicar lo que debe ser sagrado para el hombre, sus creencias, sin prostituir su voluntad, a la intemperie de la calle, donde las mangas de riego arrastran las inmundicias y el aire libre barre los miasmas!...

Y, sin embargo, hay que seguir... Y como hay que seguir quiero yo ponerme bien con los amos del país para que no sigan trabajando en la caritativa empresa de cerrarme las puertas de los periódicos donde escribo. Y allá va la confesión general de mis culpas, la retractación de mis abominables errores; allá va mi Credo...

\*\*\*

Creo que hicimos perfectamente en no cumplir lo con venido en el Zanjón, negando reformas a Cuba, y engrosando las ya innumerables partidas de autoridades despóticas y de empleados venales, cuyas malas artes no excitaron la insurrección, la cual respondió exclusivamente a concupiscencias de un centenar de negros y mulatos chancleteros;

Creo que la insurrección de Filipinas no respondió al despotismo de la frailocracia en aquel país, sino al libro Noli me tangere, de Rizal, y al cuadro Spoliarium, de Luna Novicio;

Creo que Castelar es un redomado filibustero por haber encomiado el militarismo de Maceo, elevándole a la categoría de héroe épico, cuando en realidad era un mamarracho que nos dio guerra una porción de años; y que a Pi y Margall hay que darle cuatro tiros por haber condenado las manifestaciones que ocasionó la muerte del cabecilla mulato, todas dignas, patrióticas, nobilísimas e hidalgas, como aquella de simular el entierro de un pelele negro, en pos del cual iban prorrumpiendo en Improperios unos vecinos del Congo;

Creo que a Rizal -cuyo origen etimológico es Ager hordeo satus pascendis pecoribus- debieron obligarle a dar la vuelta al mundo, agonizando de clima en clima y de mar en mar, antes de echarle fuera las tripas y aventar sus cenizas;

Creo que Cánovas es el primer estadista del mundo; que los Estados Unidos nos tienen un miedo atroz; que siempre somos vencedores, y que si por casualidad tenemos que retirarnos alguna vez, lo hacemos gradualmente y conservando el aire marcial; que nuestras bajas son siempre insignificantes, aunque peleamos uno contra diez, y que las bajas del enemigo son como las arenas del mar, que ni contarse pueden;

Creo que lo injusto es lo justo, derecho lo torcido, libre lo esclavo, blanco lo negro, y que los presos de Montjuich no fueron torturados -aunque lo vocea la prensa europea- sino que los tales presos se dedicaron a arrancar las uñas de los pies a sus jueces, obligando a uno de ellos a darse un tiro en la cabeza;

Creo que en Europa somos los más honrados, dignos, francos, valientes, ilustres, insignes, eminentes, egregios, bizarros, hidalgos, virtuosos, gallardos, compasivos, ilustrados, pudorosos, bellos, altivos, talentudos, heroicos y heroicos (bis);

Creo en Dios... ¡No! Lo que es en ese Dios que permite tan sangrientas burlas contra un pueblo en desgracia, en ese Dios no creo yo, así me aspen los modernos inquisidores de Madrid.

1897.

¡Que venga el Cólera!...

Asombroso. El ministro de la Gobernación, que estuvo en carácter defendiendo en el Congreso que don Segismundo Moret tiene méritos bastantes para entrar en la Academia, donde entró el músico Barbieri en clase de amansador de los académicos, no podía eximirse de tomar medidas sanitarias de precaución, estableciendo estaciones en Badajoz, Valencia de Alcántara, Salamanca y Túy; porque de un examen micrográfico hecho en deyecciones de enfermos coleriformes, resulta la presencia del bacillus virgula en Portugal.

Ha hecho más el señor Ministro: ha declarado sucias las personas que proceden de Lisboa; declaración que, hecha por nosotros, es un verdadero colmo, e indica un tupé incomparable...

El señor ministro de la Gobernación de las Españas e islas adyacentes responde, al tomar tamaños acuerdos, a la rutina de los centros oficiales, siendo así que si el señor ministro lo mira bien, tendrá que convenir en que lo que aquí nos hace falta es precisamente un cólera morbo asiático; no como el de marras, que fue inofensivo, aunque puso en precipitada fuga a otro ministro de la Gobernación, sino como el que asoló, hace dos años, a la ciudad de Hamburgo; un colerazo, en fin, que permita decir a Becerra, recordando una de sus frases:

-Si no me escapo me diezma el cólera.

Las epidemias son necesarias, singularmente, en los pueblos pobres y famélicos.

El cólera sería extemporáneo en París, plétórico de oro, donde ocho mil personas han pernoctado en las calles para suscribirse al empréstito del Municipio, aunque el interés ofrecido es de dos por ciento. Pero en España, donde andaluces y no andaluces estamos pereciendo literalmente de hambre, el cólera sería una adquisición.

Un morbo asiático, que deseo de todo corazón, daría empleo a multitud de médicos y practicantes, que están actualmente sin ocupación, y a miles de obreros, cuyos oficios se relacionan con las epidemias y con la muerte misma.

La conveniencia del cólera tiene, además, otro aspecto. En casi toda España, y particularmente en Madrid, no hay más que un grito -exceptuando, por supuesto, el del hambre atrasada y el de ¡viva el Papa Rey!- el grito de «¡estamos perdidos!», que se exhala con las variantes de «esto está muy malo», «esto es el acabóse», «esto es ya cagarse...» y se habla de anemia, de reblandecimiento cerebral, etc, y hay quien pone la esperanza en que nos conquiste el extranjero...

¿Son frases de la charlatanería tradicional lo que oigo en todas partes, o son verdades sinceramente sentidas? Por tales las tengo. Y como la causa primordial de esta agonía política y social está en el hecho de que de cada uno de esos mundos, lo mismo del político que del administrativo, así del literario como del social, se ha apoderado, por tradición, un enjambre de hombres ineptos y venales, hay que pedir que venga el cólera con urgencia, porque acaso nos libre de una peste peor, para concluir con la cual haría falta establecer un a modo de Terror rojo, y, con el Terror rojo, el triángulo de la guillotina en la Puerta del Sol.

¿Quién puede, dentro del régimen vigente, y, lo que es más grave, dentro de la anemia nacional, quién puede acabar con políticos decrépitos que siguen en el poder aunque se caen por sus propios pies cuando salen de paseo?... ¿Quién se atreve con esos administradores prevaricadores que se amparan los unos a los otros, y se juntan, como criminales perseguidos por la Guardia civil, cuando alguien los amenaza con tirar de la manta que los cobija?... ¿De qué modo se ha de librar el país de los que predicán el indiferentismo y el convencionalismo social, y, encogiéndose de hombros, contestan a todo: «a mí, ¿qué?» «¿qué más le da a usted?» y hacen vida lacústica entre las iglesias y las plazas de toros?...

¿Cómo, en fin, se ha de dar la puntilla de la crítica a literatos aguanosos y plagiaros que viven encaramados, como el padre Font, en la silla gestatoria del Olimpo, y a periodistas imbéciles, ignorantes y serviles que reinan en las redacciones?...

¡Ah, sí! ¡Venga el cólera!

Yo me permito aconsejar al señor ministro de la Gobernación que rectifique las disposiciones emanadas de su limpia pluma, dejando abiertas todas las fronteras a la epidemia salvadora, y enviando comisiones de médicos a recoger en frascos el bacillus

virgula para repartirlo a domicilio, o para darlo a los encargados del riego de las calles, con orden de que lo introduzcan en las mangas y abonon la villa con caldo de microbios.

Aunque el cólera, si viene, no ha de necesitar que lo estimulen.

¡Porque hay en Madrid tanto congrio putrefacto!

¡Que venga la Peste Bubónica!...

Querido Dicenta:

Con sincero asombro acabo de leer estas líneas tuyas, de una protesta contra un Alcalde, y además Barón, enemigo de Juan José:

«Nunca, hasta ahora, se me ha ocurrido protestar de lo hecho en contra de mi Juan José. Por alto, y sin quejas de ninguna especie, pasé las prohibiciones eclesiásticas que han llovido sobre aquel drama como pan bendito (digo pan bendito, porque en beneficio de la venta de ejemplares redundaron las tales prohibiciones); nunca me quejé de los Obispos; pero la prohibición mahonesa es de tal índole, tiene tal significación, atenta de tal modo a mi propiedad y a mis derechos de ciudadano, que sería falta grave no contenerla, y debilidad rayana con la cobardía dejarla pasar en silencio.

«Bueno que algunos Obispos aconsejen a los fieles que no asistan a las representaciones de mis dramas; derecho suyo es, si creen que mis dramas son contrarios al dogma y al espíritu cristiano, aunque yo no haya visto en qué pueda faltar a la moral cristiana una obra que, como Juan José, se inspira en sentimientos de profunda piedad hacia los pobres, hacia los desvalidos, hacia los desheredados, hacia los faltos de pan, de instrucción y de morales enseñanzas, hacia los predilectos del Redentor del mundo; bueno es eso; allá los Obispos con sus prohibiciones, y yo con mi conciencia.»

¿Es posible? Tú, Joaquín Dicenta, ¿has podido escribir y -lo que sería más grave- pensar y sentir eso? ¿Crees tú que los Obispos tienen derecho a aconsejar a los fieles que no asistan a las representaciones de los dramas de un Bjoernstjerne-Bjoernson, y no digo a las representaciones de los dramas tuyos, que nada tienen de socialistas ni de anarquistas - puesto que no lo eres tú, ni lo has sido, ni lo serás en tu vida?

Pero ¿no estás viendo que esa es la teoría de los Retanas que pedían la cabeza de Rizal, no por enemigo de España, que no lo era, sino por haber publicado el Noli me tangere contra los frailes de Filipinas? Ya que no por ideas, hazlo por instinto de conservación: los Obispos, a quienes concedes el derecho de aconsejar a los fieles que no representen tus dramas, acabarán por aconsejarles, máxime si queda impune el consejo, que te lleven al garrote.

Lo importante en este asunto no es la alcaldada, sino la obispada, siendo aquélla consecuencia de ésta; y tú, que invitas a tus compañeros a protestar contra el Alcalde de Mahón, no te asociaste a Pepe Estrañi para protestar contra el Alcalde de Santander cuando

esta especie de Barón de las Arenas «secuestró de las librerías y se llevó en el carro de la basura los libros de Zóla, Daudet, Galdós, Nakens, Estrañi y Bonafoux». ¿No te acuerdas de eso? Pues yo sí me acuerdo de ello, y de otras cosas, además...

Yo profeticé todo eso y algo más cuando ustedes, los revolucionarios... del teatro, me dejaron solo, en mi diaria protesta contra las peregrinaciones y demás preludios de la reacción sacristanesca, frente a los fieles de teja y sotana que en El Movimiento Católico y en otros periódicos me llamaron «boca de monstruo que vomitaba sapos y culebras», «escritor sarcástico y satánico», «escritor farisaico e irrisorio que mezcla el néctar con el veneno», etc, etc.; y que luego me denunciaron y procesaron, con buenas ganas de echarme plomo derretido en los ojos y sacarme tiras de pellejo.

Ese pasar por alto, y sin quejas de ninguna especie, las abominaciones de los frailes, tiene la culpa de todo lo que está pasando en España, no sólo contra Juan José, sino también contra los escritores independientes, contra los patriotas de veras, contra los hombres honrados, y tiene asimismo la culpa de los atropellos cometidos con los presos de Montjuich, con los vencidos de la guerra de Cuba, con ese pobre Rizal que fue de Manila a Barcelona y de Barcelona a Manila, recorriendo todos los mares y todos los países, pidiendo piedad en odas partes, para ir a la postre, en cumplimiento de la más horrible y fría de las venganzas, a dejar las tripas en el Circo de la Inquisición resucitada, frente al altar en que recomendaron su alma los mismos que fusilaron su cuerpo... ¡Y tú no has protestado; tú, Joaquín Dicenta, no has recordado las morales enseñanzas del Redentor del mundo!...

Porque hubiera podido ocurrirte lo que al protagonista del Vientre de Paris, novela que parece calcada en nuestra raza inferior e envilecida. El émulo de Lombroso, que no pudo encontrar cien hombres honrados para cotejarlos con cien criminales, tendría que salir por las calles de Madrid como Diógenes con la linterna.

Las campañas sinceras se estrellan ahí en la muralla china del indiferentismo crónico, que en los pueblos es síntoma de muerte, o son arrolladas por la execrecación del mayor número, o aprovechan a los que no pensaron en ellas, o caen bajo las achuladas cuchufletas de esos idiots savants clasificados por Frederick Petersen, quienes se figuran que imitan el esprit del honrado pueblo parisién, siendo el esprit otra cosa y ejerciéndose sobre temas que no entrañan vergüenzas para la patria.

¡Ay del que se nombra!... decía Robespierre; y en Madrid son pocos los que están en condiciones de nombrarse y nombrar. Se vive al día, por el cielo azul, y la patria, el ideal de la patria, es el día... en que se logra vivir, sea como fuere. ¡Así va la patria dentro y fuera de las fronteras!... No haya miedo de que los Panamá's tengan ahí correctivo, ni los que negocian en la Bolsa de París con combinaciones antipatrióticas de la prensa de Madrid; no haya miedo de que se respete la ley escrita, ni de que se ampare el derecho del pobre contra la injusticia del poderoso. ¡Bah! ¡Antiguallas! ¡Cursilerías! ¡Sinceridades tontas! ¡Honradez negativa! Ahí se tiene mundo, muchísimo mundo, y la patria es Celestina de inmunda simonía.

Y ¿te quejas, Joaquín, de que se atropelle a Juan José, cuando tú, que eres de los que han podido protestar, pasas por alto, y sin quejas de ninguna especie, tantos atropellos ajenos? Y ¿al protestar a favor de Juan José, no protestas en nombre de las ideas, ni de los sentimientos, sino en nombre de la propiedad? ¿Estás rico, por ventura? ¡Más te valiera estar pobre!...

Porque cuando eras pobre e ibas a buscarme a mi laboratorio de la travesía del General Pardiñas, y recorríamos vertiginosamente los campos vecinos, ¿te acuerdas? pensabas tú conmigo que había que dar la batalla al clericalismo; que había que darla, como se da en Francia, en la prensa, en la tribuna, en el hogar, en la calle, con palabras, con artículos, a tiros y a silletazos como los que se dan por Semana Santa en las iglesias de París... Yo sigo pobre. Por eso estoy fuerte. Por eso puedo repetir hoy, en Madrid, lo que dije ayer, al despedirme la primera vez que vine a París.

«... ¡Primavera triste! Más de un mes hace que la vegetación se desborda y se enmaraña en Roten Ron y en la Allée des Acacias. Más de un mes hace que París y Londres se despojaron de sus vestidos de invierno, y que hay arrullos de pájaros en las ramas y ritmos de amor en las alamedas. Y Madrid parece un sepulcro blanqueado. Lluvia incesante y fría hiela en el árbol la hoja apenas retoñada; viento huracanado azota las paredes, se introduce en las casas, hace tiritar los cuerpos y entumece las almas; sombra de muerte flota sobre Madrid, como si Madrid hubiese reemplazado su cielo azul por un toldo negro, hecho con jirones de sotanas; y el vecindario anda a duras penas envuelto en capas, en mantones, en pañuelos, en bufandas; tapado todo el mundo, como si todo el mundo tuviera que tapar una vergüenza... ¡Diríase que ha pasado por Madrid, aleteando tristemente, un gigantesco cuervo a horcajadas en el trabuco del cura de Santa Cruz!... ¿Cuándo será la caza? ¿Cuándo me despertará, con la luz de un nuevo día, la voz de Fuego?...»

Desesperado de la realidad volví a vivir sin nombre -aquí donde los más grandes son tan desconocidos como los más humildes- la vida de obrero independiente que piensa lo que quiere y dice lo que siente, teniendo por toda pompa el legítimo orgullo de no sufrir ancas de una sociedad idiota, por todo compañerismo el mío, por todo regalo el pan diario y por todo placer un sitio al sol en el buen tiempo. Soy fuerte, muy fuerte, y desde la cumbre de mi pobreza me río del panorama de la verdadera miseria humana.

Me encanta, Dicenta amigo, me encanta la peste bubónica; porque creo de la peste bubónica, como antes lo creí del cólera morbo, que puede ser la solución; y me sublevo contra la idea de que acierte el doctor Roux en su augurio de que no nos visitará aquel salvador azote.

¡Ah, sí, que nos visite; que venga a pasar entre nosotros una larga temporada! No siendo posible realizar el sueño de los que han calculado que es necesario degollar en España dos millones de personas, debemos pedir la peste bubónica para que nos vaya ayudando...

¡Que venga una peste que convierta las ciudades en hospitales y los barrios en cementerios!

Y en una sociedad tan podrida la peste irá como una seda. Aunque quizá nos respete, como respetan los cuervos a los cadáveres de la Torre del Silencio... ¡por demasiado putrefactos!

#### Actividad patibularia

Con el título de ¡No corre prisa! publiqué hace años un artículo crítico de nuestra atonía física y moral, de ese modo de ser nuestro que consiste en dejarlo todo para mañana.

En aquel artículo, justo, como mío, hay, no obstante, algo que merece ser rectificado. Nuestra tradicional indolencia abarca toda clase de cosas; con una sola excepción: el patíbulo. Seremos todo lo holgazanes que se quiera; pero en tratándose de dar garrote vil, tenemos el record de la actividad.

Recuérdese, si no, lo ocurrido con Sempau. Este pobre muchacho, acosado en su patria, vino a París en busca de trabajo y pan. Fue presentándose a los españoles y gustó a todos por la circunspección de su carácter. A nadie ocultaba que era socialista, porque el serlo en París es la cosa más natural del mundo; pero no alardeaba de innovador, ni de redentor, ni de ninguna de esas cualidades que tienen constantemente en la boca los saltimbaquis de la política y de la literatura.

Era un socialista a la moda de ahora, de los socialistas que predicán con el ejemplo, y que por eso son oídos; porque a los otros, a los que jueguean con el socialismo, a los que tienen el socialismo de pantalla de timbas de empresarios y de reclamos de necios, nadie, como no sea la guardia civil, les hace caso.

Sempau gustó, trabajó y comió. Su conducta -a juicio de periódicos tan serios como Le Temps y L'Eclair- fue «ejemplar en todas partes». Su puritanismo era tan intenso que le obligaba a cometer verdaderas nimiedades, y así fue, como consignó L'Eclair, que desairó los favores de una porción de mujeres que se habían enamorado de su fisonomía apacible y dulce.

-« No tengo dinero para pagarlas -decía, y no quiero deber favores a nadie.»

¡Y el patrón del hotel reía de esta honradez paradisiaca!

Vuelto a ser hostilizado por la policía, y con la obsesión de que un hombre solo era el culpable de todas las persecuciones que sufría y de todas las penas que pasaba, arrastrado, en fin, por los fatalismos de su suerte, cometió un acto de violencia... En vano la prensa parisiense protestó de que Sempau no era anarquista. En vano quisimos protestar algunos españoles. Las protestas fueron al cesto de los papeles inútiles. Se voceaba y escribía:

**ES ANARQUISTA.**

Es anarquista, es decir: ¡al patíbulo con él!

Y si la justicia se hubiera dejado guiar por la impresión del general Azcárraga, quien daba prisa a los sentenciadores, el socialista Sempau estaría fusilado por anarquista, después de haber sufrido que le arrancasen las uñas y le estrangulasen los testículos.

La prensa francesa ha lanzado un grito de horror al enterarse de que el ministro Groizard mandó por telégrafo que se cumplierse sin dilaciones la sentencia que condenó a muerte al reo de Cáceres. Aunque el reo no fuese imbécil ni loco, la actividad del señor Groizard sería inexplicable en una nación como Francia, en donde todos los Poderes públicos se han esforzado en conseguir que Vacher, culpable de veintitantos asesinatos y violaciones, sea sometido a un largo y profundo estudio de médicos alienistas que analicen la monomanía sanguinaria del delincuente.

Un ministro que da prisa a la manivela del garrote vil es un verdadero caso (digno de ser estudiado por antropólogos y psiquiatras), que acusa netamente la mentalidad de nuestros gobernantes, de esos gobernantes tan morosos en dar a Cuba una autonomía que hubiese salvado la vida a cien mil españoles... Y si el señor Sagasta tuviera el valor de sus convicciones, liaría que el señor Groizard fuese a Cáceres y que el verdugo de Cáceres se trasladase al ministerio de Gracia y Justicia, para que no se pueda decir que siendo España un pueblo de adanes y perezosos, tenemos una actividad inusitada en Europa para dar garrote.

¡Si yo fuera Cánovas!...

En el flujo y reflujo de la marea frailuna, la ensangrentada ola del Archipiélago echó a España la espada del general Blanco, y el cenagoso oleaje de la política madrileña echó al Archipiélago el fusil del general Polavieja, quien, después de adquirir el sagrado compromiso de ponerse al servicio de la conjura frailuna, matando indígenas como quien mata moscas, obtuvo el visto bueno de Su Majestad el fraile, verdadero rey, señor amo de aquella colonia perteneciente al pueblo español, a ese pacientísimo pueblo calificado de bragazas por el señor Silvela y de imbécil por el señor Salmerón.

Con el visto bueno de la corte eclesiástica, el general Polavieja puede ejercer de archipámpano, rematar la suerte, que nunca le fue esquiva, dormir gubernamentales siestas, bien custodiado por indios carabaos, en fresca hamaca suspendida de bambúes, a la benéfica sombra de pomposas mangas, y refocilarse con esculturales indias en el callado santuario de los conventos, que son para las autoridades de España en Filipinas algo así como casas de tapadillo, con licencia del ordinario y bula ad fornicationem...

Muerto el perro se acabó la rabia. Muerto Maceo se acabó la insurrección de Cuba. Muerto Rizal se acabó la insurrección de Filipinas. Cien veces lo leí en otros tantos artículos y sueltos patibularios, donde se pedía cabezas, en nombre de Dios, como se piden caballos en nombre de la sed de sangre que seca las fauces del caldeado circo. Y Rizal expió el crimen de haber publicado un libro contra los frailes del Archipiélago; y desde que llegó a Manila el general Polavieja llega diariamente el mismo telegrama oficial:

«Manila... Madrid...

Capitán general a ministro guerra:

Sentenciados por consejos de guerra 10 reos de alta traición y rebeldía.

Falleció uno en la capilla de enfermedad; y nueve fueron fusilados a las siete de la mañana.

POLAVIEJA.»

¡Fusilar no es vencer! Napoleón fue un gran general, no por los fusilamientos, algunos alevosos, que perpetró, sino por las batallas que ganó y las conquistas que hizo. Cualquiera mata. Si el matar fuese mérito de guerra, Rosas y Francia serían dos genios, y Deibler un guerrero más grande que César, y Abdul-Hamid, con sus trescientos mil armenios degollados, sería el primer general de Europa.

¡Fusilar no es vencer! A Filipinas no se la fusila; se la reforma; y loco sería quien pretendiese reformarla con fusilar ilotas y confesarse en seguida, como se confiesa Polavieja, para ponerse bien con Dios, como si Dios fuese el emético de los romanos repletos. Macbeth se lavaba las manos; pero sin disipar la sombra de Banquo. La meretriz se lava con agua de Lubin el sexo con cuyos placeres traficó; pero sin limpiar el coágulo del amor vendido. En las relaciones del pecador con Dios, la confesión es como la funda del purulento en su cópula con la mujer sana. Podrá Dios salir inmune del contacto; pero el pecador, después de desahogarse, sigue tan podrido como antes, y el confesor queda en el mismo estado de la funda que absorbió el virus del amor enfermo...

¡Si yo fuera Cánovas!... ¡Si yo tuviera la autoridad que tiene el señor Cánovas para hablar a España!...

Yo diría al pueblo español, yo le diría francamente:

-El imperio de Turquía perdió Moldavia, Valaquia, Kars, Batun, Bulgaria, Tesalia, Bosnia, Herzegovina, Chipre, Rumelia Oriental, y ahora está en peligro de seguir desmembrándose. El imperio de España perdió Méjico, Venezuela, Nueva Granada, Perú, Chile, Centro América, Santo Domingo, Gibraltar... Y ahora está en peligro de perder Cuba y Filipinas. Cuba debe ser autónoma si queremos conservarla. Filipinas debe tener reformas si no queremos perderla.

Con sinceridad rara, un corresponsal del Heraldo, nos ha narrado cosas terribles, inauditas, que erizan de espanto el cabello y llenan de vergüenza el corazón... Por ese corresponsal sabemos que en aquel archipiélago se trata a bofetadas a los pobres indios; que no hay allí dinero, exceptuando los millones de las órdenes religiosas, las rentas de la mitra y alguna que otra fundación; que Rizal era un infeliz, indigno de sacramentos, es decir, de los tiros que le dieron muerte; que por temblarle el pulso a nuestros soldados, sobrecogidos por un sentimiento de piedad, hacemos que los indios fusilen a sus semejantes, sirviéndonos de ellos como de instrumentos de las sentencias de muerte que dictamos contra sus coterráneos, contra miembros de su misma raza, quizá contra individuos de su

propia familia; que el indio, en su horrible inconsciencia, considera tan triste misión como un honor supremo, y se da importancia, y crece ante la mirada del castila, porque llena al fin una misión en la vida, la misión de matar, de matar a otro de su raza, de su religión, de su familia, el cual muere con indiferencia y serenidad asombrosas, recibiendo en pie la muerte; que los indios que antaño no asistían a los espectáculos de los fusilamientos, acuden hoy en número considerable; y que así se entiende allí el ser tutores de los indios por ley de la civilización.

¡Si yo fuera Cánovas!... ¡Si yo tuviera la autoridad que tiene el señor Cánovas para hablar a España!... Yo diría al pueblo español, yo le diría francamente:

-Todo eso es un horror sin ejemplo... un horror como no lo encontraremos en la misma Turquía. Dejemos a los sacerdotes del Islamismo cumplir el versículo del libro VIII del Corán: Combatir a los infieles hasta que no quede uno solo. Dejemos a los sacerdotes del Islamismo predicar el asesinato, el robo y el incendio como actos de fe. Dejemos al sultán Abdul-Hamid con las siniestras visiones que le persiguen a través de las bellas umbrías de su fortaleza de Ildis... ¡Dejemos la Inquisición, el fusilamiento, la tortura traidora y a mansalva!... No renovemos las alevosas matanzas de que fueron víctimas los indios de Lirey y Jaragua; no renovemos la esclavitud, esa esclavitud tan intolerable -como recordó en el Ateneo el señor Ruiz Martínez- que los hombres buscaban en la muerte el alivio de sus cadenas, y las madres sacrificaban sus hijos para no aumentar el número de esclavos. No seamos tercios. No seamos malvados, ¡No seamos brutos!

Sí, yo diría eso... y algo más. Yo impediría que el despertar del indio en el campo de Bamgunayán sea cuatro tiros por la espalda; y yo le mandaría reformas, todas las que necesita, todas las que pide con derecho y en justicia. Y al tomar este acuerdo lo realizaría hoy mejor que mañana, porque el desagravio no debe emplazarse, y para que no vuelva a suceder que al mandar reformas después de los Weyler y Polavieja, me contestasen airadamente: -«¡Ahora se las mete usted por donde le cojan!...»

Esperando el Protectorado

Con motivo de un escandaloso incidente surgido entre los periódicos de Madrid, incidente que en otro país hubiese dado margen a una enquête periodística, Nakens ha podido escribir:

«Si El Motín había de alcanzar gran tirada callando ante la injusticia, ocultando la verdad, recibiendo sumiso admoniciones de la gentuza nea, ¡bien haya este mi orgulloso acomodamiento con el modesto pasar, que me da la independencia tan necesaria al escritor para cumplir su misión honrada! ¡Bien venidas sean las contrariedades, benditos los apuros que me permiten exclamar!

Yo soy yo. No lo que otros quieren que sea.»

Sin llegar, por imposible, al puritanismo de un Louis Blanc, quien no publicaba anuncios en la cuarta plana de su periódico sin enterarse de si los anunciantes eran

fidedignos y de si las cosas anunciadas eran realmente lo que rezaban los reclamos, creo que todo periodista tiene el deber de poder decir lo mismo que ha dicho Nakens. Pero... ¡cuán contados son los que pueden decir otro tanto en toda España! ¡Cuán raros los periodistas independientes, dignos, honrados! Periodista español, no sólo es sinónimo de criado, sino que generalmente es sinónimo de canalla; de alma baja, rastrera e ingrata. Con raras excepciones, el periodista español es una rodea que sirve para sacudir el polvo de la mesa de la redacción, lo mismo que para limpiar la tapadera del retrete de donde el director de la publicación informa al público.

Nakens no nació para esos oficios. Con mucho talento, con pluma tan vibrante como enérgica y con conciencia cerrada a toda suerte de acomodamientos con el adversario, Nakens no podía «hacer carrera» en la capital de las componendas, de las combinas, de las farsas, de los distingos, de todas las escorias que forman la entraña social de Madrid; y abandonado de los suyos, de los mismos que tenían el deber de alentarle y sostenerle en la brega, Nakens, a la edad en que el hombre busca descanso, a la edad en que todavía no se es viejo, sin ser ya joven, tiene que pensar diariamente en el día de mañana y trabajar rudamente para vivirlo... Escaso consuelo es para la mayoría de los periodistas; pero acoja Nakens el respeto que le tributan amigos y enemigos. Más de una vez he pensado, en medio de la pobreza y soledad de mi vida, que Nakens ha llamado a la puerta de casa, que he visto su fisonomía de rudo combatiente a través de la verja que me separa del mundo, y que yo, en quien es casi morboso el deseo de apartamiento, he salido de prisa a recibirle en mis brazos; que le he dado sitio en mi pobre casa y en mi escasa mesa, y mi pluma para escribir, honrándola, todo cuanto piensa y siente; que le he cuidado como se cuida un herido en el combate de la existencia, y que he ido en busca de las mismas gentes de quienes sistemáticamente me aparto para decirles alborozado y orgulloso:

-Tengo en casa Nakens.

\*\*\*

«La prensa -ha dicho Cornely- es una de las ocupaciones más desgraciadas e innobles de nuestra actividad nacional.»

Si eso es, a juicio de aquel meritísimo periodista, la prensa francesa, ¡imaginen ustedes el concepto que le merecería, si la conociese, la prensa española!

Por fortuna nuestra, no se sabe de nosotros en Europa. Refiriéndose a los caricaturistas madrileños que asedian, por espíritu de imitación parisiense, a Inglaterra, un periódico de Madrid ha dicho:

«Pero todavía no conseguimos que los ingleses se indignen.»

No, no es fácil, porque ni siquiera se enteran de esos esperpentos caricaturescos, casi todos tomados de la prensa de París. Hace pocos días, en Londres, teniendo que buscar unos informes, me presentaron, como periodista español, a la redacción del Daily Mail; y el redactor de la sección extranjera en dicho periódico dijo asombrándose: «¿Conque hay periodistas españoles?... ¿Conque hay prensa en la pobre España?...»

-Sí, señor, sí, hay prensa; hay unos periodistas de alquiler que van de Herodes a Pilatos bailando por comer el pucherete nacional al son que les tocan; hay unos periodistas para todo, que enjaretan un artículo lo mismo que van al estanco en busca de pitos para el director; hay unos periodistas mariconcillos que se diputan genios y se alivian el hambre canina atizándose bombitos en familia; hay unos periodistas sui generis, con las patas sucias, la tripa vacía y la chola repleta de vanidades; y cuando sale por casualidad un periodista de fuste como Nakens se lo lleva el demonio, lo apedrea el clero, o lo apalean las autoridades como han apaleado al director de La Mosca.

-Es interesante -dijo el Daily Mail.- Todo eso variará con el protectorado de Inglaterra.

\*\*\*

... Y ahora permítame la gentil Valencia que me presente. Pero no creo que hace falta. Soy

Luis Bonafoux.

Pi Joanada

Una de las reformas de Puerto Rico es que los canónigos magistrales, como el Sr. Pijoano, pueden escribir comunicados no tan magistrales.

Sí; el Sr. Pijoano -que etimológicamente es homónimo de monseñor Rampolla- escribió un comunicadito para desmentir noticias más, dice él, remitidas a La Correspondencia de Puerto Rico.

Una vez que fui presentado a una princesa no pude menos de decirle, después de ensayar mi más graciosa sonrisa, como dicen los personajes de novelas cursis:

«No creía yo, Señora, que el destino tenía reservado el honor de rozarme con una princesa.»

Y al contestar -volviendo por la buena memoria de un muerto- al comunicado del Canónigo, no puedo menos de decirle después de ensayar mi más graciosa sonrisa:

«No creía yo que el destino me tenía reservado el honor de discutir con todo un Canónigo.»

Ni podía esperarlo. En todas partes los señores Canónigos se dedican a sus canongías, que no es poca ganga, sin meterse en honduras de prensa.

En fin, al Sr. Pijoano (¡para ti, lord Douglas!) no le parecen exactas mis noticias, respecto a las postrimerías del infelizote Rizal, por lo cual me permito recordar al señor Canónigo magistral, que aquellas noticias, según consta en la misma crónica, no son mías, sino del Times de Londres; y no le parecen exactas al señor... (¿cómo lo diré yo?) Pijoano (¡Dios nos libre!), porque no se avienen con las que dio «el Eco Nacional, importante publicación que ve la luz en la capital de nuestra monarquía, bajo la competente dirección de los señores Diputados a Cortes D. Enrique González y D. Vicente Balbás.»

No sabía yo que los señores González y Balbás hubiesen fundado un periódico que ve la luz pública en la capital de la monarquía del señor Anopijo, quien será carlista vergonzante. Pero tengo por averiguado que ni al Sr. Balbás, ni al Sr. González, ni al que asó la manteca, podrá ocurrirles la peregrina idea de comparar la información del Eco Nacional con la del Times, que es el primer periódico, no de Europa, del mundo.

Si el Sr. Rizal volvió o no

«a la casa del Padre celestial»,

como dice pintorescamente el señor Canónigo, de cuyo nombre no quiero acordarme, y si escribió o no escribió retractaciones (por el estilo de algunas que firmaron los torturados de Montjuich), crea su reverencia que me tiene sin cuidado. ¿Que estuvo bien fusilado? Pues allá ustedes. Si no hubiera frailes en Filipinas no habría mestizos. ¿Que optan ustedes por fusilarlos? Lo creo, porque son ustedes uranianos.

Lo que no me parece tan bien es que me diga el Magistral que

«hay mucho que aprender en los últimos actos del autor de. Noli me tangere.»

El último acto de Rizal fue... dejar la piel en Filipinas, y lo que es yo no pienso ir a Filipinas para que me empijoanen los frailes.

Como tampoco pienso ir a Puerto-Rico, en cuya Gaceta un señor Curet.

«cita, llama y emplaza por la presente requisitoria a D. Luis Bonafoux y Quintero, cuyo paradero y generales se ignoran, a fin de que se presente en el término de seis días en esta Cárcel.»

¡Digo! Se necesita ser Curet de capirote para decir a un señor que está en París:

«Llamo a usted, cítole y emplázole para que salga de esos boulevards, y venga a meterse en una cárcel plagada de mosquitos y alacranes, en la que lo menos que puede sucederle es que le alimenten con sus propios ojos revueltos con tomate, si no lo empijoanan diariamente.»

Si el Sr. Curet, que es hijo de un señor que se fue al otro mundo debiéndole a mi padre diez mil y pico de pesos, que yo no me he ocupado en cobrar, me cita, llama y emplaza para pagarme la cuentecita, allá iré, aunque no en diez días porque no soy palomo mensajero sino en los quince días que tarda un carro de vapor del marqués de Comillas. Pero si el Sr. Curet, me cita, llama y emplaza para meterme en la cárcel, única y exclusivamente para eso, no cuente conmigo. Porque meterme en la cárcel, después de no pagarme, sería un colmo.

¡Que el Sr. Curet no conoce mis generales! Pues no es extraño que no los conozca él, porque tampoco yo os conozco. ¿Qué generales son esos?

En fin, todo puede pasar, menos que se encargue a los agentes de policía que me busquen y capturen en la isla. Porque van a tomar una insolación, o a reventar en alguna de las marchas o contramarchas, mientras estoy tranquilamente en París bebiendo sherry-brandy por la desaparición de los Pijoanos de Puerto Rico.

¡Los cuales harán allí Rizales!...

Campo de soledad...

Empezamos el 97... acabamos el 97... Y hemos empezado el 98 del modo más indecente posible: con Weyler.

La musa guajira le cantaba allá esta copla:

Mi querido Valeriano,

cuando te vayas do aquí

te llamarás Valerí

porque habrás perdido el ano.

Pero no sólo no lo había perdido, quizá por tenerlo de bronce, sino que se ha propuesto llamar Valerí a toda España.

Este bizarro Baratieri español, como le llama el Corriere della sera, que ni siquiera ha podido llegar a catalán, habiendo tenido que quedarse en mallorquín, después de servir de ludibrio a Quintín Banderas en la Trocha cubana, se apresta a la reconquista de Portugal y Gibraltar, según ha anunciado el señor Necedal en bufo discurso que le hace merecedor de ingresar en la academia de Montjuich para que lo limpien de uñas, lo fijen a una argolla y le den el esplendor que merece como cabeza visible del carlismo.

¿Qué ha hecho Weyler para atreverse con el gobierno, con la Reina y hasta con Mac-Kinley? Va a decirlo por mí un bizarro militar español con el siguiente paralelo:

WEYLER  
MANUEL GARCÍA

Se batió algunas veces con los carlistas y siempre lo derrotaron. En San Quintín de Mediona se dejó quitar la artillería. Fue a Filipinas a negociar para él. Hizo la estúpida guerra de Mindanao para negociar mucho. De su contubernio con los frailes ha salido la insurrección de Filipinas. Se ofreció a pacificar la isla de Cuba, consiguió ir y no logró más que la mitad de lo que se proponía: él quería gloria y dinero.

Se batió muchas veces con la guardia civil y nunca lo derrotaron. Supo esquivar la persecución de las columnas. Robó mucho, secuestró bastante y nunca para él: todo para el fondo de la Revolución. Por su causa dejó la tranquilidad y la familia, expuso la vida, sacrificó la honra... y sucumbió por fin en un campo de batalla, lo que al otro no puede sucederle. Y si no puede sucederle que lo mate una bala, aún es más imposible que sacrifique la honra.

Tal es el hombre; ¡ecce homo! que sueña con proclamarse dictador de España, cuando su verdadero título, como músico y danzante de la más infecta de las políticas, es el de soplagaitas de la milicia.

La ejecución de la sentencia que condenó a muerte al señor Cánovas, como responsable de las inquisitoriales monstruosidades que se cometieron en Montjuich, fue la señal del derrumbamiento de aquel Vacher elevado a la categoría de capitán general de la isla de Cuba, en donde se redujo su misión a acaparar riquezas para sí propio, vejar mujeres, matar indígenas, asolar el país y tender entre Cuba y España un mar de sangre más inmenso y colérico que el mismo Atlántico. Pero así como Cánovas es calificado de gran estadista, aunque se equivocó completamente en cuanto al resultado de la guerra de Cuba, guerra que cuesta a España lo más florido de su juventud, Weyler es calificado de caudillo victorioso de una insurrección que está por vencer, aunque mal pudo ganar combates que no dio, y aunque no tuvo la gloria de morir en el campo de batalla, en donde para alcanzarlo Máximo Gómez hubiera necesitado un machete de veinte y cinco kilómetros de largo. La calificación de gran estadista, propinada a Cánovas, cuyo mejor talento consistió en morir en Santa Águeda, y la calificación de caudillo victorioso propinada a Weyler, cuya única ciencia consistió en multiplicar los dineros con que arrambló en Filipinas, son tan extraordinarias como la calificación de gran estadista a Emilio Ollivier y la de caudillo victorioso al mariscal Le Boeuf...

\*\*\*

Cuando el general Polavieja cometió el horrendo crimen de fusilar al doctor Rizal, yo protesté en El País.

Periódicos canovistas me contestaron con insultos y persecuciones. El señor Cánovas desde su Olimpo de estadistas no me hizo el menor caso. Él y los suyos creían que todo se arreglaba a tiros. Meses después lo arregló a él con cuatro balazos la sombra de Rizal: ¡Anguílula!...

Enterrado Cánovas, cesante de Filipinas y medio ciego o medio tuerto Polavieja, pacificada o cosa así la insurrección del Archipiélago, importa a España que el señor Sagasta, que ha llevado reformas a Cuba y Puerto-Rico, las lleve igualmente a Filipinas. Pero ¿a que no?

De modo que papa reformar a Filipinas lo primero que tiene que hacer el gobierno del señor Sagasta, es reformar el fraile; y eso no lo hará el señor Sagasta ni ningún gobierno español.

Porque el fraile es a la puerca política madrileña lo que el cuervo al cadáver. Porque el fraile es la mosca borriquera del pueblo español. Roídos hasta los huesos los partidos monárquicos, atrofiado el partido republicano, revolcándose potentemente en su piara el cerdo triste del carlismo, el fraile hace las veces de abejorro que vive sobre las inmundicias de los estercoleros, y el cura es con relación a la roña nacional lo que el asqueroso insecto que vive en los urinarios y se adhiere al enmarañado vello de las partes más sucias del organismo. Yo no veo salvación para España; pero es preciso seguir trabajando... Yo no veo salvación para España porque España se ha transformado en un «campo de soledad, mustio collado» con una sola casa que es la iglesia, y en el frontispicio de la casa el Dios del Sinaí y de Montjuich a cuyo alrededor revolotean algunos pajarracos muy negros con unas crestas de teja. Un viento pestífero y tormentoso barre de arriba a abajo el mustio collado, el campo de soledad que fue España, la grande España; viento que envenena la sangre y huela los huesos. Por donde quiera veo el mismo espectáculo de desolación y muerte; lo veo en la ciencia, en la literatura, en el arte, en la política, en la masa de la sociedad, en el aire que se respira...

Cavemos, cavemos...

... Ya que así lo quiere el triste destino de nuestra raza, seamos despreciadores del hogar, de la tranquilidad, de la sangre, de cuanto suelen defender otros pueblos con tanto honor militar como nosotros y con mayor acierto, desde luego, en las obras de progreso y de cultura. Sigamos arrojando la vida por la ventana...

## HERALDO DE MADRID.

Otro refuerzo. Otros miles de jóvenes que van a la guerra de Cuba, a la manigua, al surco, a la tumba... Hemos enterrado doscientos mil. Aún hay juventud. Aún se puede enterrar. Cavemos, cavemos...

Franceses y alemanes combatieron y murieron por algo grande. La juventud española combate y muere por el pillaje colonial de sus gobiernos. Es el destino de nuestra raza, advierte el Heraldo, y el destino no se evade.

«Despreciando el hogar, la tranquilidad, la sangre, cuanto suelen defender otros pueblos con tanto honor militar como nosotros», allá va la juventud, al horrible matadero cuyo carnicero es invisible como Dios.

Alegres y decidores van los jóvenes. Han comido carne una vez en su vida, han bebido unas tintas, han fumado unos puros de estanco, y en la cubierta del buque transatlántico tienen permiso para rasguear las guitarras...

Como soldados de España cuentan con pelear brazo a brazo con los adversarios, cuentan con rendirlos en la contienda, con volver a España llevando a guisa de trofeo la ensangrentada cabeza del Viejo chino, de ese insurrecto intangible que está como Dios en todas partes y no se le ve en ninguna. Cualquiera de ellos siente hervir en sus venas la sangre del héroe de Cabrerizas, de San José, el soldado, herido, exangüe, arrastrándose como una sombra por entre malezas del campo, constantemente expuesto a morir al mismo pie del muro desde donde contemplábanle sin salvarlo los compatriotas y compañeros, y salvado por valiente para volver mutilado a la patria y rasguear la guitarra de puerta en puerta pidiendo «una limosnita por amor de Dios».

Alegres y decidores van a buscar al enemigo; van a la manigua, al surco, a la tumba. La manigua es la estepa tropical. El soldado español, como el soldado francés a su regreso de la campaña de Rusia, va por la estepa sin encontrar casi nunca a nadie, asfixiado por la miasmática atmósfera de inmensa hoguera que eleva sus llamas recortando el aire, viendo a lo lejos fantasmagóricas sombras de insurrectos rastreadores en las llanuras, que aguardan ocasión propicia para herir sobre seguro.

La naturaleza es del enemigo, y contra la naturaleza no se puede nada.

En esa horrible peregrinación en busca de una tumba anónima, los jóvenes de veinte años se vuelven repentinamente viejos. La inmensa mayoría va cayendo al surco; buena parte va a agonizar en hospitales infectos, y los que regresan después de dar su juventud para cebar a un Weyler, parecen cadáveres ambulantes galvanizados por supremo esfuerzo

de la voluntad. Amarillos como la cera, con las quijadas y las clavículas al aire, con los ojos saltados por la intensidad de la fiebre, con el esputo de la tisis en la dañada boca, encorvados por la vejez del trópico, y tiritando bajo los uniformes de dril, los que no tienen la suerte de ser tirados al mar bajan de la pesebrera del buque que los escupe a tierra, toman asiento en la perrera de un tren mixto, y con la guitarra rota sobre las deyecciones de la tuberculosis van castañeteando a través de las desoladas llanuras de Castilla, bailando la danza macabra de los huesos galvanizados.

Y los que les mandaron a la muerte siguen viviendo al calor de las estufas del Congreso, diciendo en corros y corrillos que Cuba está perdida, pero que no hay quien se atreva a declararlo. Y sigue yendo el ganado al matadero. Otro refuerzo más. Hemos enterrado doscientos mil. Aún hay juventud. Aún se puede enterrar.

Cavemos, cavemos...

Por Fígaro

La redacción de El Progreso que sabe celebrar la memoria de los escritores ilustres que han luchado por la libertad, llevará el día 13 de Febrero una corona a la tumba de Fígaro.

Y el representante de la Campaña en nombre de su redactor Luis Bonafoux y en nombre de todos los que allí escribimos, llevará otra.

Así demostraremos que sabemos honrar la memoria del más valiente de los periodistas españoles.

... Iba a decir a ustedes que los trabajadores de Andalucía que no tienen trabajo y tienen hambre, hacen perfectamente en asaltar las tahonas con el derecho que asiste al lobo para bajar a poblado cuando el invierno lo echa del monte; que si quedan impunes las infamias de Montjuich no debe extrañarnos que la crítica francesa diga de nosotros: ils ont beau avoir disparu déjà depuis des siècles, les hallucinants petits-fils de Charles-Quint, leur ombre pèse encore sur toutes ces âmes ignorantes et dévotes de la population ibérienne. Interrogez un Espagnol quel qu'il soit: Philippe II est pour lui le grand Roi, le roi catholique, omnipotent et terrible à l'hérétique de race et de pensée, car l'Espagnol élevé dans l'ombre des églises, a la haine instinctive des idées en marche et du progrès...

Iba a decir a ustedes que si el gobierno quiere sinceramente aplicar la autonomía a Cuba, y evitar a un mismo tiempo escándalos como los recientes de la Habana, es menester que empiece por desarmar ese cuerpo de «voluntarios de la integridad nacional» de los monopolios, los cuales voluntarios dan ahora vivas a Weyler y mueras a Blanco y a la

autonomía, como antes dieron muerte a los niños estudiantes a quienes fusilaron en nombre de España como si España fuese la madrastra del petit Pierre, hijo del asesino Gregoire...

Iba a decir a ustedes que el señor Sagasta, aunque está muy gastado, debe tenérselas tiesas con esas señoras aristocráticas que piden la reforma del artículo II de la Constitución, para anular la tolerancia religiosa (suponiendo que exista semejante tolerancia en España), la vuelta del Papa al poder temporal, por obra y gracia (¡qué risa!) de las bayonetas de que dispone el señor Pidal, y el establecimiento de un gobierno teocrático, confiado a las Corporaciones religiosas, en el desventurado archipiélago de Filipinas, cuya pacificación vamos recobrando merced a los millones que damos a los Aguinaldos y demás igorrotos...

Pero el recuerdo de Fígaro, evocado en buen hora por El Progreso, es como un resumen de todas esas lástimas; porque Fígaro, que no sólo es el único genio literario, sino también el primer patriota español del siglo en que nos arrastramos miserablemente, defendió a los trabajadores hambrientos, fustigó a los fanáticos descendientes de Carlos Quinto, a los voluntarios de la integridad de los monopolios, a las devotas histéricas, a esa misma España de la inquisición de Torquemada y de la inquisición de Portas; y harto de luchar cuando la generalidad de los hombres empieza a vivir, se dio un tiro, quizá avergonzado de haber venido a un mundo que Revilla llamó kábila con pretensiones. Por eso no se ha tributado el menor homenaje a su memoria. Por eso no se le quiere, y se trata de olvidarlo; porque vivió escribiendo amarguísimas verdades del medio social donde le tocó nacer, de las costumbres hipócritas, de la raza prostituida y degenerada, de la holganza general, de los perdularios que se diputan políticos, de los charlatanes que se titulan oradores, y de los cagatintas que se gradúan de literatos y periodistas y viven suciamente de limosnas cuando no de estafas, en vez de vivir de la labor para la que nacieron, arando el campo o tirando de un carro, ocupaciones, por lo demás, tan dignas como las literarias. Porque Fígaro, en fin, fue un revolucionario en la patria de Felipe II y Torquemada, y en una época de atraso bestial, casi tan grande como el de ahora.

Pero si Shopenhauer pudo decir en su testamento que la patria alemana le merecía «el más profundo desprecio por su idiotéz, y que se avergonzaba de pertenecer a ella», a esa patria alemana que ha producido en este siglo a los Treitschke, Sybel, Ranken, Helmholtz, Curtius, Mommsem, Virchow, Goëthe, Kant, Bismarck, Beethoven, Moltke y Roon, y que es actualmente la nación soberana de Europa, no se me alcanza la razón de la ojeriza a Fígaro por haber consignado en su obra inmortal, con el buen deseo de corregirlas, el desprecio que le merecieron las costumbres de un país cuyas postrimerías de siglo son Montjuich, Cuba y Filipinas, y cuyos grandes hombres son Weyler, Carulla y Portas - ¡fatídica trinidad de un infierno dantesco!...

El principio del fin

Lo he dicho: nuestra tradicional indolencia abarca toda clase de cosas, con una excepción sola: el patíbulo.

La actividad patibularia del general Azcárraga en el asunto de Sempau lo prueba sobradamente. La prensa de Madrid publicó un telegrama de Barcelona, según el cual el general Azcárraga «daba prisa» al Consejo de guerra que iba a juzgar o fusilar a Sempau. Sempau merecía, a juicio del general, ser juzgado o fusilado sin dilación por un Consejo de guerra, porque atentó a la vida de Portas.

Pero ahora resulta que Portas es el más grande de los malvados, según las declaraciones de los prisioneros de Montjuich, los testimonios de médicos y las aseveraciones del Progreso y el País, etc, etc. Periódicos conservadores, como La Época, piden se castigue al delincuente; el gobierno resuelve abrir una información judicial y traer de África a los presos que fueron allá después de ser torturados en Montjuich, y, exceptuando a los jesuitas, todo el mundo dice en España que Portas merece que le corten la cabeza.

Yo, que no soy jesuita, no creo que se debe cortar la cabeza a nadie, ni siquiera a Portas -suponiendo que la tenga-; pero, en fin, puestos ya a cortar cabezas, oficio de nuestra particular predilección, ¿con qué derecho se quiso antes fusilar a Sempau, y con qué derecho se le tiene ahora en cautiverio, porque Sempau, adelantándose al fallo de la opinión pública, quiso ejecutar al reo?... ¿Y qué remordimientos no tendría el general Azcárraga si los tribunales de Barcelona hubiesen procedido con la precipitación que les recomendó él?

Los inquisidores, que instigaron a Portas, no se dan por vencidos, y como la juventud escolar, con raras excepciones, está entregada a ellos, los inquisidores han tomado de pretexto un artículo del Progreso contra un señor Moliner, catedrático, para vengar a Portas, azuzando a los jóvenes escolares contra el local de la redacción, cuyo vidrios rompieron sin intención de pagarlos.

Y como Madrid es en todo y por todo una parodia de París, ya tienen en la villa del oso su escandalito a lo: A bas le Figaro! Los estudiantes, sin béret, pero con boina, apedrean diariamente al Progreso, de suyo pecaminoso por el título, y hacen autos de fe con los números del colega; -y Portas, más contento que unas pascuas, tiene la esperanza de que Lerroux y los demás redactores de aquel colega entren en Montjuich para ensayar en ellos el procedimiento de poner lavativas de aceite hirviendo, ya que el procedimiento de no beber durante cuatro o cinco días está desacreditado desde que le ensayó en sí mismo el sabio Sven Hedin al atravesar el desierto de Taklan-Makan.

Es el principio del fin, porque ya se anuncia que si el gobierno del señor Sagasta fracasa en su difícil gestión de establecer reformas en un país entregado por completo a la frailocracia, subirá al poder el señor Silvela,

«acompañado de las honradas masas del señor Pidal y seguido de jesuitas, paúles, carmelitas calzados y descalzados, benedictinos, franciscanos, dominicos, agustinos, beatas y monjas de todos colores y las inmensas recuas que siguen a estos eternos enemigos del progreso, búhos que en los oscuros antros de las criptas y bajo los sombríos pórticos de los innumerables conventos, monasterios, capillas, oratorios y casas conventuales con que han invadido la infeliz España en el último cuarto de siglo, resucitarán la Inquisición y la hoguera, que ya defienden sin ambages y con inusitada procacidad a la luz del día, los subvencionados órganos de la reacción clerical que nos amenaza.»

La situación es tan propicia al advenimiento de don Carlos al poder, que ha sido denunciado un periódico por haberse atrevido a historiar que el cardenal Moreno dejó dos millones de pesetas a sus parientes; el obispo de Badajoz un millón a una mujer que no sé qué le tocaba en parentesco, y el cardenal Monescillo seis millones a otra mujer «a quien sacó muy joven de un colegio de Toledo y con la cual vivió siempre», para que le ayudase a meter el diablo en el infierno con arreglo al cuento de Bocaccio. Y el señor obispo de Sevilla invitó a sus diocesanos, y a todas las hermandades y corporaciones religiosas de aquella ciudad, con más seis mil vecinos, a ir, «rezando el rosario», a desagraviar el santuario de Guía, en donde un pobre loco la emprendió a golpes con una imagen de Cristo, porque este doctor no quiso curar a la madre del demente. Y periódicos liberales elogian esta mascarada de carnaval, como elogiaron también a los diocesanos que tiraron el coche de un señor obispo, cuya caballería se encabritó. La frailocracia reina y gobierna, y yo estoy resuelto a meterme fraile a lo Huysmans.

Parece que la guerra de Cuba toca a su fin, y que, según ha teleografiado el general Blanco, la acabaremos «en Febrero» -no se dice de qué año. Que los insurrectos sean pocos y mal avenidos, y que los haya con tendencias de Aguinaldo, o a recibir aguinaldos en buenas pesetas, cosa es que ni sé ni discuto. Pero eso de que estén pereciendo de hambre me parece un tanto exagerado, a juzgar por el banquete que se propinaron al elegir presidente de República; del cual banquete publican el menu los periódicos de New-York.

Puré de plátanos.

POSTRES

Croquetas de gallinas.

Frituras de maíz.

Conserva de guayaba.

Arroz con pollo.

Pan patate.

Hígado (salsa mambisa).

Atropellado de papaya.

Fricandó con puré de yuca.

Jalea de boniatos.

Estofado de puerco.

Guayaba y queso del día.

Chuletas de ternera.

Café, licores, tabacos y cigarrillos.

Pulpetas criollas.

Lechón asado.

¡Digo! ¡Y eso que no están legalmente constituidos! Ya quisieran atropellarse así de papayas, aunque sólo fuese una vez al año, más de cuatro Enviados extraordinarios y Ministros plenipotenciarios de tales o cuales republiquetas americanas en Europa; de esos que reciben a los ministros de la nación donde hacen de rastaquouères, en un caserón con cuatro sillas, un catre y un sillón, y se disculpan diciendo:

«Esto no está amueblado todavía; pero luego luego traerán el otro sillón», y cuando viene el sillón viene también la cesantía, y el Enviado extraordinario y Ministro plenipotenciario de Patagonia en Europa tiene que volverse a su país a escribir infundios y esperpentos, que todos son literatos (muy conocidos en sus casas) con la insólita vanidad de que les nombren correspondientes de la lengua de Valera, de la lengua de una nación contra la que lucharon por hacerse independientes, aunque quedando esclavos por el pensamiento...

¡Eh eh, a la plaza!...

Decíamos ayer:

«Parece que la guerra de Cuba toca a su fin, y que, según ha teleografiado el general Blanco, la acabaremos «en febrero» -no se dice de qué año...»

Telegrama del corresponsal del Matin en Madrid:

«Madrid, 9 février. -Le maréchal Blanco télégraphie de Santiago de Cuba que c'est par erreur que les journaux lui ont fait dire qu'il terminerait certainement la guerre avant la fin de ce mois.

Il ajoute qu'il n'a pas pu commettre une telle légèreté.»

Ya lo decíamos ayer, y añadimos hoy: como la guerra deba terminarse por la fuerza de las armas, ese febrero será del año dos mil trescientos catorce.

La guerra de Cuba pudo terminarse con provecho de España, y sin efusión de sangre, cuando el bravo y noble general Martínez Campos y el revolucionario Martí acordaron un armisticio precursor de una paz con reformas, que, por cierto, no llegaban a la autonomía; pero Cánovas -el «gran carácter»- dobló la cerviz al yugo de los monopolizadores de la gran Antilla: la paz no se hizo, y Cánovas -el «gran estadista ante quien se inclinaba Bismarck»-, en vez de aprovechar aquel momento propicio para declarar la guerra a los Estados Unidos, guerra simpática si jamás las hubo, mandó doscientos mil hombres, y todos los dineros con que pudo arramblar, a la isla de Cuba. Y ahora, cuando la cosa no tiene remedio, España se venga de los Estados Unidos con los gestos de la duquesa de Bailén y de la marquesa de la Laguna, para quienes consiste el patriotismo, no en dar hijos

a la manigua, ni en quedarse ciegos de llorarlos muertos, como se ha quedado una infeliz obrera, sino en hacer despreciativos pinitos delante del representante americano, que desde entonces se ha quedado muy flaco...

A tal extremo de decadencia hemos llegado en la patria de Agustina de Zaragoza, María Pita y doña Berenguela de Castilla; y así como las Berenguelas de ahora ejercen de patriotas con volver las espaldas a un Woodford, los gobernadores ejercen de liberales como el don Sancho de Sevilla, con capitanear procesiones contra El Progreso y suprimir ab irato la circulación de La Campaña «por inmoral».

Cuando el señor Laá era mozo y bailaba en Puerto Rico la cola e pato y el no me jales que yo voy, y vivía morgánicamente con tres negras carabalíes y dos mulatas simarronsitas, habríanle parecido de perlas los artículos de La Campaña. Pero el hombre, ha dicho Sellés, se mete a moral cuando no puede hacer immoralidades, y el señor Laá, como decía un bardo cubano, ya está viejo para gosal. No pudiendo hacer pinitos con negras y mulatas, el gobernador de Sevilla la ha emprendido con La Campaña por sus «desafueros políticos y religiosos».

No sé dónde va a parar el señor Sagasta con la compañía de esos Laás. Con uno de ellos iba cuando se rompió un fémur, y con el otro, al paso que va, se romperá el bautismo.

A cambio de estas infaustas nuevas nos ha dicho el telégrafo que por fin se ha constituido el gobierno colonial de Puerto Rico y que ha sido asesinado el señor Reyna Barrios, violador de la Constitución y presidente de Guatemala, en cuya República ejercía de Portas. Ya no lo volverá a hacer más.

Portas, que no tiene pelo de Laá, empieza a curarse en salud y ha dicho a don Carlos Costa, redactor de La Publicidad, de Barcelona, que si llegara el caso de que lo procesaran y corrieran peligro su libertad o intereses, entonces hablaría muy mucho, explicando todo lo oculto que hay aún en este proceso, y CITANDO A MARZO Y A DESPUJOLS COMO LAS PERSONAS QUE LE HAN INDUCIDO A LA APLICACIÓN DE PROCEDIMIENTOS QUE HAN TRAÍDO ESTE ESCÁNDALO.»

Nada nos cogerá de sorpresa tratándose de Marzo, cuya vida y milagros cantará en aleluyas La Campaña, y del jesuítico general Despujols, quien, estando en Puerto Rico cuando estalló contra mí el motín de 1880, me mandó decir con el segundo cabo, como única satisfacción al allanamiento de mi casa y a los atropellos que se cometieron conmigo, aunque yo era un chicuelo:

«A Bonafoux que se embarque esta misma tarde para evitarme echar la caballería a la calle.» -Así cumple las leyes este sacristán con entorchados.

La lucha de clases promete espectáculos amenos en todas partes. En Chicago, lucha del bruto Corbett y el no menos bruto Fritzsimmmons; en Madrid, lucha de un elefante y un toro; y en Barcelona, lucha del chacal Portas y el cocodrilo Despujols. -¡Eh, eh, a la plaza!...

Esta última lucha ha de ser la más divertida, porque será también la más sangrienta, si ocurre, que lo dudamos, porque nunca se mordieron las fieras de una misma camada. Por lo menos será más sangrienta que la lucha de Dupuy de Lôme y Mac-Kinley, en la que nuestro pobre embajador ha quedado como una fiera del Jardín Botánico.

De aquí y de allá

A las seis de esta mañana me ha despertado el gratísimo eco de la explosión del acorazado Maine en la bahía de la Habana. Los telegramas refieren que todas las autoridades de la Habana y de Madrid, así como también todo el pueblo español, dan vivas señales de sentimiento por aquella catástrofe. Hay una excepción: yo. ¿Fue casual el accidente? Pues me alegro de la explosión ¿No fue casual? Pues también me alegro. El Maine, en la bahía de la Habana, era una insolencia y una amenaza a España y Cuba.

Así como de la grandeza de Bismarck quedan para contarlos tres pelos de cerda sobre las negruras de la caja craneana, del poderío del Maine -cuya explosión celebro cordialmente- queda un mástil a cuyo alrededor graznan unos cuervos olfateando la peste que se ha extendido por la bahía de la Habana...

¡Lástima de tinta gastada por la prensa madrileña en justificar que España no tuvo arte ni parte en aquella deliciosa catástrofe! Son los Estados Unidos, en sus relaciones internacionales, un repulsivo pueblo que no ha tenido coraje para expropiar a España de su perla antillana, ni ha tenido grandeza para pelear por Cuba como peleó Francia por los Estados Unidos. La raza de los Lafayette y Byron no se ha aclimatado en este pueblo de mercaderes que aguardan el agotamiento de España y la ruina de Cuba para graznar sobre los escombros, como graznan los cuervos que revolotean sobre el mástil del acorazado...

«Desaparecido el Maine -ha dicho el Heraldo de Madrid-, enterrados los muertos y asistidos los heridos, quedan bien patentes estas cosas:

«Un jefe y un segundo jefe que de noche abandonan su barco para ir de comilona a otro vapor. Una oficialidad que casi en su totalidad, después del silencio, no está a bordo. Unos jefes de un barco de guerra que siguen alejados del buque que su país confió a su dirección mientras allí perecen los tripulantes y todo se sepulta en el fondo del mar. Unos marineros españoles que acuden a prestar auxilio sin reparar en peligros; autoridades, ejército, bomberos voluntarios que rivalizan en la obra humana y santa de prestar toda clase de auxilios; médicos españoles que luchan por salvar la vida a los heridos; pueblo hidalgo, en suma, que rivaliza en esa obra cristiana de consolar al desgraciado.»

Y esto no tiene vuelta de hoja por muchas que sean las enquetes de los jingoes para descubrir si fue un español vengativo, o un insurrecto ganoso de conflictos, quien puso los cascabeles al Maine. Ni español ni insurrecto. Pero cualquiera de ellos habría tenido derecho a volar al insolente acorazado: el español, en nombre de España, tan ultrajada a traición y a mansalva; y el insurrecto, en nombre de Cuba, tan explotada por la usura americana.

Por fortuna no andaba por la bahía el Sacamantecas de la milicia a quien llaman Weyler; porque de haber estado allí jurarían los jingoes que el de la voladura había sido el infeliz Valerí, de cuya fama de fiera ha dicho el señor Romero Robledo:

-Figúrense ustedes que voy y traigo a ese tipo como si fuese una fiera capaz de comerse los niños crúos. ¡Aquí está la fiera, señores! ¡Aquí la traigo, caballeros! Y cuando todo el mundo esperaba ver salir de los embozos de mi capa una pantera o una hiena, ¡pues salta un conejo!... ¡Vaya un tío leche que está hecho el tal general Weyler!

Todo lo cual no le impide amenazar con que volverá a Cuba, a ver si aún queda algo, aunque no dejó ni los rabos. Como Montoro ha pedido tres millones al gobierno metropolitano -que es como si me los hubiese pedido a mí-, y como el Maine voló... al fondo de la bahía, el gran Valerí, que de mozo ejerció de traperero de sus compañeros de academia, recogiendo en sacos todos los cabos de vela que quedaban en los dormitorios, quizá piense hacer otra Trocha con los millones del gobierno insular, o revolotear alrededor del mástil del Maine...

Menos pedigüños que los de Cuba los ministros de Puerto Rico no solicitan millones, sino la libertad de unos jíbaros que, injustamente sentenciados como autores de la ridícula algarada que los conservadores tramaron en Arroyo, siguen presos en las cárceles de Cádiz, a pesar de la autonomía y de la «era de paz y olvido.»

Uno mi súplica a la del pueblo portorriqueño para que se dé libertad a aquellos desgraciados; y el señor Moret, que tomó en consideración el artículo que publiqué en El Progreso solicitando en justicia la libertad de otros portorriqueños, como el Dr. Gómez, injustamente presos por el general Marín, sobre cuya conciencia sigue el cadáver del Dr. Iguina, tomará en consideración esta nueva súplica, no por mía, sino por ser expresión del deseo de todo un pueblo. Algo menos autonomista que el señor Moret era el señor Núñez de Arce, y algo más difícil que dar libertad a unos presos era echar abajo una Audiencia, y el señor Núñez de Arce, atento al artículo que dediqué a este asunto, y que fue reproducido por casi todos los periódicos de Madrid, como El Liberal, El Imparcial, La Época, etc., de una sola plumada declaró cesante a la Audiencia de Puerto Rico, cuyo Regente, señor Zárate, quiso matarme; pero no me mató, y luego fue a morir a Manila, que es como no morir en ninguna parte.

Bueno será también que el señor Moret ate corto al Padre Vega, párroco de Bayamón, el cual curita, con escándalo del público y de la prensa, echa sermones sobre el tema de que «en Puerto Rico no hay familias moralmente constituidas», como si aquella sociedad se compusiese de presbíteros, amas y sobrinos.

Animado por este ejemplo don Luis Pérez Allú, catedrático de la Escuela normal de maestros de san Juan, quiso hacer en plena clase, con una señorita de Escuela lo que el señor Laá con Rosa Mística y Lucrecia cuando las voluptuosidades no le daban dentera.

Mal cariz presentan las cosas con presbíteros del calibre del Padre Vega, profesores tan retozones como don Luis Pérez Allú, y canónigos de apellidos tan sospechosos y amenazadores como el reverendo Padre Pijoano (¡Dios nos guarde!).

Puede que se les antoje a esos caballeros que la autonomía consiste en pijoanar en las escuelas. No, no es para tanto el régimen autonómico, ni para convertir las escuelas de Puerto Rico en sucursales del colegio que tienen los padres maristas en Canet de Mar (Barcelona), del cual colegio desapareció, sin que se sepa dónde fue a parar, el jovencito Eustaquio Lizorraga... Que lo busquen, que no lo buscarán, las autoridades por si lo encuentran muerto en un subterráneo, después de ser víctima del sadismo de un Pérez Allú.

### Puntos filipinos

Mal año para pensadores... pues para chascos, los de los Zolas y Grimaux en todas partes.

Ningún grito de rebelión ha obtenido últimamente en España tantas simpatías como el de los filipinos que se levantaron en armas contra la frailocracia del archipiélago, no contra la patria española. Los pensadores españoles, como Pi y Margall, consideraron como guerra civil, necesaria y legítima, la insurrección de los tagalos. Se la aplaudió en secreto. Se la atenuó en público. Y todo el mundo juzgaba que el resultado de la lucha sería el acabamiento del omnímodo poder de los frailes de Filipinas. Para ello y por ello, se decía, pelean los Aguinaldo, los Paterno, etc, etc.

El resultado de la insurrección es otra cosa: cuatrocientos mil pesos pagados de golpe a los señores revolucionarios; otros cuatrocientos mil pesos por pagar a los mismos señores revolucionarios; Aguinaldo, hecho una caricatura de Reyna Barrios, con humos de dictador pour rire, muy tirado de frac y guantes blancos, asustando a los vecinos de Hong-Kong con su toilette, parecida a la de aquel otro filipino Roxas, a quien, al salir en tal guisa por los grandes bulevares, faltó poco para que le llevasen a la enfermería del Dépôt; Luna, el bravío Luna Novicio, al que suponíamos combatiendo al lado de sus hermanos en justa batalla contra la frailocracia, apareció en Madrid, exhibiéndose en banquetes, mientras caían allá abajo sus compañeros y correligionarios. ¡Todos, en suma, queriendo hacer buenos a los frailes que deseaban ahorcarles!... Porque resultan, por lo general, más tiranos que los Castilas, más socaliñeros que los empleados de aduanas y más bufos que los Chocolat de circo. Raza degenerada, con todos los vicios y sin ninguna de las grandezas de la raza generadora.

Nada de revolucionarios a lo Sucre, que murió por su patria después de vencer en Ayacucho; ni a lo Bolívar, que fue a morir al destierro, después de recabar la independencia de un continente; ni a lo Washington, que colgó la espada emancipadora para restituirse al arado. Los Aguinaldos, más prácticos, después de jugar al escondite por montes y breñales, cogieron sus milloncitos y a París con ellos, porque en París no se pregunta por el color de la conciencia, sino por el color de la moneda. La insurrección de Filipinas ha quedado reducida a un chantage revolucionario, y los ilustrísimos follones que se llamaban Aguinaldos pasarán a la historia del Archipiélago, ya que no por revolucionarios filipinos, por puntos filipinos.

Y no hay más remedio que lamentar que tales tomadores políticos, espadistas, que no espadas, de la insurrección tengan derecho a pasearse por los bulevares, después de haber desolado a España por cobrar unos millones, que no por poner a raya los desafueros de la frailocracia, mientras un obrero honrado como Bo y Singla se pudre en la cárcel de Barcelona, condenado a seis años de presidio por la publicación de un articulejo, y un Sempau está perseguido por asesinato frustrado y atentado a la autoridad, cuando todo el mundo sabe en Barcelona que cayó en un lazo tendido por los guardias, quienes, lejos de advertir a Portas del peligro que corría, esperaron que Sempau le hablase para detenerlo al sacar el revólver.

Y mientras no hay una pluma, no ya justiciera, ni siquiera caritativa, que abogue por Bo y Singla, convertido en un Cyvoct a palos, ni por un Sempau, a quien quiso dar garrote el general Azcárraga, el bueno de Aguinaldo, después de contribuir a la matanza de españoles y tagalos, y a la ruina del empobrecido Erario, viene tranquilamente a solazarse en París con un frac de prestidigitador de feria y con unos milloncejos que hacen presentable a las cocottes su lamentable fisonomía, que tiene el aspecto de un Menelik visto por el rabo.

Asnos parlamentarios

-Comment! tous les candidats du passé, et même du trépassé, sortent de terre. Et moi... moi, Isidore Naturel, je me serais abstenu!...

Et il continua d'un ton confidentiel:

-J'ai trouvé une «plate-forme» excellente... originale... patriotique... J'aurais pu me présenter comme candidat antiintellectuel!...

Octave MIRBEAU.

Si Mirbeau. tuviese noticia de los Isidore Naturel de España y sus colonias, de los que por tener una caja de ochavos, como la de Isidore Naturel, se han presentado como candidatos antiintellectuales, o burros, maravillaría, a pesar de su escepticismo político, de que exista un país en que los asnos asaltan por manadas los puestos que debieran reservarse a los hombres intelectuales, a los que vivieron en las aulas universitarias y en los laboratorios de las ideas para vencer en los torneos de la inteligencia y conquistar a pulso el derecho de ocupar un sitio al sol.

Ladrones de abolengo, habiendo heredado riquezas pirateadas por sus ascendientes, y aumentadas con sangre y lágrimas en vil comercio de dar por ciento lo que les costara uno, lo cual es un modo de robar como otro cualquiera, estos animales híbridos, con orejas-soplillos de borrico y entrañas putrefactas de hiena, quieren meter la pata en Congresos, haciéndose graduar de diputados, no de otro modo ni por otros merecimientos que fue cónsul el caballo de Calígula; y con el secreto designio, no sólo de halagarse la imbécil vanidad de aposentar las nalguitas donde debieran poner las lenguas, ni de escribir en papel del Congreso, que en los más de los casos es papel de enjuiciamiento criminal, sino de seguir comerciando en el templo de las leyes y de tapar con el velo de la representación nacional antiguos robos y añejas infamias... No se contentan los Isidore Naturel con ser cambrioleurs detrás del mostrador, sino que quieren serlo también detrás del Congreso; ni se conforman con haberse enriquecido despojando al prójimo, sino que ejercen de asesinos, matando con la barra del oro que todo lo corrompe a los hombres intelectuales, a los que llenos de privaciones y sin pensar una sola vez en comerciar con nada vivieron reclusos en los rincones del pensamiento, entre libros y sobre cuartillas, conquistando lentamente el derecho de entrar en el Capitolio y recabando por toda competencia que los comerciantes les arrojen a la roca Tarpeya para entrar ellos con sus lavadas caras, que jamás sintieron los rubores del ridículo, a ejercer, a lo Nouma Roumestan, de representantes de la patria con la cómica seriedad del burro.

Con razón ha dicho El País:

«Esos ricachones han comprado sus actas por lujo por vanidad de parvenu, no por lucir en las Cortes un talento que no tienen, ni pueden comprar los pobres hombres, no por hacer ostentación de su elocuencia, pues apenas si hablarán castellano, ni menos que todo eso por servir a su patria. Si han comprado actas, ha sido porque están cansados de comprar caballos y de comprar mujeres.»

Envejecen y mueren sin ser diputados hombres del mérito de un Figueroa, honra del periodismo español, incansable trabajador por la cultura del país, mientras jura fácilmente el cargo cualquier mercader con las manos todavía puercas de las especias que vendió. En la lista, publicada por la prensa de Madrid, de la inmunda simonía electoral, encuentro, entre otros datos, que en Durango se pagaron doscientas cincuenta y cinco pesetas por el voto en Balmaseda, quinientas, y en Bilbao, ciento treinta. Des agents électoraux -ha dicho Le Temps- montrant OSTENSIBLEMENT des sacs d'argent. Ont été arrentés. Pablo Iglesias dijo:

«El señor Martínez Rivas no es más que un hombre que dispone de billetes de Banco para comprar a seres desdichados a fin de que le den el voto.»

Pero el señor Martínez Rivas venció y el partido socialista fue derrotado. He aquí la obra de la burrocracia de España.

En el Japón, cuya cultura está muy por cima de la nuestra, los comerciantes ocupan el puesto que sigue al de las prostitutas. En nuestra España, el comerciante, aunque sea de

cacahuets en Madrid, no sólo se gradúa de caballero, sino que se diputa padre de la patria, aunque como padre de familia sea capaz de violar a su hija moribunda.

Por algo empuñó Jesucristo el látigo para echar del templo a los mercaderes...

### Fuego del cielo

Como no comulgamos con el bandolero Weyler, ni con el trápala Romero, llamado el Rouvier español, a quienes principalmente se debe la pérdida de Cuba y las catástrofes que ha de sufrir España opresa y exangüe, no podemos hacer responsable al señor Sagasta, cuya política hemos atacado siempre, del desastre de la flota española del Pacífico. Una cosa es que debiéramos haber evitado con la independencia de Cuba, acordándola nosotros mismos, los azares y estragos de una guerra internacional, y otra cosa es que el señor Sagasta hubiese podido rehuir el reto, único en su especie, que América lanzó a España. Ni pudo evitarlo el señor Sagasta ni hubiéraselo consentido la opinión pública. La guerra con los Estados Unidos era una guerra popular y una consecuencia de que el pueblo español sufriese con la pasividad de un buey la afrentosa coyunda de un Cánovas, a quien seguiría sufriendo mansamente el mismo pueblo si un extranjero, el heroico Anguílula, no nos hubiese hecho el inmenso favor de matarlo como se mata un animal dañino.

Nadie tiene nada que echarse en cara. La escuadra española de Manila no ha sido destruida por los yanquis, sino por los Cánovas, los Romero, los Santos Guzmán, los Moret, los Weyler, los Polavieja, los Silvela, los Comillas y tutti quanti de la política madrileña; y las bombas que han caído sobre Manila debieron caer sobre las coronillas de los rapaces frailes que hicieron desbordar la insurrección tagala exigiendo el pago del Sanctorum, de la prestación personal en las sacristías y conventos, de los excesivos derechos de pie de altar, cobrando tres mil duros por un entierro, quinientos por un bautizo, lo que les daba la gana por una boda (aparte el derecho de pernada), fusilando al doctor Rizal por la publicación de un libro crítico de la frailocracia filipina, torturando a los filipinos tildados de sospechosos y,... enviando por medio de sus representantes en Madrid telegramas como este que publicó el Temps:

«Madrid, 2 mai, 12 h. 15.

Les nouvelles des Philippines circulèrent rapidement dans la capitale hier, dans la soirée. Lo conseil des ministres était rétiné quand le ministre de la marine fut avisé qu'il venait d'arriver un télégramme chiffré dans lequel l'amiral Montojo lui mandait les détails confirmant la dépêche du général Augusti.

On estime les pertes a quatre cents hommes, mais les équipages comprenaient beaucoup d'Indiens.)

On estime les pertes a quatre cents hommes, MAIS les équipages comprenaient beaucoup d'Indiens, es una salida semejante a la del gobernador que telegrafió al ministro:

«Horrible descarrilamiento del tren mixto. Doscientos veintitrés muertos. Por fortuna, todos de tercera clase.»

De tercera clase han sido siempre los indígenas para los Cánovas, los Roniero, los Silvela, los Weyler, los Polavieja, los Moret, los Santos Guzmán, los Comillas y demás autores de la destrucción de la flota española en Manila y del bombardeo de esta ciudad, sobre la cual, para purgar los crímenes que ha cometido allí la infame política de la metrópoli, diríase que ha llovido fuego del cielo...

Lo más sensible de esta catástrofe que parte el alma, es que la dotación de la destruida escuadra, dotación compuesta de honrados hijos del pueblo español, no se componía de aquellos merodeadores de la política. Porque entonces, en vez de sentir y llorar la obra de los yanquis, yo sería el primero en darles las gracias, considerándoles colectivamente como Angiolillos vengadores de tanta iniquidad, de tanto despojo y de tanta vergüenza...

¡A la guerra o al embutido!

Ciertas linajudas damas, presididas por la princesa Wiszniewska, reclaman el desarme general - cuando el ideal de la mujer debiera ser que el hombre estuviese siempre armado- para que no haya más guerras en el planeta, olvidando que el planeta es una menagerie suelta. Fíjense ustedes, sino, en las concupiscencias que van asomando la cabeza con ocasión del conflicto hispano-americano.

Por cierto que las grandísimas potencias observan en esto la misma lógica que nuestros grandísimos revolucionarios. Francia que, como republicana, debiera estar al lado de los Estados Unidos, está al lado de España. Inglaterra que, como monárquica, debiera estar al lado de España, está al lado de la República americana. Et sic de caeteris.

Nuestros revolucionarios- con excepción de Pi y Margall, que es el único político consecuente con sus ideas y uno de los pocos españoles que tienen sentido común- han metido la pata cuantas veces trataron de la cuestión de Cuba. Sin ser un Pi, ni mucho menos, predije la pérdida de Cuba, hace ocho años, en carta a mi amigo Manuel Álvarez, quien me la envió recientemente para recordarme lo que le dije entonces estando en la Habana:

«Cuba está perdida para España.»

Y esta misma convicción alienta en el fondo de mi Avispero. Desde entonces he venido diciendo en todos los periódicos que me han dado permiso, sobre todo en El País cuando le dirigía Lerroux:

«Cuba se pierde irremisiblemente. La autonomía (que se dio mal y tarde para que Máximo Gómez nos contestase, como con esto del armisticio, que nos la metiéramos por donde nos cogiese), la autonomía puede parar el golpe, pero no solucionar el conflicto. Habría que hacer una de estas dos cosas: o vender Cuba como se vendió Florida, si podemos convencernos de que no se opone a ello el honor nacional, máxime en un país

donde los robos de nuestros empleados ultramarinos nos han granjeado la enemiga de nuestras Antillas, o dar la independencia a Cuba española; con lo cual, a más de quedar como verdaderamente gallardos, hidalgos y generosos, ganaremos la amistad de Cuba libre, y nos evitaremos que los Estados Unidos nos obliguen a dar la independencia.»

Y entonces fue el llamarme filibustero y el pedir mi extradición (¡!), y el querer cerrarme las puertas de las redacciones, lo que equivalía a sitiarme por hambre.

¿Recuerda usted, amigo Lerroux, lo que voy narrando, y que gracias a usted, sólo a usted, pude defenderme?...

Pues es justo que reclame el aplauso que se me debe por no haberme equivocado, o por no haber querido engañar ese pobre pueblo que dio 200.000 hombres y un millar de millones por complacer al estadista Cánovas, cuya imbecilidad, en lo relativo al problema ultramarino, no tiene ejemplo ni perdón.

Mal y tarde dimos la autonomía, y siempre nos negamos rotundamente a dar la independencia. Ahora nos la van a tomar con la esencial diferencia de que en vez de ser para España la República de Cuba será para los Estados Unidos, si es que éstos no resuelven anexársela sin más explicaciones. Porque aunque nosotros tenemos un león en nuestro escudo, ellos son los verdaderos leones del mundo.

Todo esto es triste, horrible, pero merecido. Cada pueblo tiene el Gobierno y el destino que merece.

Los republicanos franceses dicen:

«L'Espagne n'a qu'un moyen de s'en tirer honorablement. C'est de proclamer, tout de suite, sous un prétexte ou sous un autre, l'indépendance de Cuba.»

Pero los republicanos franceses no advierten que en el actual estado de las relaciones de España con los Estados Unidos, después del armisticio, del Mensaje y... de la intervención, no hay pretexto para declarar la independencia, aunque la aconseje el Nuncio, y que tal acto parecerá resultado de la imposición de los Estados Unidos.

Así las cosas, no hay más que dos caminos para salir del atolladero: o el de la guerra, que merece todo mis aplausos, aunque nos aplasten, que sí nos aplastarán, o el del chiquero... ¡Triste camino este último después de cuatro años de llamar gorrineros a los yanquis!

Y no hay escapatoria posible: o morir por la idiotez de Cánovas, como murieron los italianos en Adua por la idiotez de Crispi, o dejar que nos lleven a Chicago para servir de adobo y de embutido.

¡Creo en las setas!

Para N. Estévez.

Estaba atracándome de setas a la bordelesa cuando recibí allá en Burdeos el número de La Campaña; y en verdad que no sabría decir a usted, querido don Nicolás, si fue regocijadora la impresión que me produjo el eco de esa voz amiga que iba de París a recordarme, entre otras cosas, que necesito trabajar diariamente, puesto que necesito comer setas a la bordelesa. Los que como usted, obligados a vivir con las gentes, buscan los rincones de los poblados para entregarse al desdoblamiento del espíritu, a la hermosa soledad que recomienda Zimmermann, esos pueden comprender este estado de mi espíritu, estado casi morboso, que me apartaría del «mundanal ruido», sobre todo del ruido de las letras de molde si no me permitiesen de vez en cuando el lujo de comer setas a la bordelesa.

¡Ay, don Nicolás amigo! Para el que ha reducido el círculo de las relaciones sociales a conversar de raro en raro con usted y algún que otro señor de nuestra cuerda, ¡qué hermoso resulta un paseíto por una ciudad desconocida, donde se vaga al azar sin temer que le importunen gentes vulgares, amigotes falsos, señoritingos redichos y resabidos que viven de lo que se llama en cánones «la renta del excusado», que es socialmente la renta de los papás o de las consortes, y le miran a usted como indignados de que no acaba de reventar bajo el peso del trabajo diario y de las diarias cavilaciones!

Y heme otra vez aquí, sin saber cómo evitar que me detengan en la calle, con asco en el estómago y desprecio en el alma, la necedad del vulgo, la mala fe de los unos, la envidia de los otros, y obligado, por añadidura, a decir que los tres acontecimientos más importantes de Madrid son: la muerte de Frascuelo, que deja un millón de duros ganados con la matanza de toros; la noticia de que la señora Pardo Bazán «no recibe a sus amigos por hallarnos en Cuaresma» y la noticia de que el cura del batallón de cazadores del Alfonso XII, que «no se movía casi nunca del calabozo de Ascheri, recibe (al revés de la Pardo, que no recibe por Cuaresma) 65 céntimos al día, come con los verdugos a razón de dos pesetas diarias, y sale una o más horas a paseo, tomando el sol por la azotea de la plaza de Armas.» Torturado Ascheri por Portas, y fusilado por el general Despujols, quien no teniendo por ahora Ascheris se entretiene en secuestrar paquetes de La Campaña, no podía faltar el cura para formar la lúgubre trilogía de ese horrible drama cuyo castigo pide el señor Pi en su notable manifiesto electoral.

Cuanto a la situación de España, no puede ser mejor en lo que toca a la abnegación del pueblo, aplaudido por o toda Europa. No vale decir lo mismo de la clase de los políticos, cuyos grandilocuentes discursos no pueden ser más inoportunos y huecos; ni de la clase de los aristócratas y potentados, que no han respondido decentemente a las necesidades de la suscripción nacional; ni de la clase de los «príncipes de la milicia», como el general Primo de Rivera, quien no se ha avenido a aplicar a dicha suscripción los cien mil duros que se propinó por suscripción pública en Manila, como premio de haberla dejado desmantelada para que entrase el almirante yanqui. ¿Por qué no le ahorcan? El remedio es probado. ¡Valiente liquidación haríamos, don Nicolás, si usted fuese jefe de gobierno y yo gobernador de Madrid!

De otras cosas iba a hablar a usted; pero la adjunta carta del eximio poeta y pensador Gutiérrez-Coll dice mucho más que pudiera decir este cronista, siendo un magistral análisis

de los actuales problemas y conflictos. Lea usted esta carta, que publico aunque es privada, porque es de perlas

«Caracas 12 de abril de 1898.

Señor don Luis Bonafoux.

París.

Mi querido amigo: Debo a usted unas líneas para darle las gracias por La Campaña, que hasta ahora he recibido.

Por de contado que este periódico tiene la fortuna de cautivar la atención y el interés de los lectores. Todo lo que sale de la pluma de usted, palpita y se mueve con el calor de la convicción ingenua. Decir la verdad en estos días de estrabismos intelectuales y desaforados apetitos a las almas que aún esperan, puede considerarse como una empresa gloriosa: es la caridad suprema de un corazón grande y entero.

Pero mucho temo (perdón para mi pesimismo) que la voz del profeta vague una vez más sin resonancia entre la turba poderosa de los descreídos. Estamos asistiendo a las postrimerías de un siglo que, en su abrazo de muerto, parece como que quiere ahogar todos los ideales con que sueña la justicia. Tanto en el orden político como en el económico, se han levantado, en lugar de los privilegios antiguos, los monopolios todavía más odiosos de los especuladores enriquecidos, para ofrecer el espectáculo de una insaciable antropofagia. ¿Para esto tantos sacrificios? ¿Para esto se ha derramado tanta sangre de todos los colores? Ahí están los derechos del hombre formulados hace una centuria por la revolución francesa; y eso, que se creyó el evangelio de la felicidad terrena, se ha convertido en una jerigonza de prevaricadores, buena sólo para llenar las arcas de la codicia.

No extrañe usted que así me exprese, pues hablo pensando mayormente en esta América española, donde los espíritus incontaminados no viven ya sino para lamentar, en solitario apartamiento, la bancarrota inevitable de la democracia, de esta sibila trasnochada como un cómico de la legua, la cual aún alienta ocupada en anunciar sus funciones, más o menos grotescas, a beneficio del despotismo y de la anarquía.

Cuba, la infeliz Cuba, está, según dicen, en posesión de su autonomía. Bueno sería que allí se hiciese posible esa forma de gobierno, practicada lealmente; mas es de suponerse que por lo arduo de la obra ha de seguir en pie el problema de la independencia, problema obscuro que guarda forzosamente entre sus términos el desmedro de los conquistadores, porque en los pueblos nacidos en servidumbre, la clase social dominante está condenada, por la ley de las reivindicaciones históricas, a ser un día esclava de sus libertos. Esto para el caso de que los Estados Unidos no den desde luego al traste con todas las esperanzas de los patriotas cubanos. Ciertamente hay motivo para dolerse por la suerte de Cuba.

He dejado correr la pluma para saludar a usted, y se me han vuelto los renglones una elegía, género en que caben muchas simplezas. Por dicha, hay un cesto para los papeles

tontos. Arroje usted en él estas letras, y el abuso queda reparado. Pero le ruego que antes ponga en su corazón el recuerdo de vivo afecto con que de usted se despide su amigo

JACINTO GUTIÉRREZ-COLL.»

Pienso y siento como el poeta sobre las ruinas de cuanto amamos y respetamos en los albores de nuestra fe; y cambiaría de buena gana esta avinagrada prosa por las recónditas ternuras de la elegía, si tuviera con qué comer setas a la bordelesa. No creo en la redención ¡Creo, en las setas! y hay que rabiar para comerlas.

De la Intervención

El señor Bonafoux ha hecho una bonita campaña en La Campaña; pero el señor Bonafoux, aunque vecino de París desde hace algunos años, no ha podido desprenderse del ambiente madrileño, y a propósito de la intervención juzga a los yanquis con el criterio medieval de los más; recalcitrantes españoles.

No esperábamos semejante actitud de un periodista que apreciaba el problema antillano con la alteza de miras que ha llevado a El Nuevo Régimen, el ilustre Pi y Margall. Los yanquis no son gorrinos ni ladrones, como los pinta el genial escritor antillano; no son los brutos ni bandidos que caricatura en sus correspondencias a el Heraldo de Madrid; los yanquis son sencillamente los vengadores de la humanidad ultrajada por las hordas de zulúes, que el gobierno español ha lanzarlo sobre Cuba.»

(De Borinquen, de New York)

Perdone el colega neoyorquino que por esta vez no estemos conformes: el juicio que me merece la intervención es una de tantas consecuencias lógicas del juicio que me merece el problema cubano; y por ello no tiene nada de extraño que habiendo tenido yo el honor de coincidir con el señor Pi y Margall al juzgar la insurrección cubana, estemos en desacuerdo al juzgar el interesado entrometimiento de los americanos. El señor Pi y Margall es lo que se llama «un hombre de partido», que fue gobierno y puede volver a serio. Yo no he pertenecido ni pertenezco a ningún partido, como no sea al partido contrario...

Por otra parte, el respetable señor Pi, aunque es el más avanzado de los republicanos españoles, está muy lejos de comulgar revolucionariamente con los Reclus, los Kropotkine,

los Malatesta... Aunque admirándole y respetándole mucho, no comulgo en la iglesia del señor Pi. En su juicio sobre la intervención americana hay mucho de oposición al gobierno; hay también mucho de amor a la república, aunque la del norteamericano es una república nominal, con una aristocracia bancaria que viene a ser lo que la aristocracia de la sangre azul en los países monárquicos. La república me parece bien, como las tortas cuando no hay pan...

En la cuestión hispanoamericana hay dos cuestiones: la cuestión Cuba y la cuestión Estados Unidos. Cuba humillada, explotada y escarnecida antes y después de la paz del Zanjón, tuvo razón en pedir con las armas el derecho a la existencia; y aunque vivo de mi pluma y mi pluma es de la prensa española, defendí aquel derecho en periódicos de Madrid, no como insurrecto cubano, que eso sería muy poco para mí, sino como insurrecto cosmopolita, y no sólo por bien de Cuba, sino asimismo por bien de España, y más aún que por España y Cuba por el derecho y la justicia. Cuba tuvo razón en protestar contra los gobiernos de la metrópoli, como la tendrían, en su caso, Soria, Cataluña, Andalucía, etc.; y claro está que concediendo a estas provincias el derecho de pedir a tiros el mejoramiento de su estado social, hay que concederlo también a la isla de Cuba.

Pero la intervención americana es harina de otro costal; y aunque ustedes, mis amigos de Borinquen, hubiesen olvidado la historia del yanquismo en Méjico, por ejemplo, y el profundo desprecio con que trata el yanqui a la raza de color, no puedo suponer que incurran en el disparate de esperar que Mac-Kinley haya salido a redimir cautivos con la misma desinteresada intención que Don Quijote cuando salió a rescatar doncellas. Y aunque así fuese, el procedimiento de hablar de ejércitos de mar y tierra, bombardear ciudades y sitiar por hambre, ni es revolucionario ni me parece digno de un pueblo nuevo y republicano que debía realizar otra misión en la historia de este siglo. La intervención americana es un brutal atropello según Bismarck. ¡Imaginen ustedes lo queme parecerá esa intervención pareciéndome Bismarck un bandolero!

No, no hay desacuerdo, sino todo lo contrario, en mi modo de ver estas dos cuestiones; y si el desacuerdo existe a juicio de los redactores de Borinquen, ¿qué le hemos de hacer? Como ha dicho el escritor cubano señor Márquez Sterling, Bonafoux piensa y siente a su manera, y ya sabemos que la independencia de criterio no figura como diosa en los altares de la raza española ni en los altares de la raza hispanoamericana, que, mal que le pese, descende de aquélla. Pero hay que tragarme así, o no leerme, que quizás es lo más acertado, aunque no lo más instructivo. «Por lo demás», no soy el único en juzgar como juzgo la intervención. Conmigo están escritores tan revolucionarios en todo como Aurelien Scholl, de quien es el siguiente párrafo:

«Si j'étais forcé par une circonstance quelconque d'entrer au service d'une des deux puissances qui sont aux prises en ce moment, je me trouverais fort embarrassé de faire un choix. L'Espagne, a par ses gouverneurs, tellement pressuré Cuba; il s'y est commis de tels crimes, de telles exactions, que la délivrance de ce malheureux pays serait un soulagement pour la conscience humaine. Mais le fait de tomber aux mains de ces épiciers conquérants, de ces corsaires charcutiers, de ces rôdeurs de savanes qui ont remplacé les Mohicans et les Peaux-Rouges, est une amélioration douteuse du sort des Cubains. Les indigènes seront rapidement dépossédés; les Américains prendront le plus qu'il se pourra et ils achèteront le

reste. Un moment viendra où les Cubains d'origine se verront contraints de se réfugier en Espagne.»

La idea de la anexión de Cuba y Puerto Rico a los Estados Unidos no tiene duda para mí; y esa anexión no me seduce. Ignoro si los redactores de Borinquen tienen yanquis en la familia; de la mía puedo decirles que, aun «remontándome a la noche de los tiempos», no encuentro un yanqui para un remedio. De todo hay en mi árbol genealógico: indígenas, españoles, franceses (sobre todo franceses), italianos, y no estoy muy seguro, como no debe estarlo nadie que de América proceda, de que no me toque algo alguna negra... Pero los yanquis no me tocan nada, absolutamente nada. Y siendo abogado español, y escritor español, figúrense ustedes el pito que tocaría en esa tararaboun de la anexión americana. De modo que no sólo por sentimiento, sino también por conveniencia, me revienta la tal anexión.

\*\*\*

Quedamos en eso; y aquí haría punto final si no leyese entre las líneas del artículo de Borinquen algo así como una queja de que yo, «escritor antillano», satirice y caricature a los yanquis.

Pero, señores de Borinquen, yo no soy escritor antillano, sino escritor a secas. Más propio sería llamarme escritor español, de Madrid, en cuya iglesia literaria fui bautizado y confirmado, para que luego, a la trágala, me reconociesen en las Antillas, cuyo mundo intelectual me lo negaba todo, el modo de andar inclusive, aunque con la mayor facilidad gradúa de genio a cualquier imbécil, o quizá por eso mismo... Y si cuando muera, que no es probable, sale algún admirador dedicándome una estatua, siquiera sea de aguacate, le pasará a la estatua lo mismo que a la de Heine, que fue rechazada por Dusseldorf, su villa natal, porque no estaba satisfecha con haber desterrado y escarnecido al original, culpable del crimen de valer más que sus conciudadanos.

Lo que soy y valgo, es, ante todo, obra de mi esfuerzo, y luego, obra de España, de Madrid, donde poco a poco me dieron sitio en la prensa, cuartillas, tinta, pluma y sueldo a pesar de las prehistóricas rutinas del periodismo español, de la famosa «crueldad» de mis sátiras, y de la atroz envidia de los plumíferos, de la hostilidad de la gente del oficio, que es allí el verdadero infierno de las letras que espantaba a Flaubert, pareciendo hecha para él la frase de Bäuer:

«Je ne sais rien de pareil a l'envie, a la haine, a la méchanceté qui règnent dans les milieux littéraires et artistiques.»

Yo no debo nada a las Antillas (que siempre han querido hacer conmigo lo que Sampson con las baterías del Morro, reducirme al silencio), como no fuera favor el recibirme en la Habana con toda clase de pasquines por haber publicado en un periódico cubano y autonomista, La Discusión, una crítica que, como puede verse en mi Avispero, iba enderezada a pedir que las autoridades hiciesen cumplir las leyes de la estética y de la higiene. Y en cuanto a Puerto Rico, sin recordar, por demasiado reciente, que el señor Muñoz Rivera, no satisfecho con no pagar las deudas que tiene en el hotel Franklin (19, rue

Buffault), aunque es ministro de Justicia, me estafó alevosamente una diputación bien ganada con muchos años de trabajo y percances por defender los derechos de aquellos colonos; la verdad es que éstos no han podido hacer más por mí, como lo prueba el relato siguiente de La Unión del señor Pi y Margall:

«Hace ya bastante tiempo, nuestro estimado colaborador señor Bonafoux y Quintero, publicó en las columnas de nuestro periódico un artículo titulado El Carnaval en las Antillas, en el cual ponía de manifiesto, con el laudable fin de corregirlas, ciertas costumbres de la capital de Puerto Rico, costumbres no muy en armonía verdaderamente con la cultura de que en los actuales tiempos debe hacer gala toda población importante. A nuestro juicio, el señor Bonafoux no se excedió en la crítica, ni aun en caso contrario había fundamento sólido para censurarle siquiera, dado el fin que en su trabajo se proponía.

«Esto no obstante, el señor Bonafoux no sólo ha recibido censuras, sino insultos; y no sólo insultos, sino que hasta ha visto su vida y la de su familia y amigos muy seriamente amenazada, a ciencia y paciencia de algunas autoridades transformadas acaso, con menosprecio de su cargo, en cabecillas de motín.

«Véanse los hechos para que se nos comprenda, hechos de gravedad suma, que por muchos días han ocupado la atención de los periódicos de Ultramar; hechos de tal manera escandalosos y trascendentales, que apenas si se comprende que la prensa de la Península haya guardado un absoluto silencio sobre ellos.

«El señor Bonafoux es oriundo de Puerto Rico, y allí reside su familia. Llamado precipitadamente para que acudiese al lado de su madre enferma, nuestro amigo desembarcó en la isla el día 23 de Junio. Apenas se supo su llegada a la capital, impulsada la población por un falso patriotismo, levantóse contra el señor Bonafoux, pidiendo nada menos que su muerte. Por espacio de cinco días reinó un verdadero motín, reproduciéndose los escándalos y las violencias uno y otro día, con una tenacidad sin ejemplo. Miles de personas recorrían de continuo las calles profiriendo gritos y amenazas; la prensa toda del país agotó contra nuestro colaborador todo el diccionario de las invectivas, excitando más y más a la enfurecida muchedumbre a tomar venganza; escribióse a todos los pueblos de la isla a fin de si pasaba por ellos el señor Bonafoux, se le hiciera el mismo recibimiento; y cuando el tan encarnizadamente perseguido trató de acudir en justa defensa a los periódicos, éstos se negaron a insertar escritos, excepción hecha del Boletín Mercantil.

«La casa que habitaba el señor Bonafoux al lado de su madre moribunda, fue allanada por una turba de más de seiscientas personas, y aquél sólo pudo librarse de la muerte gracias a los esfuerzos de la policía. Salió, por fin, el señor Bonafoux de su domicilio rodeado constantemente por un populacho armado con palos, picas y piedras, que lanzaba sin cesar horrorosos gritos.

«En el muelle más de doce mil personas aguardaban al señor Bonafoux, que apenas asomó, tuvo que soportar una lluvia de piedras, que afortunadamente no dieron en el blanco. No satisfechos todavía los amotinados, pretendieron asaltar el bote en que el señor Bonafoux se trasladaba al vapor, interviniendo entonces, sable en mano, la policía, lo cual produjo la consiguiente alarma y no pocas carreras. Pero la policía no pudo impedir que

más de doscientas personas se embarcaran en otros botes, los cuales acompañaron al viajero, dirigiéndole toda especie de insultos y amenazas, hasta el vapor inglés que debía alejarle de aquellos lugares.»

\*\*\*

Ya caigo en qué va vistiendo el proclamarme «escritor antillano», y que gusta decir:

-Ese Bonafoux (ese, como si hubiera otro), ese Bonafoux es una gloria del país. Preséntemelo. Convídelo a comer; -a lo que generalmente no accedo, porque la comida suele ser latosa, y porque el anfitrión, acostumbrado a la rimbombante indumentaria de los capitanes generales, se asombra de que no gasto charreteras n espuelas, y luego dice: - ¡Parece mentira que ese sea Bonafoux! ¡Si come lo mismito que yo!

Sí, llámenme cualquier cosa, simbelgüensa si quieren; pero nada de «escritor antillano», no por ser depresivo, sino porque como escritor debo lo que soy al pueblo español, quien me animó leyéndome, y me quiere mucho a pesar de mis críticas (o quizá por ellas).

Nada de lo cual me impide defender los derechos de los antillanos, gracias a las cuales defensas he evitado atropellos y rescatado muchos presos. Porque lo que yo escribo se lee en España, cosa que no pasaría sí yo fuera «escritor antillano».

Nuestros güebos

Aunque La Gacela de Madrid publicó el 14 de este mes una Real orden nombrando registrador de la Unión (Manila) a don Alfredo Gómez, pienso que don Lucas será tan registrador de Manila como yo almirante de la escuadra yanqui que es dueña de aquella bahía... Porque de aquel archipiélago nos queda poco más que esa carta orográfica de Filipinas, cuyas ciudades están indicadas con rubíes, cuyos ríos, montañas y mares son regueros de zafiros, y cuya leyenda está escrita en diamantes; carta de oro macizo, que costó ciento noventa mil pesetas, según dice la Mondaine, y que fue regalada por los funcionarios de Filipinas, a doña Joaquina de Osma, a quien se dio igualmente, como a Primo de Rivera, una pensión vitalicia por haber contraído seniles nupcias con el nefasto político que provocó la ruina colonial de España.

La catástrofe de Filipinas, catástrofe que se tuvo tan callada y se dio a última hora con tantas mixtificaciones ha hecho decir a Henry Bäuer:

«¿Por qué la nación que sucumbe bajo el número la fuerza de sus enemigos trata de engañarse y engañar a todo el mundo con la narración de pretendidas victorias? El famoso orgullo castellano no quiere confesar derrotas y la favorable interpretación de los más

ingratos acontecimientos produce un efecto cómico. Si fuese lícito el acto de abrumar a un pueblo desgraciado, los telegramas de Madrid darían risa.»

Baüer se admira de que acudamos al gastado recurso de urdir victorias, porque el notable cronista ignora que los españoles estamos dispuestos a tolerar toda clase de cosas, que se diga que no tenemos ciencia, ni letras, ni artes, ni política, ni industria, ni comercio, ni sentido moral, ni sentido común, todo, en fin, lo que se quiera... menos que nuestros güebos no son los más grandes y poderosos del orbe. Tener muchos güebos, he ahí lo único que nos preocupa; la sola cuestión para nosotros, el ser o no ser, ya se sabe cual es, la cuestión de los güebos; es algo morboso, casi una epidemia, sin casi una locura, la locura de los güebos gordos. En cuanto reñimos dos españoles, y aunque no riñamos, el uno le dice al otro:

-A mí me arrastran los güebos. Y el otro le responde:

-Pues a mí me zumban.

A lo que advierte, interrumpiendo, un transeúnte:

-¡Y a mí me hacen espuma!

Y de eso teníamos que alardear en las cuestiones de América, mucho más que en cualesquiera otras, por el precedente del «huevo de Colón».

¿Qué duda cabe de que los tenemos como la copa de un pino? Pero eso no basta hoy para ganar batallas. Los tendrá Dewey como los de un palomo torcaz; pero como fue a Cavite con una escuadra superior a la nuestra, que era de cartón pintado, nos puso fuera de combate. Los tendrá Sampson lo mismo que los de un golondrino, pero como está en Santiago con una escuadra que no fue hecha para luchar con la nuestra, sino con la escuadra inglesa, y como tiene toda clase de pertrechos de guerra, y oficiales que saben lo que se pescan -al revés de nosotros, que tenemos mandando el Vizcaya un señor a quien Cervera llama el mulo de don Manuel,- nos tiene locos a bombardeos y acabará por tomar la plaza aunque haga falta un Leviatán para trasladar a España los güebos de nuestro almirante, que quizá no cojan en la bahía de Santiago.

En Puerto Rico no nos reventaron los yanquis porque no les convendría, supongo yo, pero nos reventarán. El bombardeo de la bellísima San Juan, como lo llama un mentecato articulista de La Correspondencia de Puerto Rico, fue, por el resultado, un paso de risa. Hasta se cuenta que un negro dijo a Macías, después del susto:

«Mira, generá: yo estaba singando, ¿sabe? y ni siquiera me apié.» Pero no hay que fiarse; y así como no salvamos a Filipinas con las rogativas de sus infectos frailes, alma y vida de la insurrección tagala, no salvaremos a Puerto Rico con rezarle letanías a Nuestra Señora de Belén, aunque, como advierte la citada Correspondencia, dicha Virgen es «protectora de Puerto Rico contra toda clase de invasiones extranjeras.»

Estamos mal, muy mal; y lo peor es que la prensa parisiense empieza a tomarnos el pelo, poniendo a la cabeza de Le Jour, de La Patrie, de La France, etc, letreros muy gordos que rezan:

La escuadra misteriosa. La escuadra fantasma. La impotencia de los españoles. La desesperación de España; y otros reclamos periodísticos que nos parten el alma y nos ponen encarnadas las orejas.

Y peor que todo eso es el tinglado que ha puesto la mayoría de los políticos de Madrid, - que hace falta ahorcarlos, sí, señor, ahorcarlos.- El espectáculo de Primo... de primos paseando en las Cortes su millón de sueldo (?), su medio millón de suscripción voluntaria, su estatua de oro y su pensión vitalicia por haber hecho la paz con Aguinaldo, con el mismo Aguinaldo que está degollando españoles, es una danza del vientre tan escandalosa como la que bailó el general Valerí saludando en Santander a los que le gritaban: ¡viva el general de vergüenza!... como si los demás generales no la conociesen...

Cuanto a la diarrea de discursos retóricos que echan por la boca nuestros grandilocuentes oradores, Inglaterra, según el *Matin*, la ha calificado de elocuente charlatanería. No se explica aquella nación, dice el corresponsal del citado periódico en Londres, que en este amarguísimo trance «cada jefe de grupo se cree obligado a hacer solemnes declaraciones.» No son ya los jefes de grupo, sino todo bicho viviente; y corresponsales y reporters, no sabiendo qué decir de tales solemnes majaderías, acuden, como últimamente ha sucedido en la interview del *Matin* con don Francisco de Borbón, al socorrido recurso de hablar del mobiliario y... (dice el corresponsal de aquel periódico con referencias a la citada entrevista):

«Pendant un quart d'heure j'attendis dans une espèce d'antichambre-bureau qui, certes, n'avait rien de royal. Par une porte entr'ouverte, j'apercevais, épars sur les chaises, un chapeau de femme, une houppette a poudre de riz une ombrelle, etc, pendant que deux ou trois enfants, dont Fun sans doute était le «dauphin», gambadaient autour de moi et criaient a m'assourdir.

«Au mur, quelques tableaux représentant le général en grande tenue, la princesse de Bourbon en toilette de cour, puis des panoplies, des potiches dans les coins, des housses sur les meubles...»

Y entretanto todo anda manga por hombro y P. de Barre puede hacer este paralelo entre ingleses y españoles de Gibraltar:

«En franchissant la Linea, frontière espagnole, j'ai eu un moment d'amertume, et malgré toute ma sympathie pour l'Espagne, je n'ai pu m'empêcher de hausser les épaules, tellement la transition est violente.

«D'un côté, profusion de sentinelles, une consigne sévère, une tenue impeccable sous les armes. De l'autre, une laisser-aller incroyable, un vague fonctionnaire, dolent, fumant une cigarette et tenant dans ses bras son fusil comme une nourrice un bébé.»

Si la situación de España en el exterior es de lo más grave que se ha visto, la situación en el interior de la Península no puede ser más lastimosa.

¿Qué va a ser esto? ¿Qué va a pasar aquí? ¡Esto es la descojonación! No se oye decir otra cosa. Políticos de oficio, como los Silvela y los Romero, toman pretexto de las desgracias de la patria para querer echar la zancadilla al gobierno, cuya obra no habrían de mejorar por buena que fuese, que no es sino muy mala, la voluntad que tuvieran, por la sencilla razón de que ya es tarde para todo.

¿Don Carlos? Ese es el legendario bacín para caso de un apuro, el bacín donde iremos todos a parar de cabeza; porque con los republicanos no hay que contar.

De regreso de una excursión a España, mi amigo el revolucionario Charles Malato ha referido que la opinión republicana reza en Madrid que el único modo de llevar la República es «casando a Weyler con Castelar.»

Pues entonces don Emilio, parodiando a la aristocrática madre de cierto famoso general, podría decir que no había parido la República, sino que la había defecado. Tal sería el lodo que trajesen esos polvos republicanos.

París, 17 de Junio de 1898.

El pobre Cristo

La situación es ésta: -El irritante despotismo de los gobernantes ultramarinos, que sistemáticamente alejaron de la vida del derecho y de los destinos públicos a los cubanos, portorriqueños y filipinos, tratándoles como a españoles de ínfima categoría, y los cínicos ladronicios de los señores ministros, que vivían holgadamente en Madrid de las rentas que les enviaban los empleados a quienes nombraron para robar en las Antillas, provocaron una insurrección que duró diez años, y que fue sofocada con promesas de reformas, que no tuvieron cumplimiento.

Vejados y escarnecidos los cubanos, volvieron a pedir don las armas el derecho que tenían a la existencia. Pudo Sofocarse otra vez la insurrección, concediendo las reformas del señor Maura. Pero opusieron a este acto de justicia la torpe ceguera de Cánovas del Castillo; las concupiscencias de parte del militarismo, ganoso de que continuase la guerra para seguir acaparando grados; las tradicionales prerrogativas del elemento reaccionario, representado por caciques como Santos-Guzmán; los señores ministros que vivían del robo de Cuba; los monopolizadores de fuste como el marqués de Comillas; buena parte de la prensa, que medraba de halagar necias vanidades del pueblo, y hasta el pobre pueblo, a quien se dijo uno y otro día que la pérdida de Cuba era la pérdida del honor nacional, cuando el honor nacional debe consistir en no tolerar gobernantes tiránicos ni ministros ladrones.

Contra este estado de cosas protestamos, como recordó poco ha el periódico Borinquen, el señor Pi en el Nuevo Régimen, y yo en el País y en la prensa antillana, consignando la ineludible necesidad de dar la autonomía, amplia y sinceramente aplicada.

¡Empeño inútil! El mulo de Cánovas mandó doscientos mil hombres a Cuba «para aplastar a los insurrectos», y los mandó con Weyler, no porque le tuviese en concepto de gran general, puesto que constábase que le derrotaron los carlistas, ni porque ignorase sus artes, harto probadas en Filipinas, sino porque Weyler iba a cortar cabezas... Las cortó a miles, hizo una trocha de sangre entre peninsulares e insulares, y la insurrección siguió tan decidida como al principio.

Hay que dar la independencia, decíamos el señor Pi, en el Nuevo Régimen, y yo en el País; hay que darla espontáneamente para evitar que nos la impongan los yanquis.

¡Sermón perdido! Weyler siguió cortando cabezas, y luego fue Blanco a restañar un océano de sangre con la aplicación de una cataplasma de autonomía embustera como fue Macías a ponerle a Puerto Rico el indecente parche autonómico del no menos indecente Muñoz Rivera. Aceptólo, balando, el carnero de Puerto Rico. Mas no así Cuba, que recordando la sangre vertida, las exacciones pasadas y el vil engaño de los gobiernos de la metrópoli, contestó:

-¡Métanse ustedes esa autonomía por donde les coja!

\*\*\*

El advenimiento del señor Sagasta al poder, juntamente con el señor Moret, cuyo discurso de Zaragoza era promesa de algo definitivo y grande para el problema antillano, no logró cambiar la situación de las cosas. Aquel ministro de Ultramar, que tan malas mañas tuvo siempre, escamoteó la autonomía con todo el arte de prestidigitación que le caracteriza, llevando el descoco al extremo de seguir aplicando el cunerismo a Cuba y Puerto Rico -y el señor Sagasta, atento a salvar la monarquía primero que a salvar la patria, no tuvo el valor cívico de decir al pueblo español lo único que había que decirle:

-Hay que dar la independencia de la isla de Cuba bajo el protectorado de España.

Y el conflicto con los Estados Unidos se echó encima, inevitable, fatal y pavoroso. Lanzado el reto, y del modo más brutal que registra la historia de los atropellos internacionales, no había más remedio que aceptarlo, y no fuimos nosotros de los últimos que aplaudieron la resolución del señor Sagasta. Desde un principio creímos firmemente en la victoria de los yanquis, y así está consignado en el Progreso: pero creímos también que España caería gallardamente, como cayó en Trafalgar.

Los tiempos son otros... Otros también son los hombres... El almirante Montojo, que ofreció suicidarse saliendo al encuentro de las naves yanquis, esperólas tranquilamente en el mismo Cavite, y salvándose del desastre de toda la escuadra, que pereció allí, está en Manila comiendo arroz con palito. El almirante Cervera, que también salió, o a bombardear el puerto de New York o a dar una batalla en las aguas de la Habana, empezó por

propinarse una cuarentena en la bahía de Santiago, y, sacado como un hurón de su huronera, volvió a salir... pero encunado, en una course folle, como ha dicho l'Echo de París, y después de contemplar el espectáculo de la destrucción de los mejores barcos de nuestra escuadra y la muerte de centenares de marinos cuyos pedazos flotaron en el mar, rindióse con los capitanes del Vizcaya, del Furor, y del Pluton, más mil ochocientos soldados, y ya ha telegrafiado a su señora que se «encuentra con su hijo a bordo del New-York», comiendo el clásico roastsbeef con patatas cocidas. ¡Todos heroicos, pero con la vida a salvo!

Y en esta trágica situación, mil veces peor que la de los franceses después de Sedán, los politicastros de Madrid andan a la greña disparándose las responsabilidades de los desastres del pobre pueblo español, de quien se puede decir lo que Lista dijo de Cristo

-¡Todos en él pusisteis vuestras manos!...

Y todos en él seguirán poniéndolas, porque la continuación de la guerra es fatalmente necesaria.

Los que me leen, los que han leído los artículos que he publicado en El País y El Progreso, artículos que causaron más de un enojo y proporcionáronme más de una desazón, saben, tiempo ha, que apreciando yo el problema cubano con las mismas miras del señor Pi y Margall, fui desde un principio completamente hostil a todo conato de guerra con los yanquis, llegando hasta decir que antes de meternos en ella debía España declarar motu proprio la independencia de Cuba, acto que habría encajado a maravilla en las caballerescas tradiciones del carácter español.

Pero el pacientísimo pueblo que toleró la política de los Cánovas, los Romero, los Moret y tutti quanti de la política madrileña, toleró ipso facto la consecuencia de esa política, o sea la guerra con los Estados Unidos. Podrían los italianos protestar contra Humberto si hubiese sostenido a Crispi contra la voluntad del pueblo que pidió enérgicamente t que saliese del poder aquel émulo de Cánovas, negándose en redondo a seguir yendo a Abisinia; pero el pueblo español, que asintió a la necesidad de enviar doscientos mil soldados a Cuba, para conservar la integridad de un territorio de los ministros ladrones, y que estaba dispuesto a enviar «el último hombre y la última peseta,» no tiene derecho alguno a quejarse de la Reina Regente, ni del señor Sagasta ni de nadie. Por tales consideraciones no me sorprende que el pueblo español, una vez lanzado por los Estados Unidos un reto que España tenía que aceptar, pida la continuación de la guerra.

¡Ya estamos en el burro, identificados con él, y hay que arrear! Haber aceptado la guerra con una nación mil veces más fuerte que nosotros, todo por no perder la isla de Cuba, y descolgarnos pidiendo la paz para perder Cuba, Filipinas y Puerto Rico, no sería propio de sabios. ¡Que nos van a dejar sin colonias; que nos bombardearán en la Península: que nos exigirán exorbitante indemnización de guerra; que nos vamos a quedar como el gallo de Morón!... ¡Haberlo pensado antes! ¡Haber dado pruebas de verdadera virilidad oponiéndonos a ser juguete de las concupiscencias de los gobiernos y sacudiéndonos las moscas borriquetas de la política madrileña! Nuestra suerte es horrorosa; pero merecida. Cómodo es, pero expuesto a estas catástrofes, el dejar que los gobiernos lo sean todo,

reduciéndose el pueblo a hacer el papel de rorro que come papilla cuando buenamente le da la gana a la nodriza, o el papel de loro que va a Cuba cuando se lo mandan. La catástrofe no es de ahora; viene de muchos siglos de ignorancia. No sabemos leer, no sabemos escribir, no sabemos pensar, y como consecuencia el pobre Cristo tiene que ser inconsciente carne de los cañones de los Dewey y Sampson. -Muramos en el Gólgota.

¡Estamos aviados!

La última hermosa crónica de usted (la de los güebos) ha hecho discutir una semana a todo Madrid literario. Mi número se lo llevó mi compañero Riquelme al Congreso; allí se lo arrebató Páez, el de La Correspondencia; éste se lo dio a Mellado, y Mellado lo leyó la crónica a Sagasta, que según, noticias, la celebró mucho. Esto no le importará a usted un comino; pero, al felicitarlo por tan hermoso trabajo, le cuento el efecto que ha producido por sino lo sabia.

ADOLFO LUNA. -Del Progreso.

La noticia de que los güebos de mi anterior crónica han sido celebrados por el señor Sagasta, me anima a decir que el marqués de Comillas, no contento con ser hijo de Antonio López, es un timador de periódicos.

El titulado (le llamaremos titulado) marqués, que antaño me llevó a los tribunales de injusticia notoria en España, y que me acusó, por boca del Movimiento Católico, de que proyectaba asesinarle, se ha permitido prohibir la circulación de La Campaña, como consta en el siguiente párrafo de un artículo del País, de Madrid:

«Tras de la persecución de los libros vino la de los periódicos, ahora recrudecida.

«El marqués tiene mandado:

«1.º Que en las estaciones no se vendan Las Dominicales, El Motín, El País, La Campaña, etc.

¡Y mucho cuidadito! El que no quiera someterse, a «la calle sin apelación.»

De modo que no satisfecho el titulado (seguiremos llamándole titulado) marqués con ser hijo del consabido López; ni con «haberse enriquecido con nuestras discordias y guerras ultramarinas, llevando y trayendo soldados de las colonias y matándoles de hambre en el camino»; ni con haber conseguido del gobierno» que no se adquiriera ningún barco que no sea propuesto por su casa con privilegio exclusivo de introducción en España»; ni con otras cosas que sabe todo el mundo, dedícase actualmente al robo de números de La Campaña, compitiendo con Muñoz Rivera, ese Juanillón del gobierno pour rire de Puerto Rico.

¿Qué Campaña es posible con Laá, Despujols, Muñoz Rivera, marqués de Comillas y demás ratas de la política española?

Por fortuna esa política lleva la del humo. Según El Nacional, aunque monárquico, casi todos los santones merecen ser procesados; y prueba de ello es que se lamenta de que «no se procesa al general Martínez Campos, ni al señor Silvela, ni al general Polavieja, ni al general Azcárraga, ni al señor Gullón, ni al señor Moret, ni al general Primo de Rivera.» Por mí, que les ahorquen. El Nacional deja traslucir el deseo de que se quiera procesar al general Weyler. Lleva razón, porque a Weyler no hay que procesarle, sino lyncharle sin formación de causa.

Henri des Houx, corresponsal del Matin en Madrid, ha publicado en dicho periódico el retrato de Weyler, y con tal motivo advierte lo siguiente:

«Son portrait a été pris a bord du bateau qui le ramenait de Cuba. Il rit parce qu'il lit sur l'Heraldo de Madrid un article intitulé» Feliskoff en Russie.»

No dudo que hiciera gracia al general mi referida crónica, Feliskoff en Russie (porque como graciosa, lo era); pero dudo que se ría tanto cuando sepa que tengo por averiguado que la vaca Cuba daba anualmente CINCUENTA MILLONES, como podrían comprobarlo los señores don Leonardo Moragues, excomisario de guerra del cuartel general, y don Manuel López Gamundi, exsecretario del gobierno general y exsubintendente de todas las aduanas, -ambos ascendidos por recompensa parecida a la que el gobierno ha dado a señá Jaoquina, cediéndole libre de gastos el título de duquesa de Cánovas de Castillo con grandeza de España, título acordado por ser «viuda del ilustre patricio», cuya terquedad nos colocó entre los machetes de Máximo Gómez y los cañones de Sampson.

¡Estamos aviados! Deshonradas las nuevas Cámaras; amordazada la prensa y presos periodistas como Lerroux, víctima de una venganza personal y Adolfo Luna, porque estaba de turno para entrar en la cárcel, que tan merecida tienen los personajes indicados por El Nacional; reventados y abandonados en Filipinas, cuyo indecente arzobispo, el P. Nozaleda, instigador del asesinato del doctor Rizal, tomó las de Villadiego en cuanto supo que se acercaba Aguinaldo a Manila; reventados y espachurrados en Santiago, cuyo héroe, el almirante Cervera, después de horrorosa cuarentena, salió cañoneado por detrás; bombardeados en la propia Península -mientras llega a sus costas el comodoro Watson,- por los discursos de los Romero y los Moret, quienes buscan nuevas posiciones o cambios de chaqueta; exhausto el Tesoro, empeñada hasta la camisa, y hambriento el pueblo, no tendríamos salvación si Benlliure no hubiese ido a Barcelona «a dirigir la fundición de la plancha (¡morrocotuda!) del general Weyler», y si un corresponsal no nos hubiera contado

que una señorita de Zaragoza cantó en honor del general Pollavieja, que estaba en un balcón:

Polavieja, Polavieja,

si no te hubieras venido...

Lo cual, en un balcón, a la vista del público, es ya lo único que le falta que aguantar al pueblo español...

Parada belicosa

La resurrección de La Campaña ha puesto como un Clarín, o como una canilla, a los zascandiles de las colonias española e hispano-americana de París. Me alegro. ¡Así revienten!

Y se dice:

«Un periódico en manos de un desesperado como Bonafoux, capaz de publicar toda clase de atrocidades, es un peligro.»

Sí, señor; publicaré todas las atrocidades que merezcan publicarse.

Otros, curándose en salud, dicen (después de templarse con unos cuantos ajenjitos... fiados)

-Si Bonafoux me ataca, le pego.

No, señor. Yo atacaré a usted y usted no me pegará, porque me siento homicida y me custodia un revólver para suplir la fuerza muscular que no desarrollé.

Hago esta parada... belicosa para reivindicar el derecho de La Campaña o decir todo lo que deba decir; por ejemplo, que cuando se tiene generales como Polavieja, que es un asesino, y como Weyler, que en compañía de su cuadrilla arrambló con 150 millones de duros (oro), según resulta de la liquidación de cuentas de las trochas y fortines, administración militar y contratos de suministros; subinspección, vestuario y equipo; hospitales y ayuntamientos; órdenes reservadas y objeto de los bandos; movimiento de tropas para producir bajas y desorden permanente; suscripciones públicas forzosas; defraudación de exportación e importación; venta de municiones al enemigo; agios de tesorería general con el Banco Español y las cotizaciones de Bolsa para la venta de giros y pagos preferentes; curso forzoso de los billetes; cuentas en participación y nombre de los militares, empleados, comerciantes y banqueros participes, etcétera, etcétera, etcétera; que cuando se tiene, decía, generales así, y almirantes como el de la fuga naval de Santiago de Cuba, fuga reída por toda Europa, mientras el almirante, prisionero, se hacía banquetear en los Estados-Unidos; y oficialillos que, cargados de centenes y sortijas, volvieron contando

que los yanquis eran muy decentes, «porque convidaban»; y políticos como Sagasta, que ordenó la fuga, y siguió en el poder porque no había sido nada lo del ojo, y lo llevaba en el cetro; y lumbreras o lombrices científicas como el sacamuelas de Moliner, que se proclama el ángel exterminador de la tuberculosis; y pencos literarios como la Pardo, que impone su nombre a una calle principal del ensanche de la Coruña «por el patriótico discurso que pronunció en la sala Charrás» donde la oyeron por junto seis personas, que de puro aburridas salieron de allí con intención de echarse al Sena; y periódicos republicanos que, como decía Ruiz Zorrilla, «defienden hábilmente la monarquía»; cuando se tiene estas y otras epizootias no hay derecho a alzar el gallo, ni a querer entrar en las redacciones de los periódicos dando a diestro y siniestro los sablazos que debieron darse a los yanquis. ¿Quién remediará esta putrefacción de los de arriba y de los de abajo?

«Telegrafían de Rosas que ha llamado la atención la presencia en la bahía, de un crucero inglés de dos palos. Y cuatro chimeneas, de nombre desconocido.

Permaneció dos horas y verificó varios trabajos de inspección, largándose después.»

«¿A qué vendría?» pregunta la prensa de Madrid. Yo creo que ese crucero inglés es el mismo crucero americano o el llamado vapor de las cuatro chimeneas, que con sus proyectores eléctricos tuvo en constante fuga terrestre al vecindario de Puerto-Rico; y que, como el otro, se dispone a hacernos el importante servicio de apoderarse del país, para sanarlo, sacando carros de basura de todas clases, como los que se han sacado de la capitania general de Cuba.

#### Sucesos trascendentes

El suceso más trascendental de toda esta semana en España, es la llegada a mi casa de una revista madrileña que trajo dentro dos chinches. ¿Cómo se atrevieron a llegar a casa esas dos chinches, que quizás entrañan un simbolismo?

No lo sé. Lo que sí sé es que desde entonces me dedico a los polvos insecticidas, para desinfectar mi boîte aux lettres.

Después de la prensa con chinches, figura como trascendental suceso un discurso del trascendente gobernador de Cartagena:

«El gobernador de la provincia brindó por sus hermanos los argentinos, que han guardado de común con España, no sólo su idioma y sus costumbres, sino también su religión, pues no sólo son cristianos, sino católicos, apostólicos, romanos.»

Yo supongo que a esos hermanos argentinos, condenados en Madrid a comer por todo pasto congrios, besugos y percebes, y que al salir despavoridos a embarcarse fueron atajados por un discurso católico del gobernador de Cartagena, no les quedarán más ganas de volver a España. Con tortillazas de atún y salmodias de gobernador, no les van a conocer sus familias cuando desembarquen en la Argentina.

Tercer acontecimiento trascendente: que el Guerra va a torear, según se deduce de este diálogo, con una «respetable personalidad», que se llama don Pedro.

Veán ustedes lo que el Guerra dijo a don Pedro

«-Don Pedro, el día 5 (hoy) me voy de montería, ¿quiere osté vení?»

-No puedo, me marcho a Madrid el domingo.

-Lo siento... ¿Y zabe esté por qué me voy de casa por algunos días?

-¿Por qué?

-Pa no oír hablar de toros en el Círculo.

-¿Y a ti qué te importa?

-Pues mire osté, la verdá. Desde que han empezado a prepararse pa torear, estoy que no vivo. No puede osté figurarse el efecto que me hace el ver al Machaco y al chico de Juan y al Conejo liar los trastos y meterse en el tren...

-No seas tonto, y tú cuidate de disfrutar lo que has ganao.

-No pueo, don Pedro. Hase días que ni tengo ganas de comer, ni pueo dormí, ni estoy bien en ninguna parte. Paece que me pican en la esparda con puntas de alfileres.

-Pero hombre...

-Y anoche se lo dije a Dolores. Yo no pueo mas. Si no toreo me pondré malo y me moriré; y lo que oye, don Pedro, me muero, créame osté a mí.

-Esas son chiquilladas, que te pasarán pronto.

-No son chiquilladas; es la verdá. Por la noche no pueo dormí. Me acuerdo de los toros y no me acostumbro a vivir así. Por eso he pensao en esta montería, a la que he conviao a varios amigos. Véngase osté.

-Lo siento, Rafaelillo, pero me es imposible.

-Pues adiós, don Pedro... Y ya verá osté cómo no acaba abril sin que yo toree en alguna parte.»

.....

Atunes, congrios, besugos, percebes, el gobernador de Cartagena, el Guerra, don Pedro... Pues todavía hay más: la Pardo.

«La ilustre autora de La cuestión palpitante, dice un periódico, no celebró el día de su santo, invitando como otros años a sus amigos a espléndido refresco. La semana de Pasión en que nos hallamos se lo impediría, pero se quedó en casa y recibió (¿cómo no?) a sus amigos.»

De modo que en resumidas cuentas lo único que rectificó, con motivo de la Pasión, fue el espléndido refresco de horchata de chufas.

Pero la conocida publicista, queriendo hacer penitencia por los pecados, vamos al decir, literarios, que cometiera, no se conformó con quitarles el refresco a sus contertulios, sino que obligóles a hacer una penitencia atroz. Sigue diciendo el periódico:

«Por feliz casualidad llegó ayer a manos de la insigne escritora la traducción al sueco de su novela Los Pazos de Ulloa, y el volumen, admirablemente editado en Stokolmo, corría de mano en mano.»

¡Qué casualidad feliz para los amigos de la señora de Quiroga! ¡Ellos, que estaban esperando el consabido refresco de cebada, verse obligados a refrescar con un libro de la Pardo Bazán, y traducido al sueco, por añadidura! Es admirable. En la Pasión próxima - porque esa Pasión es de las cosas que repiten, como la Pardo la eximia escritora dirá a sus parroquianos:

«Con motivo de la muerte y pasión de Nuestro Señor Jesucristo, y deseando purgar yo mis excursiones artísticas por París y Valencia, hoy no hay refresco; pero aquí tienen ustedes mi discurso pronunciado en la sala Charrás y traducido al howa por mi correigionaria Ranavalo.»

-Ya comprendo que los argentinos salieran de estampía.

Pues todavía hay más acontecimientos del género trascendente:

De La Correspondencia

«Se ha comentado mucho esta tarde la noticia de haber adquirido una egregia dama el palacio de un título de Castilla en la calle de Quintana, relacionándola con un fausto acontecimiento de familia que se viene anunciando, y que parece se efectuará no tan pronto como algunos creen.»

¡Qué discreción diplomática en el lenguaje escrito! ¡Qué tacto... de codos! Es como el del santo varón, que, no queriendo comprometerse con nadie, daba las noticias en esta forma:

«Me han dicho... o no me han dicho... que ha salido...o no ha salido para Bilbao, don Toribio... o no don Toribio.»

¡Todo para salir luego con que la egregia dama dio a luz «un robusto niño!»

Yo no sé qué pensarán ustedes de estos acontecimientos. Para mí, lo más importante de todo ello... son las chinches que vinieron dentro de la consabida revista. Porque cuando un país llega al extremo de enviar chinches por correo, es el acabóse...

¡Bravo! ¡Bravo!

Valence, 5 mai. - A la suite de la publication dans le journal El Progreso, de Játiva, d'une poésie qui avait provoqué le mécontentement de la garnison de Valence. 70 officiersse sont rendus à Játiva pour demander une réparation à l'auteur de cette poésie.

Ne l'ayant pas trouvé ils ont commis de nombreux dégâts dans l'imprimerie.

(Le Figaro).

¡Bravo! ¡Bravo! Que los yanquis se guardaran nuestro imperio colonial, puede tolerarse; pero que hayan ido a Játiva a publicar poesías en El Progreso, eso nunca. ¡Muy bien, esos setenta oficiales! ¿Y qué dirán ustedes de Shafter, autor de la poesía? En cuanto este general supo que había salido para Játiva un tren cargado de setenta oficiales, nada menos que setenta, pensó que sin querer había parado en Haití, donde cada soldado tiene catorce oficiales, y «no se presentó a recibir los insultos» dice Las Noticias, de Barcelona.

Después de todo, ¿qué había de hacer el hombre? Con un solo oficial podía haberse apaleado; pero con un ejército de oficiales, ¿qué remedio le quedaba? Entonces los setenta oficiales la emprendieron marcialmente con la imprenta, como si les estorbase lo negro. Mordieron unas cuantas sillas de paja, desfondaron el catre donde dormía el general Shafter, y se llevaron la escudilla con los restos del último cocido frío del Progreso.

¡Bravo! ¡Bravo! Lo único malo que tiene esta hazaña, es que recuerda la que otros oficiales hicieron en las redacciones de varios periódicos de Madrid. Aquel descomunal ataque fue calificado por Le Temps de conquista de la España civil por la España militar...

Fue gran batalla y gran victoria. Cuando dichos militares entraron, siempre con aire marcial, en uno de los citados periódicos, El Resumen, la única alma viviente que había allí era Jesús María Moreno, llamado Chuchú por sus paisanos. ¡Trecientos soldados, casi un ejército, en frente de Chuchú! Mi amigo pasó de golpe y porrazo a ser un Bayardo. Por entonces me preguntaron en París si Chuchú descendía de don Rodrigo Díaz de Vivar,

porque sólo descendiendo él del Cid Campeador se explicaba París que Chuchú no hubiera muerto del susto que le dieron. En París no se comprendería que los militares que fueron censurados por la campaña de Dahomey invadieran una redacción, diciendo a los periodistas:

«¿Conque no somos héroes, eh? Pues para probaros que sí, vamos a romperos los chirimbolos de la casa.»

Esos guerreros contra catres y jofainas de redacciones, esos guerreros que bien pudieron desahogarse en Melilla y Cuba, han dado mucho que reír a Europa; yo tuve que salir por España cuando Lepelletier escribió en el Echo de París:

«Con su fiero horror al trabajo, cualquiera que sea, los descendientes del Cid, los hijos de aventureros conquistadores, no tenían más que el circo taurino para conservar la tradición de su antiguo coraje. Fuera de los pronunciamientos y de las agresiones contra periodistas, los españoles no son capaces más que de un género de trabajo: vestirse de barberos de ópera cómica y degollar, al son de la música, un animal de carnicería.»

Así como los setenta oficiales de Játiva copiaron la actitud de los trescientos militares que dieron campal batalla a Chuchú, yo he resuelto copiar al general Shafter en lo de curarse en salud. La idea de que venga un aguerrido ejército a romperme los muebles que adquirí en siete años de trabajo diario, me espanta. Claro que con La Campaña la victoria sería más difícil; lo primero, porque la jurisprudencia del Jurado francés la autoriza a defenderse a tiros; y luego que... imaginen ustedes qué no diría La Campaña. (Yo mismo ni pensarlo quiero, porque me horripilo.)

En fin -y por si acaso- más vale que yo pase una temporadita en Inglaterra. Me voy a Londres, allí donde los militares, aunque se llamen Kitchener y Roberts, no pueden tener mando civil, porque se les considera tan aptos para mandar soldados como ineptos para mandar ciudadanos libres; me voy a Londres, allí donde los héroes de Ladysmith y Mafeking, y Wellington y Nelson si resucitaran e hicieran lo que han hecho esos setenta oficiales de Játiva, irían a la cárcel acompañados del desprecio público; me voy a Londres; y así como dichos oficiales, según noticias de la prensa de Madrid, «apedreados por los paisanos sostuvieron la lucha replegándose hacia la estación,» yo me voy a replegar hacia London Bridge Station, sin que Quintín Banderas pueda decir que me juyí, como lo telegrafió Weyler de aquel cabecilla, cuando, no sabiendo cómo explicar que pasó la Trocha, dijo que la había pasado huyendo a través de nuestras columnas.

Corona de espinas

La pitié n'habite point le Paláis.

He leído que varios periódicos de Madrid, republicanos (?) los unos, monárquicos (!) los otros, han sido denunciados por artículos referentes al rey Alfonso XIII. Como no los he leído, no puedo juzgar de su importancia. Presumo, sí, que serán los mismos artículos, los

eternos artículos, repletos de cosas dichas y redichas, que se publican en España desde que hay reyes y letras de molde.

Como creo que las formas de gobierno no importan mucho ni poco; que, por razón de raza e idiosincracia, en la monarquía británica hay mucha más libertad que en la República haitiana, yo no puedo atacar a un niño, que, bajo el peso de la corona de España, presenta el aspecto de despampanada criatura que caricaturó Le Rire. Porque ese niño me inspira profunda lástima: -la corona de España no sólo es una de las cosas más abrumadoras, sino también una de las más ridículas del mundo.

Hablando de un leproso, Jean Hess ha dicho:

«No tenía orejas ni nariz. Sus piernas estaban roídas. Pedazos de carne faltaban a sus brazos y a sus nalgas. Regaba de sangre el camino. Estaba desnudo. No podía sentarse. No podía arrodillarse. No podía acostarse. El picor de sus llagas, que eran demasiadas, le levantaban. Tenía que andar hacia la muerte; y andaba, andaba, abrasado por el sol, cegado por el polvo, asaetado por las moscas.»

¡Así, moralmente, España! ¡No es para envidiada la corona en el reino de la lepra! ¡No es para envidiado por las buenas madres españolas el momento en que María Cristina recordó a su hijo, con la mayoría de edad, los graves deberes que impone el ser rey en cualquier país, sobre todo en España, en vez de recordarle que ya es «mayorcito» y que por serlo puede salir a recorrer libremente el campo de Mayo, respirando el aire libre que purifica los pulmones..., a charlar con los amiguitos de la infancia; a echar un cigarro; a echarse novia, no la que imponga el Protocolo, sino la que imponga el corazón, y a volver a casa con un ramo de flores para la madre bondadosa, en vez de volver con la débil cabeza embutida, en una corona que chorrea sangre y lágrimas y tubérculos..., en una corona cuyos arrancados florones han dejado espinas horribles..., en una corona de muerto!...

Sexteando

«La denominación justa y exacta de la única instalación cuidada por el duque de Sexto es la siguiente: «España en tiempo de la restauración.»

El ilustre, tercero de Alfonso XII, el prócer galeoto que llevó a Juan Breva, a la Macarrona, a la Gitana y otras tales al Palacio de Madrid, ¿qué extraño es que instale en el Palacio de España en París a los afeminados cantaores y tocaores y a las desgarradas y flamencas bailaoras y cantaoras?

Del duque de Sexto no se podía esperar otra cosa.

Ha jorobado a España, es verdad; pero ¿qué querían ustedes que hiciera el de Sexto?

Los culpables son quienes lo han nombrado delegado regio. ¿Qué entiende de arte, de industria, de producción agrícola, de trabajo, un patilludo ganadero, un grande de España que es un chico en París y en cualquiera parte, un título que no se ha distinguido más que en cruzar yeguas inglesas con caballos españoles y hembras de rompe y rasga con el descendiente de cien reyes?

En París no está bien representada la España que piensa y trabaja; lo está admirablemente la golfería, el flamenquismo, la chulapería y la juerga, las cuatro barras de sangre del escudo de la restauración.

Por el sexto, decían en Madrid en noviembre del 85, murió el rey; por el mismo ha sido en París puesta en ridículo la nación.

ROBERTO CASTROVIDO.»

No es posible negar que si los toros están de malas en Francia y aun en la propia España, los aristócratas a lo duque de Sexto no están mejor parados que los toros. Mientras la policía americana de la Habana corta las coletas, invocando razones de orden público, a los toreros que se propasan a pasearse por la acera del Louvre, y los Ivan Aguely la emprenden a tiros con los toreros de Enghien, al señor duque de Sexto nos le están poniendo unas banderillas de fuego que van a acabar con su vida.

No creo, en verdad, que el señor duque, que sería de lo más anodinito en clase de grande de España si su título no fuese un sugestivo recuerdo de uno de los preceptos más violados del Decálogo, tenga toda la culpa del flamenquismo que señoréase en la Exposición española y ferias adyacentes. Pero sí creo que el señor duque pudo y debió intervenir oportunamente en evitar el descontento casi general de los artistas y expositores de España, evitándose él mismo las arremetidas de la prensa española.

¡Al demonio se le ocurre, por ejemplo, granjearse la hostilidad de la Guardia civil! Si el señor duque, que cobra cuarenta mil francos «por gastos de representación», de representación del ducado de Sexto, supongo, hubiera, dejado algo de su momio a los soldados de la Guardia civil, el señor duque no estaría tan expuesto a que una pareja le enchiquerase cualquier día en la cueva de la Feria. ¡Imagine el señor duque qué gusto dará a esos soldados, que cobran una peseta para todos los condimentos de la cordilla nacional, el saber que el señor duque se atraca de nidos de golondrina en el hotel Ritz!

Pero hay una cosa más atroz todavía. Se exige a los guardias «que no miren a las mujeres.» Esa prohibición, en París, paraíso de las mujeres, y en la Exposición, que es un harén suelto, resulta un Montjuich. Bien está que los guardias miren al señor duque, al

señor marqués y aun al señor de Ximénez. Pero entre col y col no viene mal una parisiense. ¡El señor duque como horizonte, debe ser demasiado monótono! ¡Las toreras patillas del señor duque como perspectiva eterna, deben ser insoportables!

Puede que esa medida represiva responda al deseo de evitar que a los famélicos y desfallecidos guardias se les maree la vista contemplando un buen palmito. Acaso se haya querido que los guardias huchen la peseta, para que todo quede en familia cuando regresen, si no mueren de apetito, a la patria. ¡Acodaos del Dos de Mayo! se les habrá dicho en un arrebatado de patriotismo; y sí se acordarán ellos del Dos de Mayo, mas no como fecha histórica y gloriosa, sino como generoso obelisco, en cuyos altares podrán amar -¡hasta con cascabeles!- por la consabida peseta.

Entretanto la situación de esos jóvenes guardias en pleno París, en pleno harén, en plena atmósfera de faldas y corpiños, en plena primavera, y cuando la presencia del señor duque les recuerda constantemente, con su empingorotado título, los placeres más ricos de la vida, debe ser inaguantable. Tanto más cuanto que esos guardias, que son muy varoniles y dignos, no han de querer sextear con los estetas que pululan en nuestro pabellón de Cavite y Santiago y en los alrededores de esa Feria que ofrece al público, como genuina representación de la patria, una jacarandosa grupa de bailaor...

#### Desfile horrible

Tarrida del Mármol me ha dispensado la atención de ir a estrecharme las manos a un rincón de una terraza, en donde yo miraba en silencio desfilar las alegrías del París de siempre y del París que ha creado la Exposición.

Joven todavía, animoso de espíritu, inquieto y batallador por temperamento, Tarrida, me pareció muy viejo... Diríase que las amarguras de las víctimas con quienes anda por el mundo, le han arrugado el corazón. Diríase también que un aliento de ancianidad sopló sobre la juvenil cabeza de Tarrida cuando oyó decir al siniestro Portas en el monstruoso castillo de Montjuich.

-Mañana, a las cuatro, le llevarán a usted al cero...

A la tortura, al descuartizamiento de miembros, a la charca de sangre, al aniquilamiento frío, metódico, entre imprecaciones de sayones y salmodias de jesuitas; ¡al cero!... A ese cero que España empezó a purgar en Cavite y Santiago, porque los pueblos que toleran semejantes iniquidades son pueblos réprobos que van por el mundo expiándolas con su propia sangre y con su propio dolor...

A esa hora, verdaderamente melancólica, de mis tardes cuando me agarro a una tabla de una terraza para hartarme del placer del pobre, del placer de ver de lejos lo que nunca tendré de cerca, la silueta de Tarrida ensombreció mi espíritu y nubló mis ojos. En mi retina iban desfilando dedos hinchados, uñas arrancadas, bocas desgarradas, cogotes replegados, carnes sangrando, piltrafas florecidas en los muros de antro misterioso; Gana, con los testículos retorcidos con cuerdas de guitarra; Callís, con el bello rostro desfigurado, porque

negóse a cometer el pecado de sodomía con que le brindaba diariamente uno de sus sicarios; Ascheris, encerdándose, para evitar torturas inquisitoriales que ya no podía tolerar, en el sucio cuerpo de aquel sayón hermafrodita; Sebastián Suñé, recluido en un rincón de África, porque el gobierno español no quiere que vaya por el mundo enseñando los horrores de su lacerado cuerpo; y el pelotón de anarquistas, náufragos salvados del abismo de Montjuich, que van por Londres pidiendo trabajo y pan, ¡piedad! ¡misericordia! y los anarquistas que, como Gana, van muriendo, roídos por el microbio de la tuberculosis los pulmones que estuvieron en el cero; y Dato, el malvado Dato, Dato el imbécil, que calumnia a Inglaterra ganoso de que se les cierren todas la puertas del mundo a los pobres mártires que van pidiendo trabajo, pan, ¡piedad! ¡misericordia!... ¡Qué desfile, qué horrible desfile, qué espantoso despertar en esa hora del crepúsculo, cuando la alegría cosmopolita recorre los grandes bulevares con la orquesta de los billetes de Banco, y cuando Tarrida, olvidado de sus propios pesares y zozobras, fue con el maletín de viaje en las manos, a decirme: -¡Que escriba usted, que escriba usted algo por esas pobres gentes!...

Como zebras

En Espagne on a remarqué, á une «garden-party» offerte para la régente les attentions dont étaient l'objet les chefs libéraux. On conclut que le parti libéral serait sur le point de revenir au pouvoir.

(Los periódicos.)

La prensa parisiense de la mañana -21 de junio- en que escribo estas líneas, nos da otra noticia: habiéndose dignado la Reina Regente recibir a los representantes del comercio y la industria madrileños, estos señores, en vez de prorrumpir en ayes de dolor y en jeremiadas de limosnero, defendieron virilmente el derecho que creen tener contra los nuevos impuestos del gobierno. El señor Maturana -¡oh escándalo!- « afirmó que la Reina Regente podía apaciguar el conflicto en cuarenta y ocho horas, y que de no hacerlo así acabaría mal el asunto.»

«Ningún monarca español, después de Carlos III ha oído un lenguaje menos respetuoso y más altivo», advierte El Imparcial.

Perdóneme la omnisciencia del joven ministro Rafaelito Gasset: el lenguaje del señor Maturana y de los demás representantes del comercio y la industria madrileños, es el que

usaban para hablar a sus reyes los delegados del pueblo español, cuando no habían perdido la vergüenza y los perendengues, porque cada uno de los delegados se consideraba tanto como el rey y todos juntos valían mucho más que su real majestad. El lenguaje del señor Maturana es el mismo que la colonia española de París, congregada en el Athenée, aplaudió anoche a los corregidores de Sevilla cuando recordaron los respetos de la ley al monarca Sancho el Bravo...

Pero los tiempos son otros: y nuestro carácter nacional se ha agallinado tanto, que los representantes del pueblo vienen ejerciendo de galgos amaestrados a quienes se obliga a bailar con la punta de una fusta, y nuestros gobiernos de ratas, no sólo por lo que roban, sino también por los cobardes que son, se consideran «abocados a empuñar las riendas» de la jauría cuando la Reina Regente se digna mirarles en un garden-party.

Gastón Leroux refirió, hace poco, que al shah de Persia le entienden por gestos. «Un gesto del shah vale más que muchos discursos largos. Su comitiva le comprende por el guiño de los ojos. Se obedece a la orden de su mirada. Emitir una opinión contraria a la suya es lavarse las manos en su propia sangre. Los más altos dignatarios de Persia se inclinan ante él, con la cabeza adelante, como ofreciéndosela, por si tiene el capricho de cortarla.»

Así la comitiva española. Venales y tiránicos los gobiernos de prostitutas con la cartilla de Ribot en los faldones del uniforme; capado el pueblo con el sable del militarismo que, exceptuando a los Vara del Rey, cacareó al igual de una gallina en Cavite y Santiago, y puesta a remojo la cuchipanda nacional en la pila del agua bendita por un clero sarnoso de espíritu y de cuerpo, los delegados y representantes del derecho popular vienen obligados a hacer lo que hacen los súbditos del shah de Persia: «comer a prisa los restos de la mesa del soberano, para estar cuanto antes a sus órdenes.»

«Ayer tarde, dice Gastón Leroux, el shah les llamó palmeando, lo que en él es signo de una cólera violenta y los vasallos dejaron la ternera para correr hacia el shah. Como zebras.»

O como nosotros...

El país pintado por sí mismo

Pido papel, pluma y tinta para hacer esta crónica en un bar, cuando observo que viene a mí, con los brazos abiertos, mi buen amigo don Rufino. Viene, encantado, de recorrer media España.

¡Qué gran país, don Luis, qué gran país!

¿Cuál?

España.

¡Hombre!

Sí, señor, España, el país más adelantado, el más anarquista

¡Don Rufino!

Como lo oye usted, don Luis. Aquí tendrán ustedes libros de Faure (no Félix, sino Sebastián) y de Grave, de Mirbeau, etc. Teoría, pura teoría. En España hace tiempo que practicamos la anarquía ¡y sin saberlo, amigo!

-¿Qué me cuenta usted, don Rufino? Usted está mal de la cabeza.

-No se lo cuento a usted, sino que se lo pruebo. Tome usted nota.

Gargajeó don Rufino y dijo:

-En España la propiedad es robo, en el sentido de que todos somos ladrones. Absolutamente resueltos a no vivir de trabajar, y necesitando vivir de algo, vivimos de timarnos los unos a los otros. El atraco está «en la conciencia de todo el mundo», y el que no puede vivir de valiente, vive de gorra. Se oculta la riqueza pública, se filtra todo, los más acaudalados propietarios se vuelven locos de contentos cuando pueden pasar de contrabando una caja de cigarros, y todo el mundo anda a caza de un primo. Hoy me toca a mí robar a usted, mañana le toca a usted robar a Fulánez, pasado mañana le toca a Fulánez robarme a mí; y, así sucesivamente, se explicará usted que habiendo unas pocas pesetas en el país, todo el mundo tiene dinero y en realidad no lo tiene nadie. Es un robo en rosca. La propiedad no existe.

-Pase por la propiedad; pero la religión, me permití observarle, la religión de nuestros mayores...

-La religión de nuestros mayores es otro infundio. Puede que nuestros mayores tuviesen religión; pero nosotros ni de vista la conocemos. En España, señor don Luis, nadie cree en nada. Oír misa, confesar y comulgar, rezar el rosario, hacer novenas, todo eso es pura costumbre, como el comer buñuelos el día de difuntos y mazapán por Nochebuena. Si los yanquis hubiesen entrado en España, a esta fecha rezaríamos a Lutero como rezamos a san Juan y san Pedro; porque lo mismo nos importa Lutero que san Juan, y san Juan que san Pedro.

-¿Y la familia? ¿Dónde me deja usted la familia don Rufino?

-¡No hay familia! El hogar allí dista mucho de ser lo que el hogar en Inglaterra, ¡de eso no se hable! sino lo que el hogar en Francia. En España todo el mundo vive en la calle; y el padre de familia, que es el primero en volver a casa, cuando vuelve, a las cuatro de la mañana, no se ocupa de si los suyos comieron; ni trabaja, cuando tiene trabajo, ni lo busca, cuando no lo tiene, para que coman. La familia, el hogar, se reduce a la procreación de la especie como la de los animales en los prados.

Volvió a gargarjear don Rufino, y como noté en él marcada tendencia a analizar de mala manera otros fundamentos de la sociedad, le interrumpí con esta salida:

-Y de la política ¿qué? ¿Cree usted en la subida de Sagasta?

-Ni en Sagasta ni en el mismísimo Rampolla creo. Allí no pasa nada. Aquello es una tumba.

-Y la... la... la... ¿qué tal?

-Todo lo que se sabe es que... no..., vamos, que no silvelea.

Vaya, me alegro.

¡Pues no se alegre usted, señor mío! Para mí ese es su principal defecto. Figúrese usted que hablando con un boulevardier, le dijera: ¿Ve usted esa mujer, todavía joven, no fea y distinguida? Pues no... vamos, que no silvelea. ¿Qué apuesta usted, mi señor don Luis, que el boulevardier exclamaría: ¡Valiente sucia!

Eso, siguió don Rufino, es absolutamente necesario, tan necesario a la princesa altiva como a la que pesca en el Manzanares, no sólo por razones de estética, sino también, entre otras, por exigencias del espíritu. Si la defecación es indispensable, según Voltaire, a la alegría del humor, hay otras expansiones no menos necesarias a la clarividencia de los asuntos nacionales e internacionales. Una persona obligada a ser casta, no siendo virgen, carece de la necesaria ponderación de las fuerzas físicas y anímicas. El amor es, puesta al revés, una lavativa que suaviza las durezas del espíritu. Pero en nuestra tradicional e indecente hipocresía castramos nuestras instituciones, o preferimos que nos echen a nosotros la lavativa, a que se las echen ellas a sí mismas, con arreglo a la higiene. ¡y así han puesto al pobre pueblo!

-¡Por Dios, don Rufino, qué palabrotas y qué cosas ha traído usted de España!

-Las que gasta allí todo el mundo; pero eso sí, en voz baja. ¡Porque tenemos más miedo que vergüenza!

Y después de gargarjear otra vez, don Rufino tomó, de gorra, el segundo café con gotas.

¡Tapa!... ¡Tapa!...

El tan traidor como desvergonzado mercachifle y putrefacto saltimbanquis político don Francisco Romero y otras yerbas, que como orador es un sacamuelas de aldea, ha dicho al Heraldo de Madrid que mi información sobre su charlatanismo en París «no tiene el carácter de noticia, sino el de investigación policiaca.»

En efecto: cuando el exsátrapa de las colonias sale de España, la policía extranjera le sigue los pasos...

El señor Romero niega que derramó una lágrima recordando la muerte de Rizal, vilmente asesinado por su compinche Cánovas.

Yo vi que el señor Romero después de ahuecar la voz por querer expresar una emoción que no sentía, derramó algo en el mantel.

¿No fue una lágrima? Pues entonces fue una gota de las catorce mil que el señor Romero lloriquea a diario por la nariz que le pusieron en Berlín recortándola del trasero de un hulano.

Por lo cual el señor Romero debiera abstenerse de exhibirse en público para moquear tantas vulgaridades y necedades. Porque política y físicamente da ganas de vomitar; y después de oírle, las gentes salen exclamando:

Tapa!... ¡Tapa!...

Plumita querida...

Ni el señor marqués de Cayo del Rey cuando salió de la Bolsa de París, ni el señor Montero Ríos cuando salió del Cabaret du Ciel, ni la señora Guerrero cuando salió de su apoteosis del Athenée, ni los señores carlistas saliendo de estampía, como oportunamente anuncié, ni tantos otros señores... ni tantos otros asuntos, como los relativos a Cuba y Estados- Unidos, como el aviso de que los comisionados yanquis iban a reclamar la anexión de Filipinas (trabajos todos que me han granjeado tantas persecuciones y dificultades, en vez de darme la respetabilidad y el bienestar que habríanme proporcionado en un país civilizado y en una prensa culta); ni siquiera, en fin, la Audiencia de Puerto-Rico que dejó cesante Núñez de Arce en virtud de un artículo mío que fue reproducido por toda la prensa de Madrid, nada, nada me ha hecho reír tanto como ese pobre Romero Robledo, tan vanidoso y omnipotente, que de un plumazo mío fue tambaleándose a echar los bofes en la espuerta de los corresponsales denostiarras.

¡Lo que me he reído, a solas conmigo!... ¡Lo que he gozado en mi soberbia de obrero solitario, que desde humilde rincón, y teniendo por toda arma una pluma, va devolviendo a la frontera personajes gordos, muy gordos, temidos, muy temidos, poderosos, muy poderosos!... Y mientras buenos compañeros me advierten caritativamente que me he echado un mal enemigo en don Fulánez, yo, en mi rinconcito, me río viendo a don Fulánez tambalearse en la frontera, echando por la boca el cuajarón de inmundicias que le arrancó el metisaca de mi pluma... ¡Ah, plumita querida!... A ti debo los mejores placeres de mi vida...

A ti debo también esta victoria singular ¡Todo un Romero! ¡todo un Romero! es decir, uno de los personajes políticos que más vanidad tienen, porque es uno de los que más acostumbrados están a que los periodistas, cuya mayoría se compone de lacayos, le huelan la nariz, que es como si le oliesen el... hulano a Silvela, todo un Romero rectificándome de prisa -al regresar a España descompuesto, furibundo, vomitando venablos, coceando!... Ja, ja... ¡Qué dicha!... ¡Qué delicia!... ¡Y qué documento para quien quiera estudiar la

psicología del personaje político en sus relaciones con la prensa de España! «Invitado al café de una comida particular por el dueño de la casa en que me hospedaba, ha dicho lo que no ha visto ni oído», dijo de mí el señor Romero Robledo. ¡Invitado al café! Es decir, puesto que le dimos un café al corresponsal del Heraldo de Madrid, ¡el corresponsal tenía el deber de mimarme, de adularme, de mentir o de callar en provecho mío! Para los Romero el periodista es un botarate, subvencionado con achicoria para bombear a saltimbanquis.

¡Váyase usted a la... nariz de usted, señor Romero Robledo! Por nacimiento, por educación, por cultura, por inteligencia, por honradez en la vida pública y privada, por todo, en fin, yo soy y valgo inmensamente más que usted, señor Romero Robledo! y déle usted gracias a su Dios de que yo no soy policía, porque si lo fuera, hace mucho tiempo que estaría usted en la cárcel...

A un tal Vizconde

En el extracto de una sesión del Congreso de histriones lúgubres y mujerzuelas de caño sucio, encuentro una noticia tan amena como sorprendente.

El señor Vizconde de Irueste, no satisfecho con dispensar al Heraldo de París el honor de leerlo, le ha dispensado el honor de vocearle en una sesión de dicho Congreso, llamando la atención de los señores diputados -la mayor parte de los cuales merece estar en presidio- sobre uno de los Pêle-Mêle en que, como ha dicho Castrovido «Bonafoux arregla con gracia y mala intención viejos refranes». Acto seguido el mismo señor Vizconde preguntó al Gobierno si el director de este periódico recibe subsidios de la embajada española de París.

Puesto que el Pêle-Mêle en cuestión pareció tan terrible y antimonárquico al señor Vizconde, mal puede el Heraldo de París recibir, por publicar esos Pêle-Mêle, subsidios de quien tiene gran interés en que no se publiquen; y como esto, por lógico, se le ocurre a cualquiera, por topo que sea, hay que suponer que el señor Vizconde tuvo la intención de indicarle hábilmente al embajador -quien tiene menos sueldo que el ministro de la última republiquilla suramericana- que debe hacer algo por un periódico cuya colaboración honra tanto a España en el extranjero.

Mucho me temo que el noble esfuerzo del noble Vizconde se pierda en el vacío y que le pase al Heraldo de París lo mismo que a su predecesor La Campaña. Mientras duró este periódico, cuyos gastos fueron costeados por don Pedro J. del Rincón y don J. B. Ventura, amigos míos, que quisieron sacar dicho periódico, porque saben de lo mucho que me gusta el sport de reírme de los tontos y de apalea a los borricos, la hampa de esta colonia, algunos de cuyos miembros son capaces de asesinar por un panecillo, murmuró que el periódico aparecía porque estaba subvencionado, pues no habiendo sido usurero mi padre, ni dedicándome yo a martingalas en el Casino de Madrid, ¿cómo y con qué fundaba un periódico, aun siendo humildísimo? Mi buen amigo Alejandro Lerroux, me escribió que el chismecillo había llegado a Madrid; que en la capital de los ratas y tomadores de todas clases decíase que La Campaña era, o del doctor Betances, o del embajador de España; y entonces contesté en La Campaña del 19 de Enero de 1898, lo que sigue:

Refiriéndose a la impresión producida por La Campaña en Madrid, Alexandro Lerroux me ha escrito, entre otras cosas:

«Por aquí ha caído ya sobre usted el coro de las maldiciones: quién cree que La Campaña es periódico filibustero, quién afirma que es órgano de la embajada española y todos sacan a relucir las viejas calumnias».

No esperaba yo ni más ni menos. Basta leer los relatos que han hecho de Madrid los Dumas, Gautier, Lorrain, etc.; basta leer lo que dicen los mismos periódicos de Madrid, para tener por averiguado que esta heroica villa, con honrosas excepciones, como Pi y Margall, es un mal villorrio de politiquillos voceros y ladrones que, si fueran franceses, estarían pudriéndose en la prisión de Mazas; de literatuelos hueros e ignorantes, que tienen el descoco de graduarse de genios inconmensurables; de torerillos de invierno, que forman corros y coros de impúdicas nalguitas en los sitios más céntricos de la ciudad; de gentuza sin vergüenza y holgazana que arrastra mal olientes chanclas y vive de la limosna y de la estafa; y de encopetados aristócratas y caciques sin pizca de sentido moral, y tan cínicos, que todos hacen buena la historia del diputado que después de decir de un Fulano, en los pasillos del Congreso, que era un ladrón, un asesino y un violador de menores, dijo en la sesión, hablando del propio individuo:

«Mi digno compañero, el grandilocuente orador don Fulano...»

Tal es Madrid en conjunto: mentidero coronado, alcantarilla que envía sus suciedades a las provincias por el mismo Madrid esquilmas, pulpo de España, verdadera causa de los infortunios de la patria, porque de Madrid han salido todos los ladrones de Cuba y casi todos los frailes de Filipinas.

Por eso, al aparecer La Campaña en Madrid, a ninguno de esos piadosos murmuradores que se confiesan y comulgan diariamente y son capaces de robarse el copón y violar a su padre moribundo, a ninguno se le ocurrió recordar que, después de tantos años de trabajo, tengo en mi pueblo tanta popularidad como el escritor que más popularidad tenga en el suyo; y que, después de muchos años de luchar contra tantísimos canallas, puedo haber conseguido quien me haya ayudado a fundar este humilde semanario. ¡No! El periódico tiene que ser del embajador de España, quien puede disponer de una parte de la prensa francesa, o del doctor Betances, quien también puede disponer de una parte de la misma prensa. En fin, vaya por el embajador o vaya por Betances. Todo menos que se figure nadie que La Campaña es de alguno de esos saltimbanquis de Madrid. Porque eso me expondría a ir a presidio.

En cuanto a mí, personalmente, las calumnias viejas me importan tanto como las calumnias nuevas, y las calumnias nuevas, me importan tanto como el emperador del celeste imperio. Si la caquexia intelectual de esas gentes que se nutren de cocidos fríos, raspas de bacalao, judías revolucionarias y buñuelos de viento también, no les permite maldecirme o calumniarme a coro todo lo que desean, yo les facilitaré tres cuadernos, de más de cien páginas cada uno, en que con verdadero fervor tengo coleccionadas todas las injurias, maldiciones, calumnias y pasquines con que me han honrado en las varias

andanzas de mi vida. Y si quieren piedras, de las muchas que se han tirado contra mí, también puedo darles algunas para formar colección.

Los que me conocen, los probos ciudadanos que me dispensan el honor de estrechar mi mano y frecuentar mi trato, saben de cierto que no he venido al mundo a ser órgano de ningún personaje; que vivo pobre, solitario en el campo, aislado de la sociedad, porque la sociedad me apesta, Soy un obrero. Como obrero vivo. Soy un escritor independiente, porque me da la gana. Por serlo he podido defenderá los maltratados de Cuba, a los maltratados de Puerto-Rico, a los maltratados de Filipinas, a los maltratados de Montjuich, a los perseguidos como Sempau, a los Villuendas, a los Luna Novicio, a los Rizal, a los García Peláez, a todos los que sufren, a todos los que reclaman justicia, porque ese es el único consuelo de mi vida.»

Muerto Betances -dejando en su caja de dinero 3 francos y 75 céntimos, aunque cierta inmunda prensa le llamaba vendido al oro filibustero, bolsista especulador, etc...- no es posible decir que el Heraldo de París recibe subsidios del doctor Betances, no sólo porque no me dedico a levantar muertos en el Casino de Madrid, ni en ninguna otra parte, sino también porque aun tratándose de un periódico que, por ser mío, tiene que estar expuesto a toda clase de calumnias, no parece presumible que lo sostengan desde el cementerio. Pero como el embajador de España ni ha muerto ni tiene la menor gana de morir, es claro que el Heraldo de París tiene que ser órgano del embajador...

Desgraciadamente, no hay subsidios de su Excelencia. Pero sépase que el Heraldo de París está absolutamente resuelto a aceptarlos del embajador, o del señor Vizconde, o de cualquiera que se preste a suministrarlos, como municiones, con una sola condición: que el protector no se ha de entrometer en nada que concierna al periódico; que el Heraldo de París mantendrá todas sus ideas: que seguirá atacando todo lo existente, defendiendo todas las injusticias. Así las cosas ¡vengan subsidios!

Cuando todos los escritores y periodistas franceses, en el paroxismo del asunto Dreyfus, se llamaban vendidos a sindicatos, y el Petit Caporal y el Petit Journal osaron rasgarla majestad de un Zola, acusándole calumniosamente de recibir dinero por defender a Dreyfus, parecióme mal que el gran ciudadano francés se sintiese mortificado; bien que, siendo él rico por sus obras, cree, sin duda, que debe hacer desinteresadamente todo lo que hace. El Heraldo de París no está en ese caso. El Heraldo de París es muy pobre, no cobra mucho ni poco por defender la buena causa, pero necesita papel, imprenta, sellos de correos, etc.; en una palabra: municiones. Si se las diera el enemigo, tanto mejor. Desgraciadamente, el enemigo procurará quitarle las que consiga luchando...

Esta seguridad no impide que se agradezca al noble Vizconde su generosa intención. Acaso recordó él, cuando pasó por París y me fue presentado por el señor conde de las Almenas, en el patio del Grand Hotel, que la Patria ¡ay! es presa de ladrones políticos, de prostituídos aristócratas que derrochan en juergas fortunas mal adquiridas por sus antepasados, de burgueses sinvergüenzas; y el señor Vizconde, respondiendo a su honradez personal, desea que viva el periódico fustigador de tantos canallas y ladrones del pobre pueblo español.

Gracias, señor Vizconde, en nombre del Heraldo de París, quien aprovecha esta oportunidad para felicitarle cordialmente por haberse salvado del descarrilamiento del sudexpreso, que tan conocido le hizo en París, y que le permitió en Madrid, y en La Époque, estrenarse como ameno al par que pintoresco cronista de catástrofes ferroviarias, cuando todo el mundo le creía un perfecto imbécil.

Cuestión personal

17, Avenue Bugeaud.

Sr. Director del Heraldo de París.

Recibo en este momento el número de su periódico publicado el sábado. Acuso a usted recibo de los insultos que me prodiga y al propio tiempo que le envío mis señas le advierto que donde le encuentre le cruzaré la cara. Como París es muy grande y que no dudo ha de buscarme para que esto sea cuanto antes tengo un verdadero gusto en participarle que de tres a cinco el miércoles próximo estaré en el Patio del Grand Hotel.

Es cuanto tiene que decirle,

El VIZCONDE DE IRUESTE.

París 1º Enero 1901.

París, 2, de Enero de 1901.

46, Avenue Pereire,

Asnières (Seine).

Sr. Vizconde de Irueste:

Acabo de recibir su imbécil carta con sobre al director del Heraldo de París y a la administración de este periódico; y aunque el Heraldo de París no tiene director, y que soy el redactor jefe del mismo, contesto asumiendo toda clase de responsabilidades en todos los terrenos.

Si usted vio insultos en el artículo que, contestando a una agresión de usted, le dediqué por boca del ordenanza de la redacción del Heraldo de París, tenía usted el deber de buscarme en el terreno de los caballeros.

Usted prefiere hacer competencia a los luchadores de Folies-Bergère y me escribe una carta propia de un aguador o de un mozo de cuerda.

También acepto ese terreno; y advierto a usted que al dirigirse usted a mí, aunque sea con un solo gesto descompuesto, le alojaré una bala en el sitio donde otros tienen los sesos.

Luis BONAFoux.

París 4, de Enero de 1901.

Sr D. Luis Bonafoux,

Muy querido amigo:

Comisionados por usted para representarle cerca de los señores don F. Echagüe, Comandante Agregado militar a la embajada española en París y M. Alfred Courmes, en la gestión encomendada a ellos por otra persona, entendemos, y así lo hemos manifestado verbalmente primero y en carta después a dichos señores, que no ha lugar a reclamación ninguna por parte de dicho señor.

Acompañamos copia de la carta que liemos dirigido al Sr. D. F. Echagüe, Comandante Agregado militar a la embajada española en París, y a M. Alfred Courmes, y repitiendo a usted las gracias por habernos honrado con su representación, somos de usted afectísimos amigos y S. S.

Q. B. S. M

Jaime Brossa.-F. Villanueva.

París 4, de Enero 1901.

Señores Don F. Echagüe, Comandante Agregado militar a la embajada española en París, y M. Courmes.

Muy señores nuestros.

Nos complacemos en consignar por escrito la respuesta única que podemos dar a la gestión encomendada a ustedes.

Enterados de los términos en que el representado por ustedes se dirigió con fecha lo de Enero de 1901 a nuestro representado señor Bonafoux en carta que dice textualmente:

17, Avenue Bugeaud.

Sr Director del Heraldo de París.

Recibo en este momento el número de su periódico publicado el sábado. Acuso a usted recibo de los insultos que me prodiga y al propio tiempo que le envío mis serias le advierto que donde lo encuentre le cruzaré la cara. Como París es muy grande y que no dudo ha de buscarme para que esto sea cuanto antes, tengo un verdadero gusto en participarla que de tres a cinco el miércoles próximo estaré en el Patio del Grand Hotel.

Es cuanto tiene que decirle.

El VIZCONDE DL IRUESTE.

Entendemos que habiéndose considerado «insultado con prodigalidad» el representado por ustedes, y no habiendo hecho oportunamente gestiones encaminadas a conseguir una reparación por las armas, sino que invitó al Sr Bonafoux a darse de golpes con él en el Patio del Grand Hotel, no ha lugar a iniciar ninguna gestión en el terreno del honor, para el cual se ha incapacitado el representado por ustedes invitando al señor Bonafoux para que acudiera a un terreno vedado para los caballeros.

Entendemos asimismo que el señor Bonafoux pudo excusar hasta el designarnos como representantes suyos y que nosotros mismos estaríamos dispensados de hacer las presentes manifestaciones, u otras cualesquiera, si no nos hubiese obligado a fijarnos en este asunto la consideración profunda que ustedes nos merecen.

Dando este asunto por terminado, quedan de ustedes:

Atentos seguros servidores.

Q. B. S. M.

Jaime Brossa. - F. Villanueva.

Punto final

Al Vizconde de Irueste no le contestaré directamente ni una sola palabra más aunque subraye cínicamente el vocablo caballero al referirse a mis padrinos.

Todo París sabía que la carta que el Vizconde de Irueste me dirigió invitándome, al parecer, a pelearse conmigo en el Grand-Hotel, a cuyo patio no fue, por cierto, el señor Vizconde, fue un acto encubridor de una cobardía.

Todo París sabía que al recibir la carta del tirito, el Vizconde, que no ignoraba que se había incapacitado para ir al terreno, hizo, nombrando padrinos, un acto encubridor de otra cobardía.

Todo París sabrá mañana que el Vizconde de Irueste ha rematado su serie de cobardías con permitirse el lujo de intentar insultar a mis representantes cuando hace medio mes que terminó el incidente, origen de la cuestión.

Puesto que el Vizconde de Irueste anda con el Código del honor debajo del brazo, como ciertas prostitutas con la palabra virtud en la boca, el señor Vizconde tenía que saber que inmediatamente después de haberle descalificado no podía eximirse de apelar a un tribunal de honor que entendiéndose en su descalificación; y que sintiéndose injuriado por mis padrinos según consigna a los quince días, tuvo el deber de retarles incontinenti. Nada de esto.

Después de pasar medio mes en silencio, cuando mi padrinos como obreros intelectuales que son, y a mucha honra, volvieron a la diaria labor; cuando el señor Brossa, que nunca ha sido secretario de la redacción de este periódico, del cual tampoco es redactor, se decidió, después de esperar cuarenta y ochos horas en París (pues no había de esperar toda la vida), a ir a Barcelona, como empleado que es de una casa bancaria: cuando París se ha cansado de reír del señor Vizconde; cuando en fin, han caducado todos los derechos que el señor Vizconde hubiera podido alegar que tenía a la apelación ante un tribunal de honor, y a retar a los padrinos que le descalificaron merecida y legalmente, he aquí que este moderno paladín de casa y boca, representante de la Reina Re-ente, según se jacta de serlo, se descuelga con media docena de insultos vulgares y ridículos.

El señor Vizconde, que vive de baratero en Madrid, comprendió al fin que tenía que hacer algún pinito, tratando de impedir que al volver allá le echen al corral. Mas todo Madrid sabe ya a qué atenerse sobre este aristócrata chalupón, que en vez de haber ido a pelear a Santiago de Cuba, como fueron los aristócratas americanos, y como los aristócratas ingleses fueron a Mafeking y Ladismith, se dedica, según él mismo declara con hidalga fiereza, al oficio de perseguir periódicos, pidiendo a las Cortes que supriman las ideas y lo negro, que tanto estorba al señor Vizconde.

Cuando yo nombré padrinos en la cuestión Irueste, les dije: «Procedan ustedes con entera libertad. Lo único que les suplico es que si ha lugar a duelo, lo establezcan a pistola y a diez pasos, avanzando. No manejo armas. El duelo tiene, pues, que ser anormal».

Y cuando los padrinos volvieron a darme cuenta de que habían descalificado al Vizconde, les advertí: «Está muy razonada la sentencia de muerte. Y ahora caigo en que el Vizconde estaba incapacitado también para batirse conmigo por otra cosa: ¡por burro! Incapacitado, pues, moral y encefálicamente.

Puede el señor Vizconde seguir subrayando caballeros. Mientras no llame caballeros de industria a mis padrinos, mientras el mundo no diga que viven de matones, timando a jugadores y pelotaris y estafando al Café de Fornos; mientras no se indigne la gente porque asistan a las carreras de Lonchamp el mismo día en que entierren a sus señoras, es claro que, pese al gran Vizconde, tendrán la consideración de todos los hombres honrados

### La Colonia Española

Los días han sido turbios y tristes... heladas e inacabables las noches... Un adagio reza que en febrero busca la sombra el perro. La colonia ha buscado inútilmente el sol que no se ponía en los dominios de la Patria...

Como a falta de pan buenas son tortas, la famélica colonia de estetas, la cínica casa de lenocinio -como la ha llamado el Capitán Verdades -la hidalga hampa para quien París no tiene museos, ni bibliotecas, ni círculos instructivos, ha matado el tiempo hablando del Coco y del Periódico -¡Se va a acabar con el Coco! -¡Se va a acabar con el Periódico!... - ¡Qué gusto!

Y sin nada en la tripa, o con la tripa preludiando la Marcha de Cádiz, más conocida por el nombre de Marcha del Cocido, los buenos colonos iban de aquí para allá y de allá para acá, murmurando, chismorreando, calumniando...

Con la casposa cabeza bajo el seboso hongo; con el gabán raído y no pagado al sastre; al cuello el pañuelo encubridor de mugrienta camisa; con las empolvadas botas, denunciadoras de las plastas que le adornan los repasos de los calcetines; con los fundillos de los calzones menos salpicados de palominos que los repliegues del alma jesuítica y de cántaro que se le pasea por el cuerpo de calamar en su tinta; con el cerebro huero como calabacín y con el corazón repleto como letrina del Sena, el gandul colono, amarilleando falsas sonrisas que descubrían su dentadura cuajada de detritus de las últimas féculas que comiera a crédito, iba de casa en casa comiendo y bebiendo lo que buenamente caía a guisa de tradicional limosna.

Y así ha pasado más de un mes de turbios y tristonos -¡Se va a días de heladas e interminables noches. acabar con el Coco..., -¡Se va a acabar con el Periódico!...

¡Con el Coco, que ha servido a todo el que solicitó de él un favor!... ¡Con el Periódico, que no ha hecho más que defender el infortunio, las víctimas, los débiles, los vencidos, los humildes!...

-¡Se va a acabar con el Coco!... ¡Se va a acabar con el Periódico! -¡Qué gusto!

¡Pero el Coco sigue en pie!... ¡Pero el Periódico sigue en pie!... -Y habrá Periódico mientras el Coco quiera.

La astrosa colonia de miserables esclavos de frac y chaqueta, ha tenido que restituirse al pesebre habitual.

Grandes infanzones, tornan a sepultar el desdeñoso hocico entre los muslos de cualquiera cocotte, por cuyo desorejado sexo rodó la virilidad de todo un pueblo sifilítico, cuando no se colocan en sádicas cuclillas para que asalariados mozalvetes les dispensen el honor de convertirlos en Oscars Wildes sin genio; titulados periodistas, verdaderos cagatintas, periodistas-huelefaldones y chupacascarrias, imbéciles como sus pies, aunque gradúanse a sí mismos de hommes de lettres, publicistes Espagnols y genios, comentan sin criterio propio, siempre suscribiendo la opinión del último que llega, las cosas de España, y hambrientos, porque tienen poco sueldo, si lo tienen, adulan al poderoso en espera de una propineja que suele limitarse a una palmadita en el hombro, y aunque titúlense pour rire republicanos, entrarán en cuatro patas, lamiendo peldaños, a los palacios, y criados de suyo, ayudarán a escanciar el champagne, y a servir las pastas que no les cogieron en los bolsillos, y si hay manifestación saldrán a la cabeza de ella, a la vera de policías, entre los cuales debieran andar siempre por causas criminales; rentistas, vagan de café en café, bostezando el tedio de su estulticia, de su ignorancia y de su inutilidad en el mundo; y bolsistas, se ponen en fuga cada vez que un periódico anuncia que se ha cometido una estafa; empleados que no trabajan, pero vegetan de misteriosos expedientes, arrastran la pereza y las chanclas de bulevar en bulevar; y todos, en su mayoría, misérrimos, avaros y gorriones, pero con aire marcial, se agitan y bullen en la sentina de la maledicencia,

poniéndose de canallas con la mayor reserva, mancillándose las respectivas familias, despellejándose la reputación, envidiándose el cocido frío, escribiéndose clásicas epístolas en nombre de una dignidad que ni por asomo conocen, separándose enojados hoy para volver a reunirse mañana en manada que se inficiona la sarna, se casca las liendres y se huele los regüeldos, amén de otras flatulencias menos visibles, y maldiciendo groseramente a España y groseramente abominando de España en el café, para luego protestar indignados, pero en secreto, contra quien pone públicamente al desnudo, con buen fin, la llaga nacional.

Y así vive en París, y así va por el mundo, la muy digna representación de Cavite, de Santiago y de Montjuich...

A Manuel Paso, en el Cementerio

Heraldo de París llevó tus Nieblas, tus hermosas nieblas granadinas, cuajadas de lágrimas, al escaparate de un librero del bulevar, y luego empezó a publicarlas en sus columnas. Una ola de fango, venida del arroyo, quiso manchar el periódico, y tuvimos que dejar de recoger las violetas de tu jardín para empuñar los escobones y barrer la inmundicia arrojada de la calle; y allí donde había corolas de la Alhambra, y áureas arenas del Genil, allí se formó un viscoso bache de lodo, escupitajos y sangre...; y de allí de donde se esparcía el suave olor de tus versos deleitosos, de allí surgió una bocanada malsana de mis diatribas justicieras. Horas antes de tu muerte, que es tu vida... pedí tus Nieblas en la imprenta; y una cajista parisiense sacó tu poesía de bajo de una mesa, como petrificada en un pedazo de mohoso hierro, semejante a una muerta arrinconada y roída por el abandono del ser amado. ¡Perdón, querido amigo, compañero entrañable, perdón!

Tú que me trataste a ratos con intimidad fraternal, sabes que nunca pude adquirir la hermosa bondad de perdonar las injurias. ¿Y qué alcanzaste tú con ser tan bueno, ¡tan inofensivo, tan timorato, tan superior por las ternuras del corazón a cuantos, como Dicenta, te acompañamos, queriéndote y admirándote? También a ti atropellaron mil veces, y siempre impunemente, los poderosos, los fuertes y los malos; y has muerto sin el consuelo de que se te secara el índice de la diestra sobre la pluma de la sátira y la invectiva...

Ayer te enterraron; mañana quizá te llevarán siemprevivas; pero a poco andar, «de que pasaste por el mundo, ¿quién se acordará?...» Porque pasaste cantando, amando y perdonando; porque si bien el mundo te aprisionó y te arrancó los ojos para convertirte en foie gras y comerte a gusto, no logró el mundo infartarte el hígado, sino entristecerte el corazón; -y a mí me ha puesto el hígado tan grande... ¡que de puro grande ya no hay quien se atreva a comérselo!...

¡Duerme, duerme en paz, dulce poeta, entrañable amigo, leal compañero, simpático bohemio que pasabas el arroyo sin darte cuenta de que lo pasabas; que como pájaromosca ibas por el mundo libando flores -¡y eran las tuyas!... Duerme en paz, y recibe mis plácemes por haberte ido de este pudridero que llaman sociedad...

Mi lástima...

Cogiéndome de la mano izquierda, que es la del corazón, la princesa Ratazzi me habló de este modo gentil:

-Usted, joven... -porque usted es joven, relativamente a mí, añadió, suspirando, la princesa- se empeña en seguir un camino opuesto a sus verdaderos intereses. Usted no necesita polémicas, porque para usted es llegado el caso de vivir de la Fama. Usted tiene reconocidas muchas condiciones, que yo no necesito repetir; y guapo, además, porque usted es guapo, relativamente, señor Bonafoux, puede usted recabar lo que le venga en gana: honores, posición social, altos puestos, fortuna, y en vez de vivir a lo solitario, vivirá usted, recibiendo homenajes, en un palacio. Los escritores, joven... -porque usted es joven, relativamente a mí, volvió a decir, suspirando, la señora princesa -se hacen respetar y temer para conseguir un fin. ¡Sea usted práctico, siquiera una vez en su vida! ¡Por Dios, haga usted un periódico que pueda entrar en los salones!

Y apareció el Heraldo de París.

Sinceramente hablando, sin adularlo poco ni mucho, no creo que este periódico, casi siempre en mangas de camisa, haya «llenado el vacío» de entrar en los salones, y mucho me temo que no tenga encantada a la princesa Rattazzi, ni a ninguna otra princesa.

Pero ¿de quién es la culpa? Si bien se mira, desde que se inventó la imprenta no ha visto la luz pública ningún periódico tan correcto ni tan morigerado como el Heraldo de París. Mas de rigor es que si le disparan con mausser, conteste con dinamita, como contestó a don Francisco Romero Robledo.

¡Ese don Francisco! ¡He ahí el verdadero causante de que el Heraldo de París no haya podido entrar en los salones, a echar siestas en las perfumadas faldas de las princesas! ¡Ese don Francisco, tan furibundo contra mí, porque yo le dije oportunamente lo que luego le han dicho periódicos republicanos, como El Pueblo, de Valencia, y periódicos monárquicos, como el Heraldo de Madrid!...

¡Y don Francisco tan creído de que queríamos atajarle en su carrera a La Coruña, de que éramos jurados enemigos de él, de que le odiábamos cordialmente!

No, don Francisco; yo no odio a usted; yo admiro a usted... con admiración compasiva.

En la retina de mi imaginación no se ha borrado, ni se borrará nunca, la perspectiva de su fisonomía en el Hotel de l'Athénée, cuando iba usted, moribundo, camino de Berlín y me habló de política más de media hora... En la retina de mi imaginación no se ha borrado, ni se borrará nunca, la perspectiva de la fisonomía de usted en el mismo Hotel de l'Athénée, cuando, exsudando por la mal cicatrizada y espantosa herida, salió, con el señor León y Castillo, a oír políticas en la Cámara de los diputados.

Desde entonces he visto a usted muchas veces, señor Romero Robledo. Con los ojos del pensamiento he visto a usted a la hora de buscar el descanso, después de ruda jornada, no

diré parlamentaria, porque usted rumia oratoria en todas partes, siendo el hablar tan necesario para usted como el vómito al gato.

He visto que uno a uno van quitando a usted, para que pueda dormir a gusto, los varias andamiajes que sostienen su rostro humano y la campanilla de su voz; y sobre la blancura de la almohada he visto, en vez de cara, un surco negro... Ese es el más terrible momento del día de usted, aquel en que no le sería posible, aunque quisiera, echarle un discurso a un cínife subversivo que tuviera el valor de posarse en su rostro.

Y en ese momento atroz, cuando usted, como hombre, y como político, debiera hacer examen de conciencia, yo he visto revolotear por el surco negro miles de airadas sombras de soldaditos que fueron a morir en Cuba por sostener los monopolios de la política de usted; y una sombra muy resignada, la de la señora, vestida de negras tocas, que le acompañó de día y de noche, en París y en Berlín, mientras duró la horrenda poda que le hizo el bisturí, y a la que premió Dios, siempre misericordioso, haciéndola morir de la enfermedad de que no ha muerto usted y que usted le transmitió.

Y cuando al día siguiente leo que echó usted otro discurso grandilocuente y «festivo», y vuelven a aparecérseme y a desaparecer en el surco de usted la sombra de tantos miles de soldaditos, cuyas madres les lloran todavía, y la sombra de la señora que le dio a usted con la fortuna el mejor escabel para trepar a la cumbre de la ambición, y con el sacrificio matrimonial el más alto ejemplo de resignación y bondad, yo le tengo a usted mucha lástima, señor Romero Robledo...

Personajes en Puerta

Nuestro distinguido amigo el ilustre hombre público don... pasará una temporada en País,

(Los periódicos.)

La llegada del buen tiempo trae consigo, entre otras calamidades para España, la llegada a París de alguno de nuestros grandes hombres políticos. Allí no puede nadie formar idea de la horrible impresión que producen tales personajes en París.

Toda la colonia recuerda que en una comida que le dieron en París, el general Martínez Campos, que se había sentado a la vera de monsieur Hanotaux, sacóse a los postres la caja

de dientes postizos que gastaba, la lavó en una copa y la secó con la servilleta de monsieur Hanotaux. Todo el mundo recuerda haber visto en el Bois al señor Sagasta paseando en un landau de alquiler, ocupado por ocho amigos de don Práxedes, entre risas de cocottes, quienes les tomaron por anunciantes de la Armée de Salut. A Castelar -que comía con los dedos y se espachurraba garbanzos en la calva- el público de la Sorbonne le gritó, mientras echaba en francés un discurso:

-¡Habla español!... ¡Habla español!...

Don Alejandro Pidal llamó la atención por sus eructos en el hotel donde se alojó; el señor Romero Robledo por comer como una foca; y Polavieja -o Pollavieja pour les dames- por hacer buches a los postres. Y casi todos nuestros conspicuos la llaman por escarbarse los dientes en la mesa y colocar simétricamente sobre el mantel detritus de la comida, lo cual viene a ser una evacuación al revés. Y París juzga que si nuestros grandes son así, los pequeños somos caníbales. En Madrid resulta chistosa la anécdota que atribuyó a un ministro la costumbre de tirar los calcetines al techo, de donde quedaban colgando como chorizos. En París no hacen gracia los más de nuestros grandes políticos, cuya mayoría es tan marrana por fuera como por dentro.

Pero hay algo peor que las flatulencias del cuerpo ineducado: las flatulencias del espíritu ahíto.

Convencidos esos señores de que son profetas en su tierra, se figuran que no hay Pirineos, y que, pasada la frontera, pueden seguir ejerciendo de grandes hombres.

Lo primero que hizo Moret la última vez que estuvo en París fue recorrer las redacciones en busca de reclamos, porque estos señores que regatean una tagarnina al periodista español, dan billetes de mil pesetas al periodista francés para que les publique interviews «que hagan atmósfera en Madrid.»

Don Francisco Silvela no sólo es cortés, sino que tiene un gracieux accueil, según dijo el Fígaro la última vez que vino el difunto don Francisco a contarle que también él «había sido varias veces ministro», y era «hermano de don Manuel Silvela», cosa que no habíamos dudado, y que venía con un but secret, que era hacer el bú.

Bien dijo el que dijo que el sol es el engendrador de todas las putrefacciones, porque sin la llegada del buen tiempo no tendríamos que registrar la llegada de los congrios putrefactos de nuestra política.

Ni los eructos que naturalmente despiden por la boca, ora en forma de gases, ora en forma de interviews.

Nuestra Gloriosa Marina  
O MEA, GUARRO, Y COMPAÑÍA

A bordo....

«Plataforma de popa del Pelayo.

Barcelona, 13 Mayo 1901.

Amigo Bonafoux:

Te supongo enterado de las bajezas y atropellos cometidos por el funesto Larroca.

Seis días hace que a las dos y media de la madrugada vino a sorprendernos la policía, mientras estábamos tranquilos en la cama.

Los detenidos estamos divididos en dos secciones: unos a la plataforma de proa y otros a la plataforma de popa, unos y otros en el fondo de la cala.

El lugar oscuro que ocupamos acabará por producir enfermedades de los ojos. No tenemos aire que respirar y la humedad nos cala los huesos. Hemos reclamado y no se nos atiende.

Hemos reclamado también se nos permita satisfacer con más frecuencia las necesidades corporales, pues hay días que pasarnos reteniendo los orines doce y trece horas a causa de tener que aguardar que vengan los guardias a acompañarnos al excusado. Tampoco se nos atiende.

El primer día de nuestra prisión, el oficial de guardia dijo con arrogante voz, señalándonos a los soldados:

-¿Llevan cargados los fusiles?

-No, contestó la guardia.

-¡Pues carguen ustedes inmediatamente!...

El domingo 12, no dispuestos a tolerar más los vejámenes que venimos sufriendo, pedimos a la guardia transmitiera al comandante nuestra súplica de que nos concediera audiencia. El guardia pasó el aviso a su jerárquico, el alférez Alfonso de Mea, quien estaba de juerga en un camarote con otros alféreces y varias señoritas y no quiso atendernos.

Si queremos escribir tenemos que hacerlo en presencia de los guardias y entregando las cartas abiertas. Te escribo burlando la vigilancia de los centinelas. Tú hilvanarás los conceptos.

El comandante 1.º todavía no le conocemos. El comandante 2.º se llama Guarro. El comandante 3.º Pedro Mercader.»

Contra los atropellos y vejámenes que sufren los obreros que no fueron fusilados en la revuelta de Barcelona, ya han hablado y dictaminado quienes tienen más autoridad que yo.

Por lo demás, obsérvese cuán simbólicos son los nombres de la oficialidad que jueguea con prostitutas en la única tabla de salvación que los yanquis dejaron a nuestra gloriosa marina, porque no se le puso a tiro en fuga naval.

¡Qué simbolismo tan elocuente!

¡Un comandante, Mercader!...,

¡Otro comandante, Guarro!

¡El alférez, Mea!...

¡Mee usted cuanto quiera, señor alférez; pero haga usted la caridad de dejar que meen los demás cuando están reventando de ganas!

¿O es que usted, tomando en serio su apellido, quiere ejercer el monopolio del ácido úrico y que nadie mee sino cuando usted tenga gana?

¿O es todo lo contrario, a, saber, que usted se venga, furioso porque se figura que cuando le llaman por su nombre le mandan imperativamente al urinario?

¿O Mea, complicado con Guarro y Mercader, quiere que los presos se meen y se... guarreen en los calzoncillos para que prospere el mercader en paños menores?

En Montjuich, retorceduras de testículos con cuerdas de guitarra. En el Pelele, o Pelayo por hipérbole, atentados contra las vías urinarias. ¡A qué sitios se ha ido a refugiar nuestro inmenso poderío!...

Diríase que se quiere una capilla Sixtina en cada barco...

¡3 Pesetas!...

Con la noticia de que algunos de mis enemigos reventaban a pares, y de que otros pataleaban de rabia, el verano se me presentó muy bien.

Resolví celebrarlo en Dieppe, arrullado por brisas marinas, y regustado con el recuerdo de los enemigos difuntos y de los enemigos patidifusos. La idea de que unos dormían el sueño eterno, y de que otros, achicharrados por la canícula, chorreaban mugre en París, me iba poniendo gordo por minutos.

Tan abstraído estaba, que no me enteré de que Rubén Darío -cuya musa estimo de veras- también estaba en Dieppe.

«Rubén, que está en Dieppe, me encarga que le salude. ¿No lo ha visto usted ahí? ¿Cómo es eso?»

Yo encargué al secretario de la Redacción del cual son las precedentes líneas, que, en mi nombre, devolviese afectuosamente el saludo a Rubén: y Rubén y yo, viviendo en la misma playa, acaso a la vera el uno del otro, nos saludábamos por París.

Tan cierto es el fondo de este diálogo, cogido al vuelo por un cronista en la playa St-Houlgate.

«-Tiens, vous êtes ici?

-Apparemment...

-Alors, ra va bien?

-Merci... et vous?

-Pas mal, merci.

-Quoi de nouveau?

-Je ne sais rien... et vous?

-Moi non plus...

-Voilà...

-Au revoir, mon cher.

-Au revoir, enchanté d'avoir pu passer un moment avec vous...

-C'est moi qui suis charmé...»

Rubén y yo hubiéramos estado encantados de vernos. Pero más aún lo estábamos... de estar solos...

Algo faltaba a mi dicha veraniega. Ese algo era la noticia, inserta en el Journal, entre otros periódicos, de que una partida de bandoleros españoles, presidida por un exdiputado a Cortes que se titulan cambrioleurs smart, se colaron en las oficinas del Heraldo de París, llevándose 3,000 francos en objetos y 500 en dinero.

¡Yo, robado! He ahí una aventura con la que no contaba. De que la inmensa mayoría de nuestros compatriotas que brujulean en París son timadores, más o menos vergonzantes, tengo yo pruebas fehacientes; pero nunca sospeché que cogerían de víctima un periódico pobre de dinero, aunque rico en obras puesto que procura desasnar, civilizar y dignificar a los putrefactos de la colonia. Parecía natural que hubiesen hecho presa en los españoles adinerados... porque en la mayoría de los casos tendrían cien años de perdón...

Mi gozo, como robado, no ha sido completo, porque si los 500 francos eran del periódico, y se destinaban a la imprenta, los 3,000 francos de objetos eran de la pertenencia del administrador.

Él se tiene la culpa, por supuesto. Porque ya le decía yo:

«Cuando pregunte por usted un compatriota, recíbalo en el portal; y, a ser posible, tenga usted detrás de la puerta una pareja de gendarmes.»

Lo más triste del caso para él es que no acierta con quién pueda ser el autor del robo. ¡Casi todos sus visitantes le parecen ahora sospechosos!...

Yo ya le he dicho que si quiere averiguarlo, ofrezca 3 pesetas al que lo denuncie.

Y lo averiguará. Porque ante la perspectivas de 3 pesetas no hay Santiago de Cuba que no se rinda...

Demás de esto, como quiera que ciertas personas patibularias siguen rondando las oficinas de este periódico, y preguntando a la portera si ha salido el administrador, advierto que yo he entrado en dichas oficinas y que allí estoy, resuelto a dispararle un tiro a cualquiera que asome el hocico para preguntar, aunque sea por el Papa; a cuyo efecto he dado el correspondiente aviso a la policía, ya que ésta no ha podido aprehender a los hidalgos Cambrioleurs, acaso temiendo que no cojan en la cárcel...

#### Antropófagos y Jueces

Pues, señor, estamos bien. Por telegramas llegados al Ferrol -cuyas mujeres, dicho sea entre paréntesis, son las más guapas de España- se ha sabido que los indígenas del Río Muni, de quienes se ignoraba que fuesen antropófagos, capturaron y se comieron un cabo y diez soldados de infantería de marina, que habían ido allá a civilizarles... no sé cómo...

Sin duda por eso dijo el País, dando cuenta de la expedición, que:

«Se advertía entre los indígenas de aquellas regiones cierto movimiento de aproximación a la soberanía española.»

Como se ve, ese movimiento de aproximación era, en realidad, a la parrilla, en donde el cabo y los diez soldados fueron tostados por los indígenas, quienes, con resignación digna de todo encomio, prefirieron exponerse a morir de cólico, a tolerar que aquellas regiones se conviertan en otras Cuba, Filipinas y Puerto Rico.

Algunos periódicos lamentan el hecho. Pero los indígenas pueden contestarles:

«¿No dicen ustedes diariamente que la marina es inútil? Pues les hemos hecho el favor de quitarles once estorbos de encima. Dénnos ustedes las gracias y sigan aproximándonos marinitos.»

Yo, que con frecuencia me siento antropófago, comprendo perfectamente que los del Río Muni no quieran que les echen allí semilla de contrabandistas como José Blanco y Antonio Brañas, quienes el mes pasado llegaron de Madrid a la Habana con un contrabando de cuatrocientos billetes de la lotería; ni semilla de guardias civiles como el Curro, que cuando salió la benemérita, o cuando la salieron de la isla de Cuba, quedó él de bandolereo honorario, y el mes pasado destrozó a machetazos, en Remedios, al colono Antonio Bergolla, a cuya señora exigió el exguardia civil diez mil pesos oro por la vida de su marido.

No, no es tentadora la aproximación a semejante soberanía, ni tampoco a la del juez de instrucción del distrito de Buenavista de Madrid, señor don Manuel del Valle y Llano.

Sabido es que el doctor Betances diagnosticó de silvelitis de garabático, la enfermedad que padecía el señor Ruiz Zorrilla. El señor Valle y Llano, que, en materia de silvelitis, diz que tiene toda la lira

por arriba

por abajo,

por delante

y

por detrás

denunció al periódico Vida Nueva -que tuvo la osadía, de publicar mi artículo en el diagnóstico de Betances, -«por ataques a la moral» de la villa y corte donde casi todo el mundo está abonado a silvelitis, ora agudas, ora crónicas, silvelitis que, por lo demás, circulan en la cuarta plana de todos los periódicos de Madrid.

De lo demás que ha ocurrido posteriormente da idea este telegrama que publica el Heraldo de Madrid:

«París 17 (8,25 m.).

El prefecto de Policía acaba de hacerme comparecer ante su presencia, por virtud de un exhorto recibido del juez de Buenavista de Madrid.

-¿Para qué me querrá el juez de Buenavista? -me pregunté, y aquí de mi sorpresa: para que prestase declaración en una causa que, por lo visto, todavía se instruye en Madrid con motivo de un artículo que publiqué en el periódico Vida Nueva, titulado Ruiz Zorrilla en París.

Pues señor... Ruiz Zorrilla ha muerto. Vida Nueva es cadáver hace mucho tiempo y mi artículo ha debido recibir también la muerte judicial del sobreseimiento.

¿En qué quedamos? ¿No se han concedido desde que ese artículo fue publicado, no uno, sino varios indultos para los periodistas?

Ruego al Licenciado Vidriera se entere y llame la atención de quien corresponda acerca de tan extraña persecución de mi persona a través de la frontera... ¡Evíteseme el horror de oler todavía desde aquí nuestro papel de oficio!- Bonafoux.

Amigo y maestro Bonafoux: Realmente, su persecución no puede ser más singular. Su causa de usted es la única a la que no le ha alcanzado el indulto de este año; pero no ha sido por obra del juez, sino de la Sección tercera de lo criminal de esta Audiencia; y lo notable del caso es que la Audiencia ha hecho esto a pesar de que el fiscal señor Bustamante dictaminó que debía comprenderle tal beneficio. ¿Qué explicación tiene el caso? Pues sencillamente un ritualismo: el de que la causa no se hallaba, según la Sala, en estado de que le fuera aplicado el indulto, porque usted no se había confesado aún autor del artículo, y eso que, con letras bien gordas, dice: «Ruiz Zorrilla en París, por Luíís Bonafoux.» ¡Con que si no lo llega a decir! Pero tranquilícese usted; nuestros Tribunales no pueden juzgar a nadie sin que el ministerio fiscal acuse, y el fiscal ya sabe usted lo que ha dicho.

LICENCIADO VIDRIERA.»

El Licenciado Vidriera, o, por otro nombre, Castillejo, amigo mío, sabe de Derecho mucho más que yo, pero yo sé de Torcido mucho más que él, y por ello conozco mejor a dicho del Valle y Llano.

Este juez, alma gemela de la de Marzo, de Montjuich, viene distinguiéndose por perseguir a los periodistas en general, a quienes trata como se ha tratado últimamente a los Iglesia y Gálvez, redactores del Pueblo, de Madrid, vilmente atados codo con codo y sepultados en calabozos llenos de asesinos y ladrones. Inquisidor por temperamento, y reaccionario de oficio, el señor del Valle quiso en tiempos procesarme por un artículo que publiqué en el Progreso, y, al efecto, después de preguntar por mis sellas particulares, echó la policía en mi busca y captura, y la policía sudó el quilo buscándome en Madrid, mientras yo bebía martini-cocktails en los bars de París.

Exhorto del señor del Valle al cónsul de España en París, que por entonces lo era Toda. Inteligente, ilustrado, y grata persona como particular, Toda no tiene suerte como funcionario. Primero sirvió para amenizar a sus superiores jerárquicos. Venía Toda de Madrid a París. El ministro telegrafiaba al embajador: - salió toda (risas); y el embajador contestaba al ministro: -entró toda (risas).

Hecho cónsul por uno de nuestros Calígulas gubernamentales, perdió Toda la chaveta, resultando, como autoridad, un majadero y un advenedizo. Sin embargo, debo declarar, en lo que a mí se refiere, que él estaba dispuesto a no hacer caso al señor del Valle y Llano, habiéndome dicho, al efecto «a eso, claro está, le daremos carpetazo.»

Pero descubrí lo de la conspiración carlista del año pasado, y telegrafíé el descubrimiento al Heraldo de Madrid; y como Toda no se había enterado de la conspiración, y como en su calidad de cónsul no podía tolerar que alguien hubiese sabido lo que él había ignorado completamente, se vengó con escribirme la siguiente epístola:

CONSULAT GÉNÉRAL  
13, rue Ballu.

D'ESPAGNE  
París, 13 octubre 1900.

Amigo Bonafoux:

Ruego a usted que si le es posible se pase por esta su casa el lunes próximo a la hora que le convenga.

Asunto: lo del juez de Madrid por las memorias de Betances.

Siempre suyo, afectísimo amigo,

TODA.

Mi contestación.

Amigo Toda:

Los carlistas, los romeristas, los Isidros, los indianos y los mil y un trabajos a que estoy sometido para ganar el pan de cada día, no me permitirán mañana, ni en toda la próxima semana, ni probablemente en toda la vida, el disgusto de ponerme a la disposición de ese juez, que va resultando un poco cargante. Pero en mi periódico diré de ese señor que en vez de perseguirme por los diálogos Betances-Ruiz Zorrilla, más le valdría a la Justicia que persiguiese a los compatriotas asesinos, ladrones, timadores, golfos, souteneurs. Y hasta violadores de sepulturas, que se pasean por París. Y asimismo le diré que hace mal en molestar a usted, que es hombre seriamente ocupado, queriendo convertirle en polizone honorario, a usted que me estima y quiere. ¿O se ha propuesto dicho juez tomarnos el pelo, persiguiendo delitos de imprenta a través del Pirineo? Pues entonces me propondrá acabar con él. Conque aconséjele por su bien que se tranquilice. O que temple sus ardores policiacos persiguiendo criminales en el Pabellón español de la Exposición...

Suyo,

BONAFoux.

Devuelto el exhorto por el señor de Toda al señor del Valle, con indicación de que a mí no me daba la gana de declarar, el señor del Valle mandó el exhorto, en apestoso papel de barba, al prefecto de Policía de París, sin duda para que la policía me tenga entre ceja y ceja.

Yo, a mi vez, doy traslado a dicha autoridad, de esta redondilla que hay en uno de los calabozos de la casa de Canónigos:

A don Manuel Valle y Llano,

juez de la más ruin calaña,

no hay habitante en España

que no le dé por el ano.

Y recomiendo al Gobierno que cuanto antes envíe al señor del Valle a Río Muni. Haciéndolo así conseguirá dos cosas: librar de ese juez a los periodistas, y... vengarse de los indígenas antropófagos.

Los cuales morirán de indigestión.

Segunda parte del Tratado de París

Como político, el señor Gamazo me era totalmente indiferente. A decir verdad, yo no le conocía. Sí, oí decir muchas veces que había un señor Gamazo que echaba discursos y entendía de agricultura. Pero jamás le seguí. Era un hombre importante en Valladolid.

Así, pues, yo ni le odiaba ni le quería. Su muerte me deja completamente tranquilo. Pero por el mismo señor Gamazo celebro que por fin pasara a mejor vida.

En efecto, el Matín publicó cinco veces, en cinco distintos números, esta noticia:

«On mande de Madrid que l'état de M. Gamazo est très grave. Le malade a reçu, hier, les derniers sacrements.»

Recibir cinco veces los últimos sacramentos, no sólo, era demasiado, sino que resultaba un descrédito para los mismos sacramentos, aunque de suyo bastante desacreditados.

Aquí tiene el Correo de París un verdadero gazapo, y sacramental por añadidura.

Un redactor de dicho periódico, queriendo cogerme uno, escribe:

«Un hombre de entendimiento tan claro como Bonafoux, ¿qué ha visto en el Palacio de Loredán, para que entrando en él con todos los resabios y las intransigencias del sectario, saliese modificando sus injustos prejuicios? Esto honra a Bonafoux, porque demuestra su sinceridad, y prueba que hay en él materia intelectual que obedece a la razón. -Pues ha visto en el Palacio de Loredán que se hallaba en presencia, no del monstruo fraguado por absurdas y estúpidas leyendas, sino de un príncipe ilustrado, al corriente del movimiento científico del mundo moderno, y que ese príncipe era, además, un hombre bien educado, tan bien educado, que sufría allí, en su casa, la visita del escritor que le ha maltratado más. Es verdad que en esto tenía don Carlos una gran superioridad, pues estaba seguro, completamente seguro de que cuando Bonafoux hablase con él, modificaría en el acto sus antiguas opiniones respecto del príncipe desconocido y del hombre tantas veces calumniado.

¿Qué diré del sentimiento íntimo de don Carlos acerca de las frases poco correctas que como escritor ha podido dedicarle Bonafoux? Que las perdonó como cristiano y que las olvidó como príncipe, y con esa alta cortesanía que le es propia, otorgó al que fue su huésped por breves momentos, la hidalga hospitalidad de los grandes señores de Castilla, que conquista los corazones hasta de sus adversarios e impone el respeto de todos.

«No ha sido ajena al logro de este resultado, la presencia de la señora duquesa de Madrid, que con sus ojos claros, azules, serenos, y su mirada angelical, cautiva y rinde a los que tienen la honra de llevará sus pies un respetuoso homenaje.

«No me ha sorprendido el efecto del viaje de Bonafoux a Venecia, siendo como son la característica de su intelecto el entusiasmo y la impresionabilidad; su sarcasmo y su burla se han modificado, y un soplo de poesía inspira los interesantes artículos que ha dedicado a don Carlos en el Heraldo de Madrid; un soplo poético tan intenso que le hace olvidar hasta la verdad histórica cuando dice: -«Me sentí tan estrambótico e impío «como debiera sentirse el yanqui que tiene la osadía «de habitar el palacio de Desdémona,» pues un hombre de tan profunda erudición literaria como Bonafoux, no ignora que Desdémona no ha existido jamás en el mundo de las realidades, y fue sólo admirable creación del portentoso ingenio de Shakespeare; más, las neblinas de las lagunas, las canciones de los gondoleros, los acres perfumes del Adriático y el encanto del Palacio de Loredán modificaban tanto la gelatina cerebral de Bonafoux, que daba formas reales a lo puramente suprasensible!...»

Cuanto a mi gazapo, que consistió, según el Correo de París, en decir que existe el palacio de Desdémona en Venecia, cuénteselo el aludido periodista al cicerone, que fue quien me lo contó, a ver si quiere devolverme el dinero. Poco perito en antigüedades, alquilo, en mis andanzas por el mundo, cicerones que me ilustran y que a lo mejor me cuentan bolas. El que me acompañó en mi primera visita a París me dijo, deteniéndose frente ¿la casa núm. 6 de la rue de la Barouillère:

-El Eliseo, palacio habitado por el presidente de la República.

¡Cuál no sería mi sorpresa días después al leer al final de una carta de mi amigo Ferrer, director del Correo: su casa, 6, rue de la Barouillère!...

Creo que el cicerone que tuve en Venecia no se refirió -dicho sea en honor de su ilustración histórica- a la Desdémona de Shakespeare, sino a la verdadera Desdémona que dio cuerpo a la obra del dramaturgo inglés; a una Desdémona, en fin, de las que «flirtean» en el ponte dei Sospiri.

Para mí, la pálida Desdémona y el negro Otelo existieron en los faits divers de aquel tiempo, y luego el poeta sublimó el suceso, que sería tan vulgar como todos los de la vida.

Por lo demás, puede que no existiera Desdémona. Ni Shakespeare... Y que así como Hipócrates era una suma de conocimientos médicos, a juicio de algunos críticos, Shakespeare fuese una suma de talentos dramáticos y Desdémona una suma de pencos venecianos.

La cosa no tiene importancia. No creo que el Correo de París vaya a enflacar por estas o parecidas disquisiciones. Pero, por si acaso, convengamos en que Desdémona no existió, aunque un yanqui paga 20 liras diarias por habitar su palacio.

En lo que no debo convenir con el periodista es en que las justicias que hice a don Carlos de Borbón pueden modificar mis ideas políticas. En el Palacio de Loredán que me felicitó por haber rendido culto a la verdad pura, «sin dejarme arrastrar por la pasión política», no se cree semejante cosa. Si el Correo, que detesta a los anarquistas, fuera a Londres a tener una entrevista con mi amigo Malatesta, y volviese de allí afirmando que Malatesta no es el de la leyenda, sino realmente un obrero inteligentísimo, ilustradísimo y excelente de corazón, ¿significaría que el Correo iba camino del anarquismo? No. Significaría tan sólo que el redactor del Correo era un escritor concienzudo y una persona decente. Arguyendo como ha argüido el Correo, ¿qué mucho que nadie se atreva a ser justo en España!...

Otro periodista, redactor de la Unión Mercantil, de Málaga, también me enmienda la plana porque dije que en la estación de Milán comí mortadella acompañada de media botella de vermut. Niega el señor periodista que en una estación italiana «sirvan medias botellas de ese aperitivo y que se sirva como vino de mesa». Pero si yo no lo tomé como aperitivo, ni como vino de mesa, sino como agua, ¿por qué no me habían de servir, pagándola, por supuesto, la consabida media botella?... En fin, si el señor periodista se empeña en que no, pues no habré tomado vermut ni mortadella.

Pero... se me ocurre una cosa: ¿no creen este señor y el del Correo que el tiempo mal gastado en hablar de mortadella, de Desdémona y de vermut pudo emplearse bien en comentar el fin que tuvo la Zarzuela española que vino al Nouveau Théâtre? Es imposible que los citados señores no leyesen el artículo en que el Journal refirió que los actores y las actrices de dicha Compañía transformaron el escenario del teatro en campamento donde hacían pipi y otras cosas más sólidas; que se nutrían de tronchos de berzas que sirvieron a la escena del mercado en Gigantes y Cabezudos; que se escondieron en las banquetas, y que de allí los sacó la policía, expulsándolos por higiene, y llevando mangueros y barrenderos a limpiar los detritus que dejaron...

¡Cosa horrible, mes frères!...

Consumados el desastre y la vergüenza, tardóse mucho en reparar el daño. La cuestión estaba «en estudio»

Por fin todo se arregló... El consulado de España, aunque mal de fondos, por el despilfarro de billetes gratis que se concedieron en tiempo de Toda, los dio hasta la frontera; la Compañía del Norte de España, que tanto explota al público, dio medio billete de Irún a Madrid; el marqués de Casa Riera, archimillonario, dio la otra mitad, 20 pesetas, en moneda española, más un franco para el camino; y yo, honrado por la Asociación de actores, de Madrid, para repatriar a los desvalidos del Nouveau Théâtre, desempeñé, entre efusiones de las patronas acreedoras, los embargados equipajes, sin cuyos vestidos chiné y mantones de Manila no querían marcharse las actrices, temerosas de que sus chulos las dijese en Madrid:

¿Dónde está tu mantón de Manila?

¿Dónde está tu vestido chiné?

¡Ven acá que te dé dos patadas

y te meta en la cama después!

El andén del quai d'Orsay presentó aspecto inusitado por las botas de vino, las alforjas, los botijos de agua, las botellas de leche, los pañuelos negros con panecillos y tajadas, los críos que berreaban, y dos actrices con la tripa a la boca, de una de las cuales no puede asegurarse que no parió en el camino, porque iba cojeando de preñada.

-¡Y pensar que el padre de la criatura es un ministro con instrucción! advirtió un actor.

-¿Ve usted esa? me dijo Ladis Montoya. Es la Purificación Anglada. Esa es la que defecaba en las alfombras.

La defecación ha sido general, le respondí. En el género chico, es la segunda parte del Tratado de París...

Y al arrancar el tren, un entusiasta de la Puerta del Sol gritó: -¡ Viva España!

Pobre, pobrecita España... Símbolo de su situación es aquella anémica y desarrapada actriz, viajando, prensada como sardina, en tercera, teniendo a la boca la tripa que le hiciera un ministro...

El pobre Norte

Los franceses que leen «cosas de España» se han asombrado de este telegrama del Heraldo de Madrid:

San Sebastián (10,44 n.)

Además del guardia y del niño heridos de alguna gravedad, hay también heridos dos agentes y un celador.

A éste lo obligaron a gritar ¡vivan los bueyes!, amenazándole con tirarle al río Urumea. No lo hicieron así; pero sí le causaron algunas contusiones.

Sí yo fuera gobierno en España haría bombardear San Sebastián; y a los denostiarras que quedasen, si quedaba alguno, para contarlo, les diría:

-Como todos los españoles, vosotros habéis aguantado carnerilmente los más atroces vejámenes y las más horribles ignominias que registra la Historia; habéis sufrido las más vergonzosas fugas navales; habéis entregado, sin pelear, la plaza que os codiciaba el extranjero; habéis visto morir ¡oh madres! doscientos mil hijos en la primavera de la vida; habéis contemplado ¡oh padres! la repatriación más pesebrera y cruel que se conoce; habéis firmado la gran vergüenza que se llama el Tratado de París y perdido el imperio colonial más valioso después del imperio británico de la India; y luego habéis tolerado que en inmunda simonía se vendiesen islotes a los mismos que os despojaron de las islas: y después vosotros, bravíos denostiarras, que volvéis por vuestros bueyes como si volviésemos por vosotros mismos, por vuestros fueros y derechos, os habéis sentido orgullosos cada vez que los mismos que os sacrificaron y deshonraron fueron a lavarse, como lady Macbeth, de la sangre y de la rolla del asesinado pueblo en las mansas aguas de la Concha. ¡A ver, el verdugo, pronto! ¡Que vaya el vencido del negro Quintín Banderas, que vaya Weyler a San Sebastián y cumpla su misión de no dejar una cabeza, si la hubiere en el país!

.....

Pero ¿qué ha de bombardear Sagasta el decrepito, Sagasta el inválido, el pobre Sagasta, el chocho viejo Sagasta?

Yo le contemplo, en un grabado del Heraldo de Madrid, aniquilado, hecho un caimán en vinagre, hediendo a muerto, ladeando el cuarto trasero en una chaise longue, como en actitud de tomar una lavativa; y, al contemplarlo, no puedo menos de recordar el triste destino de Norte.

Era un perrazo muy viejo, que ya no servía más que para vivir echado, estorbando, a la puerta de un hogar castellano. De los ojos, saltados por la vejez, le manaban dos fístulas, y de la boca, desorejada como la ramera de un fauno, surgía por entre sus bigotes de foca, una baba viscosa y nauseabunda.

¡Pobre Norte! Una tarde, por Abril florido, no sé qué savia primaveral sacudió su casi inerte mole, impulsándole hacia una perra que pasó a su vera. Haciendo un esfuerzo de esos que solo es capaz de hacer la lujuria senil, el buen Norte se avanzó, olfateó, estiró la lengua

en el aire, levantó a medias una pata, se encaramó como Dios le dio a entender, y dedicóse a maniobras estériles, mientras sus saltados ojos y su desorejada boca chorreaban decrepitud sobre el lomo de la perra en celo.

Y entonces ocurrió algo muy triste. Un perrito, de los que huelen donde guisan, se acercó a la pareja, olfateó estiró la lengua, levantó una pata; y como lo primero que tropezó fue el Norte, hizo con él un atropello sin nombre en la voluptuosa historia de los perros.

Y así, en tal guisa, con el perrito encaramado, muy atónito y pensativo, pero con cierta dignidad y distinción, el pobre Norte dio algunos pases, y volvió a caer, desplomado, a la puerta del hogar, gruñendo, como Sagasta:

-Dejad hacer... Dejad pasar...

La gran batalla

El movimiento proletario de Barcelona implica para España un despertar de todo, guerreros inclusive.

Guardias civiles, acostumbrados a perder los calzones frente a los carlistas en armas, han peleado denodadamente contra obreros armados de palos y de revólveres que no disparaban.

Soldados que volvieron de la derrota en Cuba, enchiquerados como chivos en las pesebreras de los vapores de Comillas, se han batido como leones con Bonafulla desarmado y preso, cuando iba de parlamentario de paz a la Capitanía General, con Lorenzo enfermo en cama y con Teresa Claramunt menstruando.

Oficiales que no supieron manejar la artillería en Santiago, han demostrado excepcionales actitudes para tirar, en posiciones estratégicas, de ómnibus y tranvías.

El general Bargés, cuya espada de brigadier, sorprendida en Lacar, figura en el salón de trofeos de don Carlos de Borbón, ha hecho verdaderas heroicidades frente a los míseros andrajos de la huelga general.

El general don Valeriano Weyler, derrotado en Bocairente y en Cardona, perdiendo las tres últimas letras de su nombre bajo el bejuce, de Máximo Gómez, burlado tantas veces en la Trocha, y reído por los yanquis invasores, ha pasado a ser, según l'Eclair, «represor de insurrecciones en la Habana y vencedor de los carlistas.»

Y el Pelayo, que se evaporó ante la amenaza del comodoro Watson, precipitándose al puerto de Barcelona para servir de Montjuich a los presos.

Guerreros, en suma, expulsados de la América latina, de Flandes, de las Antillas, de Oceanía, de Portugal, de Gibraltar, de la isla de Vieques, de las islas de la Mona y el Monito, y hasta de la isla de la Casta, acaban de alcanzar señalados triunfos, probatorios de

que al andar del tiempo serán dignos de medir sus armas con las del ejército del negro que vaya a rescatar el territorio del Muní...

El buen Dios...

La erupción del volcán Pelée -que debió caer en Madrid...- ha dado una ocasión más de aplaudir a la Providencia.

No satisfecho el «buen Dios» con haber derrumbado la torre de la Catedral de Cuenca sobre los testuces de los católicos que le estaban dando gracias por los beneficios que dispensa a los hombres en general y a los de Cuenca en particular; ni con haber hecho cisco en Compiègne el wagón donde unos peregrinos entonaban cánticos celestiales, no ha dejado ni una rata viva en la católica Saint-Pierre.

\*\*\*

Es decir, como ratas, sí han quedado dos para contarlos.

El obispo de aquella diócesis, monseñor de Cormont, que se embarcó de prisa y corriendo, con rumbo a Europa, al primer bufido que dio el volcán, pero encargando a los fieles no dejasen de ir a orar al Dios de las alturas, el cual se entretenía en soplar el cráter para hacerlos polvo.

Y un tal Joseph-Jean-Marie, que se hallaba en la cárcel, por asesino, esperando que le llevasen al patíbulo.

De las cuarenta mil personas que había en Saint-Pierre y sus alrededores, en el número de las cuales figuraban miles de criaturas que no hicieron daño a nadie, la divina Providencia no dejó vivos más que un asesino y un obispo. Menos mal el asesino. ¡Pero el obispo!...

\*\*\*

Una sociedad de hombres honrados, o que, por lo menos, no habían matado a nadie, condena a morir a un hombre por asesino. Interviene Dios, mata a toda la sociedad y salva al asesino, quién, al salir de su calabozo subterráneo, paró maravillado de ver que de todos cuantos le condenaron a la última pena sólo queda el obispo, para darle la absolución.

Convengamos en que un Dios que erupta lavas y llamas para abrasar vivas 40.000 personas honradas, y que salva un asesino y un obispo para que perpetúen la especie, es de lo más decentito que se ha visto en clase de Providencia...

Periflitis

No cabe negar que el Rey de la pobre España ha quedado bastante mejor que el Rey de la poderosa Inglaterra. Cuchiflito y todo, Alfonso se coronó en un periquete, en las barbas de los republicanotes que se le iban a comer crudo y en las de los carlistones que se le iban al monte.

Eduardo, que nada tiene que temer de republicanos ni de legitimistas, no se ha coronado aún, después de un año de preparativos, que constituyen la más insoportable lata de este siglo y del próximo pasado.

Su anunciada coronación ha resultado la más completa descoronación que han visto las monarquías.

Invitar a los poderosos del mundo, y hacerles venir de las más remotas tierras, para decirles: «otra vez será, ahora tengo malo aquello,» es una verdadera coba inglesa, de cuyas resultas todo el planeta ha estado pendiente del coecum de su Real e Imperial Majestad, pudiendo decir los príncipes europeos que efectivamente fueron despedidos.

Ha habido algo peor. Excitado tal vez por la atmósfera canicular, en el medio ambiente de la alcoba del Rey, uno de dichos príncipes quiso ponerse en facha de recibir un disgusto por detrás; disgusto, si, a pesar de las naturales inclinaciones del meticoloso príncipe, porque fue objeto de sus preferencias el representante de Menelick, el vigoroso Makonnen, de quien refieren víctimas oculares que tiene de talla veintidós centímetros y el sombrerete libre.

¡Ir de luengas tierras a Londres a pedir que le embutan semejante lanza abisinia, cortándose voluntariamente y de raíz todas las peritiflitis que tenga y que tener pueda en su vida un Príncipe, es el colmo del record en las relaciones diplomáticas de carácter internacional, como también en las de carácter intestino!

Intervinieron en tan apestoso asunto los tribunales de justicia, fue denunciado el hecho por el periódico republicano Revnold's News Paper, que sabe oler donde guisan, y salió de estampía, reculando, el príncipe lusitano, heredero del trono de Portugal, para cortar la especie, infundada, según el corresponsal del Seculo, de que fuese el a quien le hablan echado el nudo.

Guardó la enristrada lanza el de Makonnen; y la cosa habría parado en eso si los tribunales ingleses, al callar el nombre del culpable, no hubiesen puesto en tela de juicio y colocado en postura académica a otros príncipes, que seguramente no lo habían comido ni bebido, hasta que se averiguó que el aludido era el príncipe de Braganza, aunque maldito si se le ven las bragas en ninguna parte.

De modo que Reyes y Príncipes han salido coronados, aunque no de rosas, y que la grandiosa coronación huele a... periflitis.

Revolución de Mosquitos

Y aquí me tienen ustedes, otra vez, para lo que gusten mandar. Al Herald de París le pasa lo que a ciertos gallos de pelea: hace que se va, y vuelve. No sé si ha vuelto para publicarse tres veces al mes, o dos, o media vez, cosa que no le importa a él, ni al lector, porque este periódico no es de empresa.

Nos suspendimos en plena monarquía, resucitamos en plena monarquía, y estoy seguro de que tenemos monarquía para rato. He leído que, comentando la plaga de mosquitos que recientemente cayó en Madrid, un viejo republicano recordó que «dos meses antes de que acaeciese acaso el más importante hecho histórico de la revolución de septiembre, ocurrió también en Madrid y con particularidad en la Puerta del Sol, el mismo curioso fenómeno».

¡Revolución vaticinada por mosquitos!...¡República llevada por insectos!...

Entretanto Romero Robledo es el AMO y... que le entren moscas o mosquitos: y este amo, por cuyo organismo anda ese bicharraco gordo y horrible -el *Toenia echinoceocus*- que se lo metió, no se sabe por dónde, a miss Ellen Bates; este poderoso señor, que trata a campanillazos el Congreso, mientras llega el momento de tirarle a él la campanilla a la cabeza, constituye un grave peligro para el país. Puede hacer que declaremos la guerra a Inglaterra y Alemania, aliadas. Puede ¡qué sé yo! puede hasta morder al Rey.

¡Qué error el mío! Cuando, sugestionado por la lógica de los hechos históricos que han despampanado a España, creía yo que al señor Romero Robledo le habrían llevado, en la espuerta de la basura nacional al estercolero de los perros putrefactos, el señor Romero Robledo ha aparecido en el sitial más alto de España, en la «sedia gestatoria» del Congreso de los representantes del país; y desde esa «sedia», que sabe Dios a que olerá, y entre plumas de avestruces de la mayoría, el cardenal Vannutelli de nuestra política parece decir al Congreso:

-Aquí me tenéis, infectos diputados; vosotros, silvelistas de garabutillo, que por mí habéis decapitado, valga la «dexageración» («Risas. ¡Qué gracia ! ¡Olé tu cuerpo!») a vuestro jefe; vosotros liberales, que me aguantáis la «sedia gestatoria», todas sus consecuencias y flatulencias, con la esperanza de que os caiga la breva del poder; vosotros, carlistones mandilones, que os habéis convertido en lacayos de un amo que no es el vuestro; vosotros, republicanos de cinco minutos de parada y fonda, que hacéis, cual nuevos peregrinos, propaganda revolucionaria en las casas ajenas donde yantáis, y que pasáis el tiempo llamándoos estafadores, sinvergüenzas y canallas; vosotras, madres infelices, atrofiadas por la educación moral y el cura, que no podáis tener «chichas» para emular a las italianas, cuyos hijos perecieron malamente en la batalla de Adua; y tú también ¡oh pueblo idiota y misérrimo!, que tienes que respetarme y obedecerme, aunque soy uno de los coautores de tu ruina y de tu deshonor. ¡De rodillas todos, esclavos, genticilla mendiga y asquerosa! ¡De rodillas ante «Mí»! Un tiempo fue ¡oh señores diputados y negros míos! («¡Mucho! ¡Mucho! ¡Olé tu madre!»), en que yo, al hablar por los codos, moqueaba sobre la venerable cabeza del gran repúblico don Francisco Pi y Margall, quien estaba muy por bajo de mi -en los escaños del Congreso- y se limpiaba resignadamente. Aquello, ¡oh señores!, era un símbolo y un presagio. Hoy, cuando la nación tiene que estar pendiente de la viscosa pepitilla que me sirve de apéndice nasal, cuando todos me habéis aclamado «Amo» vuestro, tened cuidado de que no se me hinchen las narices...

¡Qué pena!... Yo no creía en el supuesto talento del señor Romero Robledo. Yo no creía tampoco en el supuesto ingenio del señor Romero Robledo. Yo no podía reír los supuestos chistes del señor Romero Robledo. Cuando las porteras me los hacían notar yo los encontraba tan sosos, tan chabacanos, tan apestosos a tradición, que se me revolvían las tripas. Yo... no conseguía verle la punta al ingenio del señor Romero Robledo, y es que cuantas veces me acerqué a verla estaba metida en algún diputado de la mayoría.

Pues bien: yo también le declaro amo de España, y le reconozco todo, todo, todo ...menos que tiene nariz.

¿Qué más diré de política palpitante? Que poco hay que esperar de nuestros partidos políticos en acción, ebullición o putrefacción, según se deduce de las intervenciones que tuvo Morote con los jefes y jefecillos de esos partidos por... el eje.

Yo le tengo mucha pena a mi amigo Luis Morote. Este periodista viene obligado a realizar, veraneando, un esfuerzo mucho más duro que el que realizó Buffón Porque Buffón se limitó a hacer hablar a los animales. Morote hace discurrir a nuestros políticos. ¡Cuántas veces no habrá sentido él que no le fusilase Máximo Gómez!...

Pero parece que la mayoría de los lectores a 5 céntimos, y con turrón de Alicante por prima, están muy contentos de leer kilométricas sesiones de Cortes y espantosos discursos que jamás acaban. Los republicanos, que antes contaron con Weyler, ahora cuentan con el Nuncio para que les mande la República facturada, como decía Ruiz Zorrilla; y entretanto no se alían más que para comer en casas ajenas. Hay quién piensa en el duque de los Abruzzos para sacarnos de penas; pero este duque es muy capaz de volverse al Polo, a oír gruñir los osos, antes que ir a Madrid a oír hablar a nuestros políticos. La República española no renacerá al calor de toasts de gentes parlanchinas y gorronas, ni a espadaos de alguno de esos generales que debieran ser ahorcados por ladrones y vueltos a ahorcar por asesinos. La República española surgirá, si surge, del cataclismo que produzca un gran movimiento anarquista, una huelga general armada. Y para eso no se necesitan discursos, ni toasts. Se necesitan fusiles

¡Demonio! ¿Por qué no habíamos de operar a todo los charlatanes de oficio que tiene Madrid, como se operó a miss Ellen Bates?

-Porque esta miss murió de resultas de la operación.

¡Razón de más para operarlos!...

De la gusanera

Después de la honrada declaración del nuevo ministro, señor Osma, relativa a que no tiene ideas -cosa que le creo sin que me lo jure,- y del viaje de Magdalena arrepentida que el general Weyler ha hecho al Vaticano, -por cuyas ricas estancias entró entre guardias, que no le perdían de vista,- a ver si el nuevo Papa le bendecía las mulas del regimiento de sitio

de guarnición en Segovia -mulas que se dice compró para sí y pagó a 75 pesetas por cabeza, habiendo costado 2.000 pesetas cada una,- el suceso más importante de esta semana no es la muerte de un pastor a quien le atizara involuntariamente un tiro un guardabosque, más perito en manejar un rosario que una escopeta, sino el descubrimiento de haberse cometido una profanación en el antiguo y clausurado cementerio de la Patriarcal de la capital de la mentira en religión, política, ciencia, arte, etc, etc.

Y en esa gusanera de «vivos,» que más de una vez, al enterrar a sus toreros y poetas, como Zorrilla, profanaron cementerios y sepulturas y que conmemora el día de difuntos comiendo buñuelos y bebiendo aguardiente a las puertas de los cementerios y también dentro de los mismos, se ha alzado un clamor de indignación contra los sacrílegos ladrones que cargaron con mármoles, esculturas, adornos e inscripciones artísticas; ladrones descubiertos, según leo, «por una señora que tenía la costumbre de bajar a bañarse, entre once y doce de la noche, a una fuente que había en el cementerio:» la cual señora digo yo que sería una foca disfrazada con mantón de Manila, porque cualquier día me hacen creer que hay en Madrid una señora que baja a bañarse a la intemperie, entre once y doce de la noche.

Tierra y libertad, tomando por lo serio estas noticias, ha dicho:

«¡Los ladrones se han llevado el busto y las letras de la inscripción conmemorativa del sepulcro del gran poeta Quintana! ¿Por qué este asombro? Por ahí andan tan tranquilos y disfrutando de una vida regalada los que se aprovecharon de los productos intelectuales del vate, antes y después de morir; gozarán los editores y sus herederos de todas las comodidades apetecibles, mientras Quintana y los suyos padecieron escaseces y miserias. Los que se han llevado el busto de su sepulcro ningún mal le han hecho; los que le robaron sus producciones, sí. Aquéllos no le conocían, por lo que ni de irreverentes pecan; éstos sabían el valor de sus obras y le estafaban a sabiendas...

¡Robar a los muertos! ¡Profanar un santo lugar!... ¡Qué sacrilegio más espeluznante!

¡Robar a los vivos! ¡Estafarles sin conciencia!... ¡Qué cosa tan natural!

El día que se incineren los muertos y la antorcha revolucionaria abraza a los ladrones legalizados, estaremos todos tranquilos.»

Muy bien dicho, si fuese verdad tanta belleza como resplandece en las aludidas protestas. Pero ¿cree Tierra y Libertad que los más de los protestantes están indignados de veras? Lo que hay es que el que más y el que menos está envidioso de no habersele ocurrido a él la idea de cargar con los consabidos mármoles, esculturas, adornos, inscripciones, y, además, con la señora bañista, pa en cenando de lo que dejase la venta de aquellos chirimbolos, amontonados por la vanidad de las vanidades.

Prueba de que lo de la indignación es filfa, la tienen ustedes en esta otra noticia:

«En el castillo de Montjuich se han celebrado varios festejos, organizados por el batallón de cazadores que guarnece la fortaleza.

Los festejos han consistido en carreras de velocidad y resistencia, con premios en metálico, y carreras en sacos y cucañas en el foso.

Luego el foso se convirtió en plaza de toros, trabajando una cuadrilla formada por varios oficiales.

Uno de ellos ejecutó la suerte de D. Tancredo,

La fiesta terminó con la elevación de un globo.»

¿Qué tal la fiestecilla en el infame castillo que en cualquier otro país del mundo ya habría sido arrasado por las uñas del pueblo? ¿Quién ha protestado?

Hay que desengañarse: si los elementos sanos del país no se dan prisa en profanar el claustrado cementerio en que se ha convertido España, los partidos políticos, en descomposición todos, se fundirán en un gran partido nacional: el partido de los sinvergüenzas!...

A ver... a ver...

La España oficiosa entera (casi...), que fue dormido espectador de la ruina de su imperio colonial y de su deshonra ante el mundo, la ha emprendido con un fraile traidor, como todos los frailes, que se llama Nozaleda.

¿Motivo, o, mejor, pretexto?

Que ese fraile, ni más ni menos infecto que los demás frailes reverenciados de rodillas por casi toda España, acató el poder del yanqui victorioso, y contribuyó antes al nunca igualado en la historia, por lo inicuo, alevoso y cobarde, fusilamiento del doctor Rizal, fusilamiento que haría merecedor a Cánovas, si resucitase, de volver a morir asesinado, no por el heroico revólver del inmortal extranjero Anguílula, sino por cualquier español de vergüenza.

A ver... a ver... ¡Maricones!... ¡Caponos!... ¡Soplagaitas!... a ver... a ver... ¿Qué castigo habéis dado a los que consumaron la ruina del imperio colonial, a los que pactaron la deshonra nacional con el yanqui victorioso, a los que abogaron en público, y en la misma Prensa, por el fusilamiento del doctor Rizal?... A ver... A ver... Vosotros, los que atacáis al fraile Nozaleda, no por sus crímenes, sino como ocasión y pretexto para hacer política menuda; vosotros, que no os habéis acordado de él mientras vivió sin empleo en vuestra propia casa, mancillándola, y que os acordáis ahora, y lo vituperáis, porque compitiendo con tantos otros frailes de levita, ya a ganar unas pesetas; vosotros, infecta roña de Europa, decidme cuántos tenéis las manos limpias de la sangre de Rizal y de la inmundicia con que se escribió la deshonra y el ludibrio de la Patria en el frontispicio del Capitolio americano.

Merecéis, la inmensa mayoría, a Nozaleda y no tendréis más que Nozaledas.

¡Los repatriados de Cuba pereciendo de hambre en Barcelona!...

¡Las torturas de Montjuich renovadas en Alcalá del Valle!

¡Y en todas partes monumentos en honor de los autores del deshonor nacional!...

A ver... A ver... ¡Maricones!... ¡Caponos!... ¡Soplagaitas!... A ver... A ver...

\*\*\*

¡Mucho ensalzar ahora al difunto!... ¡Mucho llorar ahora sobre el difunto!... ¡Mucho publicar ahora retratos del difunto!...

¿Y entonces, cuando era oportuno, cuando se le trajo de Filipinas a Barcelona, para que escapase de las garras de la frailocracia se le volvió de Barcelona a Filipinas, 80 días de viaje redondo en busca del patíbulo, sin que hubiese en España ni en la levantisca Barcelona una sola mano que detuviera el barco asesino?

¡Ah, entonces!... ¿Quiénes protestaron?... ¿Y quién no recuerda lo que los periódicos de Madrid publicaron contra Rizal, lo que se escribió contra mí mismo porque protesté, en El País, dirigido entonces por Lerroux, contra el premeditado y mil veces infame y otras mil veces alevoso asesinato combinado en la sacristía por faldas arremangadas y generales bajunos?... ¿No recordáis ya que pedisteis mi expulsión del Heraldo de Madrid, y que Augusto de Figueroa, leal director y amigo mío, tuvo que poner coto al desbordamiento frailuno consignando en dicho periódico que yo era muy dueño de escribir en los demás periódicos cuanto me diese la gana?

La obcecación era tanta, tan general el desvarío, que alcanzó a las artes: y un artista, olvidando el ramo de olivas, para empuñar el garrote patibulario, pidió, a propósito de la cabeza de Rizal, que se descolgase el Spoliarium, de Luna y se colgara a este pintor...

¡Nozaleda, Nozaleda! concusionario, simoniac, traidor, asesino, ¡fraile!... ¡Nozaleda, Nozaleda! no renuncies tu puesto, tente tieso, porque tú encarnas y personificas una época de bajezas, cobardías y degradaciones... Tu proceso es el principio del fin... Para incoarlo en justicia habría que incoar también e proceso de los que sostuvieron la guerra de Cuba y Filipinas por satisfacer monopolios de magnates y granjerías de sacristanes que aún coleán en el Poder; de los que arrastraron al pueblo, engañándolo como un chino, a la guerra contra el yanqui: de los que lo libraron, atado como un carnero, a la ruina y la deshonor; de los que acompañaron con castañuelas el castañeteo de los esqueletos que regresaron de Cuba; habría, en fin, que incoar el proceso de tantos otros..., ¡de tantos otros!...

¡Nozaleda, Nozaleda, no olvides que el que más y el que menos no se atreverá contigo temiendo cometer un parricidio!... ¡No olvides, sobre todo, que los únicos pantalones de la política española son... las faldas que te cobijan!...

\*\*\*

Tranquilízate, Nozaleda, y anda a Valencia, teniendo cuidado de darle previamente un bombo a la Catedral de Blasco Ibáñez, para que este republicano salga dando voces, por entre dos peñas feroces, a recibirte en la estación, con lavativas de malva y coronas de rosas...

Tanguitos

Preciso es convenir en que nuestros diputados republicanos, en el calor de sus improvisaciones, se «exceden a sí mismos.» Así, he leído, no sin sorpresa, que en el último mitin de Valencia, el señor Lleget dijo:

«Así como Catón terminaba su discursos afirmando que Cartago debía ser destruida, yo termino afirmando que se debe acabar con las congregaciones religiosas. «(Ovación).

No, no veo.

la razón

de esa ovación. (Tanguito)

No comprendo la ovación

al novísimo Catón, (Tanguito)

El señor Lleget, que es muy mundano, está perfectamente convencido de que no es Catón, y de que tampoco va por ese camino. Pero no me refiero a eso, sino a que no veo la relación de paridad entre Cartago y las congregaciones religiosas.

Exageraciones de la oratoria. En otro mitin, perpetrado en Barcelona, mi amigo Lerroux dijo:

«Al terminar, señores, digo como Cristo: esta es mi carne: comedla. Esta es mi sangre: bebédla».

Aparte de que Lerroux se halla también convencido de que no es Cristo (por fortuna para él, que no morirá crucificado entre dos ladrones), y de que no va por ese camino, creo que fue faltar a la reunión el decirle que comiese carne y bebiese sangre de persona. Yo, de haber estado en el mitin, hubiera dicho al orador:

-Estoy, amigo Lerroux, resuelto a hacer toda clase de sacrificios por usted: pero por nada del mundo comeré una chuleta de su cuerpo ni beberé una caña de su sangre. ¡No en mis días! Por lo demás, ¿de dónde ha sacado el tribunicio orador que soy antropófago, para comérmelo con tomate, y chacal, para beberle la sangre?

Creo que Lerroux que es práctico, me hubiera ovacionado. Creo más: que, convenciéndose de su lapsus linguae, hubiera terminado por convidarme a almorzar una chuleta de cerdo y una botella de Peleón.

La campaña del tanguito -sostenida en un entierro por el señor Capo, autor del tango del Cangrejo y revolucionario de las Pompas fúnebres,- ha servido, al menos, para demostrar una vez más que en España hay dinero. Son increíbles las dificultades con que se tropieza en el Extranjero para hacer un viaje cochino. En España, gentes de las que no se sabe que tengan ni una peseta, van de aquí para allá con la facilidad del mundo, haciendo parada donde les conviene y fonda en todas partes; y al primer asomo de mitin «la hidra republicana» asoma la cabeza a la portezuela de un reservado del expreso.

En estos días, también yo, atraído por la revolución del tanguito, quise ir a España, y, al acercarme a la taquilla del Quai d'Orsay, iba, naturalmente, cantando

¡Siempre pa atrás

tu lo verás!

Pero no me dieron billete. ¡Son tan poco revolucionarios los franceses!

Los argentinos, en cambio, esos sí que son canela revolucionaria. Según ha cableado mi amigo Fuente, el Comité Republicano de Buenos Aires acordó por unanimidad invitar a los diputados Lerroux, Blasco Ibáñez. Álvarez, Pi Arsuaga y Menéndez Pallarés a hacer un viaje de propaganda en aquellas apartadas regiones, que deben de estar muy dejadas de la mano de Dios. Se les pagarán los gastos de ida y vuelta (en primera, advierte Fuente), la fonda, el tabaco y no sé si también las dormidas, y se girarán fondos por telégrafo. Parece que están conformes en ir todos los diputados, excepto Blasco Ibáñez.

El acreditado tenor de la futura República sixtina ha contestado en telegrama, que pagará el Comité Republicano de Buenos Aires:

-No iré, señores, si no me le dais por cable, que pagaréis vosotros un bombo a mi novela La Catedral...

### El Pulpo americano

Si la prensa, en general, no fuera lo que han descrito Paul Brulat y Laurent Tailhade, los yanquis no sabrían donde meterse; atropelladores, usurpadores, mercaderes a lo Cécil, Rhodes, verdugos crueles, pérfidos, felones, curdas espantosos, corrompidos y corruptores: de todo tienen mucho, según la Prensa de estos días, los señores yanquis.

Creo que la Prensa tiene razón esta vez. No se conducirían peor que se conducen los yanquis, si se hubiesen propuesto hacer buenos los más ominosos Gobiernos coloniales. A mi juicio, tal conducta responde a un plan gubernamental como otro cualquiera. Muerto el indígena, se acabó la rabia. El mejor procedimiento para gobernar un pueblo, es suprimirlo. Los yanquis tiran a suprimir los antiguos colonos de España.

Los portorriqueños, como más débiles, son los más castigados. Ningún vecino de Puerto Rico puede salir a la calle sin exponerse a volver con un chichón a casa, porque nunca deja de tropezarse con un yanqui que lo boxea sin motivo.

Cuando España ejercía dominio en la pequeña Antilla, la pequeña Antilla atravesaba constantemente «la crisis monetaria.» Desde que la República de la Unión manda en la pequeña Antilla, la pequeña Antilla atraviesa constantemente la crisis de la bofetada. Los hombres salen de paseo, por precaución, con botiquín de árnica. Las niñas no pueden salir. Los inspectores de la Policía americana se dedican a violar niñas de cinco años. Parece que Mac-Kinley está muy satisfecho de esa anexión por el eje. Ha tomado en serio su parecido físico con Napoleón; y no pudiendo ejercer de Napoleón en Europa, ejerce de Napoleón en Puerto-Rico.

Naturalmente, los portorriqueños están algo molestos por las bofetadas americanas; y para demostrar su descontento, sacan a los balcones de sus casas las banderitas españolas que escondieron cuando los yanquis asomaron por la boca del Morro. Los pobres portorriqueños han venido a comprender que son más españoles que Pelayo, cuando han dejado de serlo... Algunos yanquis compasivos les consuelan, diciéndoles:

«No se exasperen ustedes. Realmente, el trato que se les da deja bastante que desear. Pero eso es al principio...»

Suponiendo que queden portorriqueños para contarlos, porque se vayan jasiendo, sabe Dios lo que les aguarda al final de la anexión.

¿Qué dirán a esto ciertos portorriqueñetes que, después de dárseles de más españoles que Pelayo, de consumir toda clase de bajezas, para conseguir destinos, diputaciones, etc., de España, tuvieron la poca vergüenza de declararse, a renglón seguido, más yanquis que Mac-Kinley, para obtener empleos y representaciones de los americanos?... ¿Tuve o no

tuve razón para hacer contra la intervención yanqui la guerra que le hice en La Campaña, el Heraldo de Madrid y otros periódicos?

¿Y qué dirán ciertos cubanitos que me atacaron por dicha campaña?

¡Ah! Es muy fácil pensar y sentir sobre hechos consumados. Lo arduo es pensar y sentir sobre lo que no son hechos cumplidos y tener el valor de decirlo contra la opinión general. Yo tengo la satisfacción -dolorosa, pero satisfacción al fin- de haber dicho a España todo cuanto le iba a ocurrir con motivo del conflicto cubano, como también tengo la dolorosa satisfacción de haber dicho a los cubanos y portorriqueños todo cuanto les iba a ocurrir con motivo de la intervención americana. Por estas y otras cosas estoy de non -y a mucha honra...

¡Vengadores los yanquis! ¡Buenos vengadores os dé Dios! Si España no tuviera por toda escuadra el Pelele, que echa sentidos discursos, en vez de obuses, por sus baterías; si España tuviera Iowas y Oregones podría ahora permitirse el lujo de intervenir en la contienda yanqui-colonial con el pretexto de que lo hacía en nombre de la Humanidad...

Pero, volviendo a lo práctico, ¿qué tienen que hacer los portorriqueños para conjurar la crisis de la bofetada?

Yo aconsejé a mi familia que se trasladase a los Esta dos Unidos. Escribí a mis hermanas:

«Puesto que vuestros hijos tienen que residir en Puerto Rico, es menester ayanquizarlos o animalizarlos. Llevadlos a Nueva York.»

Ya están allí, aprendiendo a boxear y cocear, para anexionarse por completo a la madre patria putativa.

No hay otro camino. La República de la Unión, que representa más que ninguna otra la bancarota republicana del siglo XIX, es un grandísimo pulpo, cuyas antenas, semejantes a tenazas, hicieron presa en Cuba, o Rico y Filipinas. Como el pulpo, la gran República baja arteramente la cabeza al atacar, y para matarla, hay que cortársela de un solo golpe.

Me explico el sobresalto que acusan ciertos cablegramas que periódicamente vienen de Nueva York. Los indígenas no han pensado todavía que su mejor arma es el terror... Pero a la vuelta de Nueva York ya hay quien piensa por ellos...

### La Danza Macabra

No nos referimos a la que tituló así el maestro Saint-Saens, sino a la danza de nuestros gobiernos en Europa. Un día por lo de Montjuich, otro día por lo de la Mano Negra, hoy por lo de Alcalá del Valle, hemos danzado, danzamos y danzaremos en Europa, formando pareja con el turco, o nos hacen lanzar, como peonzas, un día Rochefort y Drumont, otro día Jaurés, hoy Clemenceau; y se les dice a nuestros Gobiernos que son lo último de Europa

civilizada, que se nos debe echar de la civilización, que nuestro Gobiernos, como ha dicho Clemenceau, nos han convertido en el Iloa borracho, en montón de idiotas inconscientes, ebrios de sangre; y ya no se titulan Cosas de España los artículos referentes a nuestros asuntos, sino Cosas de España romana: y no sólo en Europa se nos fustiga aceradamente, sino también en América, en la latina inclusive, en Buenos Aires, en la Habana, en Caracas, en todas partes, y cualquier día vendrá un artículo de Constantinopla llamándonos, como nos llama l'Aurore,» salvajes e inquisidores.»

¡La danza, la danza macabra!... ¡Danzamos!... ¡Danzamos!... ¡Y estamos tan tranquilos y vivimos tan a gusto, danzando como descosidos, entre gritos indignados y risas sarcásticas de Europa espectadora!... Por toda reforma hacemos bellos discursos, tenemos hermoso lenguaje, y nos diputamos grandes hombres -¡oh, ese Maura, artistón! ¡oh, ese Moret, grandilórico! ¡oh, ese Romero, barbián de Persia!... -¡oh, ese Romanones, ilustrado cojo!... eccétera eccétera- grandes hombres en nuestro rincón, viéndonos en él muy graves, reposados y omnipotentes, sin notar que aquende el Bidasoa danzamos, danzamos como títeres funambulescos, jaleándonos musicalmente las tibias de nuestros torturados y asesinados -¡olé, olé los inquisidores! ¡olé, olé los salvajes!... y refrescándonos con champagne escanciado en el fondo de un cráneo.

No vemos nada. Ciegos, de puro embrutecidos, ni siquiera vemos pasar, amenazadora, al través del salón de baile, la vengadora sombra de Anguílula...

#### Mauradas

En una crónica que Kasabal dedicó al baile de caridad que hubo recientemente en el teatro Real de Madrid, he visto una señora con peinado alto, y sobre éste, como poniendo un huevo, una gallina.

Cabeza caprichosa, se lee por bajo del grabado.

Si que lo es; y si la mayoría de las madrileñas adoptan esas gallinas en el moño, van a faltar en el país aunque muchas son las que aguantan al señor Maura.

El cual, con una gallina sobre el sombrero de teja, sería un símbolo muy expresivo.

En efecto: como en París no estamos acostumbrados a que los presidentes de los consejos de ministros echen bravatas de petit craneur, la interviú del señor Maura con el Petit Parisien nos ha dejado bizcos.

El señor Maura, en resumen, se cisca en la Prensa, en las Cámaras, en los republicanos, en los anticlericales, en Valencia, en la opinión pública, en toda España casi.

El hombre está haciendo de Cánovas. Pero este difunto -que no descansa en paz- tenía el prestigio, entre otros, de su pasado político, en el cual podía apoyarse para echar jipíos de dictador, y también tenía más tacto para hablar al extranjero.

Cánovas no hubiera dicho al Petit Parisien que ya es hora de que los católicos salgan de su pasividad en Valencia, defendiendo a tiros el arzobispado de Nozaleda. Un hombre de Estado, un jefe de Gobierno, no debe incitar a la guerra civil, máxime si ésta puede revestir carácter religioso.

El señor Maura, que quiere ser enérgico, cree que la energía consiste en dar testarazos al banco azul y testuces a la opinión pública.

A los republicanos les ha convertido en ventosidades. Véase, ni no:

«Je n'ai pas peur des républicains: ils font du bruit, ils ont l'apparence d'être un parti dangereux. Mais au fond, il n'y a rien la-dessous: c'est du vent, pas autre chose. Les républicains ne bougeront pas.»

Así, pues, los republicanos no le intimidan, porque, a juicio del señor Maura, hacen ruido... pero en el fondo son vientos... Aviados quedan los señores republicanos. ¡Cualquiera los huele!

Pero, aun dando por bueno cuanto perora ese artistón de camama, ¿cree el señor Maura que todo el campo es orégano? Me parece a mí que este «hombre enérgico», como se llama él a si mismo (álabate, pollo, que el mejor día te guisan), no cuenta con la huésped...

Don Antonio, el otro, el difunto, quería imitar a Bismarck. Este don Antonio se contenta con imitar a Combes. Quiere ser un Combes al revés. Pero Combes, que tiene verdadero carácter, no es un charlatán de feria. El señor Maura no podrá llegar a ser todo un Combes. Se contentará con la mitad del apellido, y será, a lo sumo, un Com.

En medio de todo, y a pesar de todo, el señor Maura, en la citada interviú, deja asomar la oreja del miedo.

El señor Maura piensa en que puede morir. Morir habemus. ¡Lo único que le faltaba a España es que el señor Maura no muriese nunca!

Y al pensar en morir, el señor Maura advierte que tendrán que enterrarlo. No, que le habíamos de guardar en lata, como la que encontró el señor conde de San Luis...

No se apure el señor Maura. No sólo no creo que está en peligro inminente de muerte, sino que resulta, a mi juicio, demasiado vivo... En medio de una sociedad que, de puro podrida, se está cayendo a pedazos, y en la que solamente resuena la vieja herrumbre de la tradición, con siniestro ruido de cuentas de rosarios y de argollas de torturados, el señor Maura ha distraído la atención de las oposiciones que tenían muy serios asuntos, como el de Alcalá del Valle, en que ocuparse, -dándoles a roer el roñoso hueso de Nozaleda-, y ha desencadenado una guerra intestina de las oposiciones entre sí.

Todas las cuales desenvainan los aceros, tienen espeluznantes duelos, y luego, satisfecho el honor individual, se precipitan las unas en brazos de las otras.

Y entretanto, la casa sin barrer...

La cota y la puñalada

He oído decir al ordenanza de este periódico que el señor Maura recibió una puñalada cerca del sitio donde otros tienen el corazón, y que le salvó del golpe una cota de malla que llevaba puesta cuando fue a Barcelona a alardear de bravo y provocador.

Si el puñal iba dirigido a tal sitio, y si el señor Maura tuviera corazón, el corazón, saliéndose por la boca, le hubiera dicho:

-El que a hierro mata, a hierro muere.

Y por las moribundas pupilas del señor Maura hubiera pasado la visión de Jumilla, de Infiesto, de Salamanca, de Alcalá del Valle: ¡sangre, sangre, mucha sangre inocente, que clama venganza!...

¿Qué ocurrió después del ridículo atentado? El Rebelde lo expresa gráficamente en estas líneas de Navarro:

«La prensa imparcial, la republicana, la radical, la enemiga acérrima de Maura, la que señaló la víctima y excitó la opinión pública contra el presidente, trocando sus graznidos de alcahueta cobarde en gemidos de servil plañidera, protesta del atentado, se arrastra servilmente a los pies del poderoso, anatematiza al autor del acto individual, se empeña en buscar las ramificaciones del complot, y proclama la necesidad de proceder a la exterminación de la secta anarquista, como bestia feroz de la que es indispensable librar a la humanidad.

El servilismo y la cobardía más asquerosa llevada a su último término por las plumas mercenarias de los vividores del periodismo, movidas por el miedo que producen los actos de valentía de los hombres viriles, en los hombres incapaces de realizarlos.

Maura sano, Maura provocativo, paseando orgulloso y mirándoles con desprecio, provoca sus inútiles amenazas y sus odios inofensivos; Maura herido levemente, con esperanza de curar pronto y de volver a empuñar el látigo del poder, excita su fibra sentimental en nombre de una caballerosidad que en estos casos se parece mucho al temor.

Ni una voz valiente entre tantos que lo odian, que aplauda el hecho de Artal, ni un hombre abnegado que se atreva a proclamar su conformidad con el proceder del que intentó librarle de un enemigo. Todo lo más, un Lerroux, que, contándonos que tiene pájaros y flores, entone un canto a la vida para demostrarnos que él tampoco deseaba la muerte de Maura.

Manifestaciones clericales de simpatía por el herido, gritos contra los radicales, felicitaciones a porrillo, telegramas a granel, columnas y más columnas diariamente en los periódicos, una inmensa balumba por todas partes capaz de aturdir a cualquiera, detenciones y trabajos policíacos en busca de más culpables, y en medio de todo, la figura tímida del joven Miquel Artal, manando sangre de las heridas que en la cabeza le abrieron los garrotes de la policía, mucho más graves que la herida que su puñal abrió en el costado de Maura, diciendo con la mayor naturalidad:

-Fui yo solo, no ten-o cómplices, lo hice porque creí que debí hacerlo.»

Resulta, pues, que Artal ha hecho un pan como unas hostias. Debían dársele las gracias, aunque sólo fuese por haber roto con la tradición de que por vivir de préstamo, hasta asesinamos de gorra; bien que el pobrecito Artal haya demostrado una vez más que no servimos ni para dar una mala puñalada.

Dans les premiers temps de son séjour parmi les religieuses du couvent de la Divine Providence de Badalona -ha dicho La Patrie- il leur donna toutes sortes de satisfactions.

Se comprende, pues, que el hombre estuviera débil para apuñalear. Esas religiosas de la Divina Providencia son ciento y la madre y copulean más que un sable de caballería.

Por lo demás, de cuantos liberales han celebrado públicamente que Maura salvase la vida, no hay uno sólo que no sienta privadamente que no le dejasen seco... ¡Ah, esos periodistas que escriben cosas sentidas!... Je, je... Como yo los conozco, y me sé de memoria sus apartes, me los figuro redactando «la triste noticia del atentado:»

-El cobarde asesino... (¡vaya unas pelotas que gasta el gachó!)... Protestamos energicamente contra tan vil atentado, que pudo costarle vida (¡lástima que no sea verdad tanta belleza!) a nuestro eximio Presidente del Consejo... Con el corazón oprimido por el dolor (oye, tú, ¿convidas a café?)...

Así es que no cabe protestar solemnemente contra los que han condenado el acto de Artal, porque se expone uno a oír que le dicen:

-¡Habrà lila! ¡Pues si nosotros nos hubiéramos alegrado más que usted de que le echasen fuera el bandullo!

Todos han salido gananciosos. El ministro de la Gobernación, porque hizo una frase telefónica cuando Maura le llamó al aparato para contarle la cosa

-¡Por Dios, repítame usted eso!

El Rey, porque le dijo a Maura, según el Heraldo de Madrid:

-Esos son gajes del oficio.

(Palabras del rey Humberto cuando atentaron por primera vez a su vida).

La señora de Maura, porque la camarilla de éste la dice que su Antonio es un héroe.

Y Maura, en fin, porque, le esperan noches heroicas, y en plena primavera, ¡digo!

Buen provechito a todos, señores. Y hasta otra...

Entre amigos

Aunque el País no hubiera hecho la salvedad, que le agradezco, de que en su casa «todos me estiman muy de veras», dicho está que una discusión de este periódico con el Heraldo de París tendría que ser por todos conceptos, y por toda clase de razones y circunstancias, sumamente amistosa, de modo que no podrían caber en ella torneos de ingenio malévolo ni argucias retóricas de mala fe.

La cuestión, lector, es ésta: Heraldo de París dijo:

¿Es o no cierto que todos los jefes del republicanismo español, excepción hecha de uno sólo, recibieron dinero para facilitar el viaje de Maura a Barcelona?...

¿Es o no cierto que Maura ofreció a uno de esos jefes el manejo de un millón de pesetas para la fundación de la Casa del pueblo en Barcelona?

Y dice el País:

«Eso es un monstruoso disparate. Defender de esa calumnia a los que llama el Heraldo jefes republicanos, refiriéndose, acaso, a los diputados, pues fuera de Salmerón no hay más jefes que los individuos del Consejo federal y el señor Ezquerdo, sería ofender seriamente a los aludidos. Más que una infamia es una estupidez esa patraña.

Cierto que ha habido papanatas de la clase de tontos malvados, que es la más despreciable de la humanidad, que en vez de ahondar en el estudio de las complejas causas del recibimiento, hiperbólicamente llamado triunfal, que tuvo el rey en Barcelona, hablan de lo que está al alcance de la vanidad y de su estupidez: que se han vendido al oro de Comillas.

«Claro es que Bonafoux no sostiene, ni hace suya la especie: pero el hecho de acogerla indica que admite la posibilidad de que sea cierta. Y esto es imperdonable en un hombre discreto, nada más que discreto.»

Pero yo no soy discreto, amigo mío, sino que a veces me arrepiento de no ser todo lo indiscreto que debo. Además: usted misino declara que la indicada especie ha cundido como explicación de lo que pasó en Barcelona contra todo lo que se esperaba en Europa ¿se entera el País? en los centros revolucionarios de Europa. Barcelona estaría completamente deshonrada ante el mundo civilizado por el recibimiento hecho a Maura -no al Rey, que ni

pincha ni corta-, al Maura fanático y torturador, si Artal no hubiese lavado un tanto la deshonra con sangre del provocador representante de todas las reacciones.

Vea el País lo que dice el Diluvio del 17 del mes corriente:

«Maura, los ministros y todos los lacayos del régimen han logrado ya que su rey regresara a Madrid después de un viaje cuya parte triunfal para nadie es un secreto cómo se ha logrado, del mismo modo como se consiguieron el apartamiento de obstáculos que, dando lugar a cualquier incidente desagradable, hubiese podido impedir que los corresponsales de la prensa extranjera telegrafiasen los éxitos. Por algo dijo Zorrilla en el Tenorio que «con dinero no hay nada que falle...» Pueden estar, pues, satisfechos los actores y autores de la excursión, ya que ella les ha salido mejor, mucho mejor de lo que jamás podían imaginar.»

El secreto, pues, lo era a voces. Yo me limité, por honor de la república futura y de los republicanos presentes, a ponerlo en letras de molde, para destapar el tapujo.

Y no se me alcanza el porqué de que el País -con quien no iba nada de lo dicho- se pique al extremo de decirme:

«¿Y sabe Bonafoux quiénes son los inventores y propagadores de ese absurdo? Pues los mismos miserables que cuando Bonafoux alababa a los ingleses en contra de los boers, elogiaba a Don Carlos y tocaba el bombo en honor de la Regente al paso de esta señora por París, contaba por los dedos (y tocándolo, por cierto, más barato que al jefe del millón) las libras esterlinas, francos y viles pesetejas, que le habían valido esos favores. ¡A esos da aire!»

Pues si los inventores y propagadores de ese absurdo son los mismos miserables que dijeron de mí tales cosas resultan unos grandísimos caballeros que no dicen más que la verdad pura.

Yo no he tomado dinero de la Regente por la sencilla razón de que esta señora no tiene costumbre. Además, es muy lista -mucho más que la mayoría de los republicanos-, y aun suponiendo que no hubiese leído el artículo que por aquel entonces publiqué en el Pueblo, de Blasco Ibáñez, para restablecer la verdad de los hechos, de sobra sabía ella que no fui yo quien le dedicó los piropos que aparecieron en mi telegrama del Heraldo de Madrid, sino que este periódico, usando de un perfecto derecho consagrado en nuestra Prensa, lo aumentó a su gusto. Yo no puedo evitar que el Heraldo de Madrid crea que debe poner «augusta señora» donde dije «doña María Cristina», ni que aumente el número de simpatías y ovaciones que París dedica a los soberanos que la visitan. El Heraldo de Madrid no es mío. El Heraldo de París sí lo es.

En lo que sí llevan razón los consabidos «miserables» es en decir que defendí a Inglaterra contra los boers porque el gobierno inglés me pagó aquella campaña, única en Madrid, y que no insulté a don Carlos de Borbón cuando conferencié con él en Venecia porque me lo pagó muy bien. Al hotel Luna me llevó el general Secanel dos sacos con veinte mil duros, cada uno, que don Carlos conservaba de los tributos que recogió en las

provincias vascas; y toda Europa sabe que míster Chamberlain, a los comienzos de la guerra del Transvaal, le dijo a su secretario:

-Hay, ante todo, que contar con el «bilioso de Asnières». Mándele usted un cheque de veinte mil libras esterlinas a ver si se tranquiliza.

Con estas veinte mil libras y con los cuarenta mil duros de don Carlos me estoy dando la gran vida, y si escribo mensualmente unas cuatrocientos cuartillas para España y América, no es por necesidad, sino porque me gusta darme pisto alternando con la gente de valer en nuestra Prensa.

Hace tiempo que dije -precisamente cuando lo del vizconde de Yrueste- y ahora repito que mi teoría en punto a dinero es tomar todo el que me den, siempre que no coarte mi pensamiento ni mi pluma, por lo cual opino que don Nicolás Estévanez, felicitado por toda la prensa republicana porque renunció cuatrocientas pesetas mensuales del gobierno, hizo una primada con tal rasgo, pues, caso de no haberse comido esas pesetas, debió aplicarlas al fondo de la Revolución, o a subvencionar con ellas al Heraldo de París, para que en vez de dar leña cada 15 días, la diera cada semana, o mejor aún que a todo eso, debió dedicar las pesetas a socorrer a Artal, que bien las necesita y merece.

Quedamos, pues, en que no mintieron los que me calumniaron; pero yo soy yo, es decir, un periodista que vive en un rincón; que no es jefe de republicanos, ni va para ministro de la República, ni espera empleos ni merced de la futura República, por lo que el señor Romero Robledo no tendría derecho a preguntarme:

-Y usted, señor Bonafoux ¿de qué vive?...

Al País le ha disgustado que fuese el Heraldo de París quien dio la consabida especie a la publicidad; y dice:

«Es ya imposible la tabarra. Desde que llegó a Madrid el último número del Heraldo de París -¡dichoso numerito! no hemos cesado de recibir por correo cartas con la pregunta que nos hacen y nos repiten los amigos.

-¿Ha leído usted el periódico de Bonafoux? Esto al principio. Después, cuando vieron que no resollábamos, la pegiguera cambió de forma. -¿Por qué no contestan? ¿Por qué no protestan? ¿Es miedo a Bonafoux? ¿Es que son ustedes amigos suyos? ¡Demontre con Bonafoux! Nunca hubiéramos creído que él, tan ligero, nos resultase más pesado que el viaje consabido.»

Pues por esa misma razón, por lo de la tabarra, tuvo que hablar este periódico. Porque de varias capitales de España, y singularmente de Barcelona, se nos decía, entre otras cosas gordas, que no hemos publicado:

-¿Por qué no habla el Heraldo de París? ¿Por qué no publicó la correspondencia del libertario Martínez?... ¿Qué se ha hecho la decantada independencia del Heraldo de París?

Y ¡demontre! tuvimos que publicar la cosa. Porque cada quisque tiene sus intereses en este mundo: El País los suyos, y los suyos también el Heraldo de París.

Por lo demás, crea mi amigo el señor Catena que todo eso, a mí personalmente, me importa un comino.

Subvenciónenme mis enemigos y verán que no escribo ni a mi familia.

## Dos entierros

Víctima, más aún que del imperativo categórico de Maura, de la hipocresía, la cobardía y la bajeza de las clases directoras de España -cuya mayoría, después de impulsar un brazo vengador a suprimir el retoño de Cánovas, fue de rodillas a felicitarle por haber salvado la vida, bien que lamentando recónditamente que no hubiese hallado la muerte-, Artal, ya que no pudo ser conducido al garrote por haber arañado la cota de malla que protegía el corazón de cieno del malvado sacristán cuyas cuentas del rosario son las argollas de Alcalá del Valle, fue condenado al máximum de pena, a diecisiete años de prisión, por asesinato frustrado.

Ni su gran juventud -19 años-; ni las tristezas y amarguras de su vida; ni las incoherencias que brotaron de su inexperta oratoria; ni siquiera la consideración de haber dado nombre en Europa a un zascandil a quien llamaban Morra los pocos periódicos de París que le mentaban en telegramas de Madrid; de haberle ocasionado ovaciones que nunca soñó recibir, y noches heroicas en que pudiera perpetuar la raza de los Torquemadas, nada, nada, nada consiguió ablandar la berroqueña piedra del Jurado sentenciador.

Tengo a la vista los nombres de ese Jurado, uno de los cuales, Juan Guarro, simboliza toda la pira del «tribunal popular».

Tengo a la vista los grabados de la Tribuna, de Barcelona, y contemplo, atónito, esta fauna fotográfica.

De «el público en la sala», que parece otra arca de Noé, diríase que se exhala, dominando todo el «atentado contra Maura», inscrito a la cabeza del periódico, un olor a boñiga tradicional. En «el juramento de los jueces de hecho», estos jueces, calvos de puro sifilíticos, parece que están echando una ronda de aguardiente en un mostrador. Del presidente no podría jurarse que no es el sátiro perseguido en el Bois de Boulogne. El abogado defensor, mostrando un objeto artístico de Artal, semeja un saltimbanquis de la feria de Neuilly. El fiscal es indudablemente un hipopótamo escapado del Jardín de Plantas.

¡Ah, ese fiscal, digno fiscal de un tribunal inquisitorial, en el siglo XX! ¡Ese fiscal, que empieza diciendo (copio del diario monárquico, La Tribuna) «que será breve, porque no reclama más el asunto, ni lo consiente la elevada temperatura!»

¡Señor Fiscal del carajo! ¿Creía usted que no estaba en un tribunal, trabajando el entierro de dos hombres en vida, sino en el Congreso, durmiendo una sesión más de imbéciles, que hacen reír en Marruecos?

¿Con qué derecho se permitió usted, como fiscal, hacer preguntas como ésta, que transcribo de La Tribuna:

Mercedes Torna, a preguntas del señor Cestino, responde que tenía bien conceptuado al Artal.

El fiscal de S. M. le pregunta si el procesado había dicho que el hombre era como una col: «se la comen o se pudre y... en paz»

T. -No se lo oí decir nunca.

F. -¿Tenía ideas contrarias a la religión?

T. -Sí, señor.

¿Y qué tenía que ver la religión con las tómporas, en este proceso? ¿Estaba usted allí de fiscal, en un proceso criminal, o de cura, en un confesonario, como está su amo en la Presidencia del Consejo?

Toda la tarea del fiscal en este proceso, fue preguntar por la religión de Artal.

«Adela Íñiguez -dice La Tribuna- manifiesta lo mismo que la anterior; mejor dicho, se reserva como la cocinera, pues nada sabe porque no se frecuentaba con él.

D. -¿Quería ser artista?

T. -Sí, señor; esto si que se lo he oído decir.

D. -¿Sabe si visitaba a su hermana y si quería sacarla del Asilo?

T. -No lo sé.

El fiscal le interroga sobre las últimas creencias de Artal, contestando que una vez le oyó expresarse como un ateo, pues manifestó que el hombre era como una col, a lo que objetó la testigo que había otra vida ultraterrena.

Et sic de cœteris.

El abogado defensor, señor Cretino, viendo que Artal desaparecía bajo los bonetes del «tribunal popular», pidió a los que lo componían que «no cargasen toda la culpa sobre el delincuente y que no se dejasen guiar por sus mujeres.»

¡Cuántas reirán, en alguna casa lejana, desde el fondo de sus católicas pescadillas!  
Consumatum est. ¡Pobre Artal! decía el pueblo, según el Diluvio.

Pobret noy, sembla mentida que fes alló! exclamaban, llorando, mujeres del puebla catalán.

Pobre Artal, no. ¡Pobre Maura! ¡Que su digna esposa encargue los lutos!... ¡Que sus hijos preparen el llanto!... ¡Que la Iglesia apreste sus rezos y sus campanas!...

Gori, gori... Tan, tan...

La Comisión pour rire

Por fin llegaron los señores comisionados por los gobiernos español y americano para firmar la paz entre la poderosa República y la desfallecida Monarquía.

De nuestros comisionados o de los comisionados del señor Sagasta, sabe París toda clase de noticias: lo que el país les paga por viajar, lo que cobran de sueldo, que el señor Montero Ríos renunció al suyo, y que todos los comisionados, singularmente el señor Montero Ríos, tienen mucho talento y grandilocuencia oratoria.

De los otros, de los comisionados americanos, París no sabe nada, como no sea la noticia de que vienen obligados a no transigir, a interrumpir bruscamente los discursos coartando así la elocuencia de nuestros ilustres oradores.

Unos y otros llegaron casi a la misma hora: los americanos, a las siete; los nuestros, a las siete y veinte, acaso por no desmentir nuestra fama de llegar con retraso. Unos y otros llegaron a la hora en que los periódicos callejeros atronaban las calles voceando la revisión del proceso Dreyfus. El señor Montero Ríos, representante del Gobierno español para firmar una paz que no tendría razón de ser si en España hubiese habido un Gobierno capaz de arrostrar la impopularidad que entrañaba la solución del conflicto cubano con arreglo a las exigencias de los tiempos, pararía meditabundo al entrar en París, viendo por el suelo, y cubierto de lodo, el nombre de Brisson, puritano en la vida pública, integérrimo en la privada, pero culpable de ir contra la santidad de la cosa juzgada, contra las influencias de los más altos poderes del Estado, y contra las pasiones de un vulgo inconsciente y malsano. Y míster Day, representante del Gobierno americano para firmar la paz de una guerra que fue hábilmente preparada por los políticos de la República, vería con gusto, al entrar en París y enterarse del acto de M. Brisson, que aún hay en Francia ciudadanos de la madera de los Franklin y Lincoln.

Entraron: los nuestros, con la gravedad triste de nuestra pobre raza, enferma de incurable melancolía, con la amarga desesperación, reflejada en el semblante de una gran familia que vino a menos y que no tiene esperanza de redención; los yanquis, coloradotes, alegres, con la alegría de una raza en lo mejor de la juventud, de una familia venturosa que tiene la seguridad del presente y una fe ciega en el porvenir...

La mayor parte de nuestros comisionados han tomado en sus habitaciones el clásico desayuno de chocolate con mojicón... Horas antes asaltaron los yanquis la terraza de su hotel; y bañados, afeitados y ligeramente vestidos de verano, se entregaron al desayuno de su tierra, un piscolabis compuesto de jamón, huevos, dulce, todo ayudado por varias tazas de té con leche.

Una blanca helada, la primera de este otoño envolvía como un sudario el escaso verano que aún verdea; y el señor Montero Ríos, se habrá sentido triste de toda tristeza, esta mañana, al ver llorosos los cristales de su balcón.

\*\*\*

Describiendo una corrida de toros la Cagoule terminó su artículo de ayer con una frase, relacionada con la guerra hispano-americana, frase tan dura, sangrienta y humillante para nosotros, que no es posible recordarla sin tristeza. Y enamorada de las cuestiones españolas, la crónica de hoy se dedica a filosofar sobre la significación que entraña el almuerzo que monsieur Delcassé, ministro de Estado, dio ayer en honor de los comisionados hispano-americanos que han venido a firmar la paz.

Los platos del banquete estuvieron en relación con la índole del mismo. Hubo una salsa Rosette, un canard helado, otro helado a la rusa y una ensalada mimosa. Todo el mundo estuvo muy digno, rivalizando los comensales en el buen deseo de no nombrar la cuerda en casa del ahorcado.

Se almorzó bien. Se bebió bien. Y a los postres se fumaron buenos vegueros de Cuba que se nos han fumado los yanquis.

Cada comisionado tiene hoy una semblancilla en el «Fígaro»: Míster Day «fisonomía angulosa»; míster William P. Frye, «pequeño, flaco e imberbe»; míster George Groy, «jigante»; míster Whitelaw Reid, «inteligente»; míster John Moore, «sanguíneo»; el señor Abarzuza, «es sportsman»; el señor Garnica, «robusto»; el señor Villaurrutia, «espiritual»; el general Cerero, «con toda la barba».

¿Cuánto tiempo hace -pregunta el autor de las «Notes d'un Parisiens»- que la escuadra del almirante Cervera fue destruida en Santiago? Parece que fue ayer... Y fatalmente, inevitablemente, todo esto tenía que parar en un almuerzo. No lo censuro. Nadie hubiera podido hacer que fuese de otro modo. Son reglas, leyes internacionales. Pero puesto que más tarde o más temprano había de pararse en eso, ¿no hubiera valido más que sucediese al principio, en vez de ocurrir al fin? ¿Y los comensales que de fijo son patriotas, no hubieran almorzado de mejor gana si este almuerzo hubiera sido antes de Cavite, de Santiago y de la pérdida de tantas vidas?

El cronista del «Journal» analiza el acto con más tristeza que el cronista del «Fígaro», porque recuerda a los desgraciados que se arruinaron, a las viudas, a los huérfanos, y dice que deben declararse contentos, puesto que españoles y americanos almuerzan juntos oficialmente.

Lo peor no es eso, sino que el acto le parece «un almuerzo de funerales; los funerales de Cuba.»

Pero estos distinguidos cronistas, que gozan fama de psicólogos, no saben que nosotros, que somos los chinos de Europa, en nuestro afán de adaptarnos por completo las costumbres del Celeste Imperio hemos aceptado la de estar de fiesta y jaleo cuando tenemos un muerto en casa.

Si yo fuera comisionado para las conferencias de la paz, no perdería la ocasión de almorzar con gentes tan distinguidas como un Day, «fisonomía angulosa»; un Frye, «pequeño, flaco e imberbe», un Moore, «sanguíneo» y un Groy, «jigante». Y de almorzar, a la vera de un gigante, «canard» helado y ensalada «mimosa», que es miel sobre hojuelas.

De la panza sale la danza. Y la paz y caridad.

\*\*\*

...Si el señor Montero Ríos vale tanto como dicen, hay que lamentar los malos ratos que le esperan.

Por de pronto hay incompatibilidad física entre los señores Montero Ríos y Day. Este místico, como todos los de la comisión, está echando humo. En la sesión de ayer hubo ciertos dimes y diretes porque los señores yanquis, asados por el calor, o por lo que se les antoja calor, querían trabajar en mangas de camisa (sic), mientras un empleado del Quai d'Orsay encendió una estufa para el señor Montero Ríos, que, todo constipado entró con una bufanda al cuello. Si yo no creyera que el señor Sagasta es incapaz de matar una mosca, presumiría que ha enviado al señor Montero Ríos a tomar una pulmonía en el Quai d'Orsay.

Por fortuna nuestro presidente tiene de preservativo la barba, a propósito de la que ha dicho el «Fígaro» «que el señor Montero Ríos, aunque hombre de edad, conserva toda la barba.»

Entre nosotros, conservar el pelo cuando se es viejo no deja de ser una novedad; pero el hecho de ser anciano no implica, como por lo visto implica en el Fígaro, la necesidad de perder hasta la barba. Viejos con barbas, y hasta chivos con barbas, no faltan, gracias a Dios; lo que escasea son viejos con barbas que quieran dejárselas hacer por los yanquis. Bueno sería que el señor Montero Ríos, recordando las de Fabre, pusiese en remojo las suyas propias.

Final de Apoteosis

Doña María Cristina ha dado un augusto mentís al non bis in idem.

La segunda parte de su paseo por París resulta más florida, si cabe, que la primera. Doña María Cristina tiene excelentes amigos en París.

Pasa frecuentemente por esta ciudad el rey de Bélgica, sin llamar de ningún modo la atención pública. Han pasado el rey de Suecia y el rey de Grecia, sin que París se enterase de que habían pasado. Pasó últimamente la reina de Portugal, con sencillo suelto noticiero en la segunda plana de los periódicos. Doña María Cristina ha pasado y vuelto a pasar entre sendos artículos encomiásticos, ilustrados con retratos de su real persona; sobre rojas alfombras tendidas en la vía pública y orilladas de flores; arrullada por músicas y vítores; saludada reverentemente por el primer magistrado de la República, el cual interrumpió su reposo veraniego por rendir pleito homenaje a una reina que pasaba de incógnito, seguida por multitud de periodistas a los templos, a los conventos, a los almacenes, a Trianón, en donde la emocionó tanto el recuerdo de María Antonieta.

El paso de doña María Cristina por París así al ir a Viena como al regresar de esta ciudad, ha sido un verdadero paseo triunfal. Sólo el presidente Krüger, cuando vino simbolizando un gesto de independencia, inaudito en Europa, por la salud de un pueblo contra el enemigo común de la raza latina, sólo él obtuvo tanto entusiasmo como doña María Cristina, bien que sin recabar el honor de que M. Loubet lo visitase, ni tampoco el honor de que M. Loubet lo recibiese.

Como es fuerza que toda apoteosis tenga fin, la de doña María Cristina ha terminado por ahora, sin perjuicio de renovarse otro día, con la siguiente escena, que transcribo del Petit Journal:

«Pendant ce temps, une scène très couleur locale se déroulait. Un homme à la voix de stentor, manifestement affecté aux ovations, criait, en espagnol, à des intervalles protocolairement réglés: «¡Vive la reine! ¡vive le roi! ¡vive l'infante! ¡vive la France! et ¡vive l'Espagne!» et chaque assistant répondait viva à chaque nom invoqué.»

Yo no pude presenciar estos espectáculos porque vivo muy ocupado: pero si hubiera formado parte de la cabalgata de periodistas que siguieron de cerca las idas y venidas de doña María Cristina, le habría dado el artículo que el periódico imperialista la Vossinche Zeitung dedicó recientemente a los gastos que ocasionan al pueblo alemán los frecuentes paseos de su soberano, lamentando respetuosamente, pero con dignidad de periódico decente, y con profunda adhesión a la Corona, que se despilfarre el dinero del pueblo, aunque el alemán está en plena prosperidad por todos conceptos.

... Han terminado los paseos, y con los paseos, los vítores, las flores y las luminarias. Ahora toca entrar de lleno en la horrible noche del pueblo español y oír, entre los abrojos del camino, los ayes que arranca el hambre a los que no viven de dar «vivas estentóreos, con intervalos protocolarmente arreglados».

Para andar por ese camino abrupto y triste puedo acompañarla yo, Señora, que desde mi adusto retiro la despido con un viva que me sale de muy adentro

-¡Viva el desgraciado pueblo español!...

Loubet en el pudridero

Hace tres días, un periódico parisién que vive de embustes sensacionales, voceó un atentado contra el presidente Loubet en Madrid e involuntariamente recordé este epigrama de Crécelle:

Hélas, il pleut! de soleil, tu te bombes!

Soupire Alphonse. -Ah! fait le bon Loubet,

Mieux vaut de l'eau, m'est avis, que des bombes

Comme à Paris, sur nous, il en tombait!

Porque el atentado contra M. Loubet no era dinamitero, como suponía el aludido periódico, sino grosero. La bomba no estaba cargada de dinamita, sino de mala crianza, y bien puede decir M. Loubet que hay cariños que matan, recordando aquellos de que fue víctima en Madrid y que parecen urdidos por la malévola intención de los vaticanistas.

Sacar de un tren a un anciano, y por añadidura fatigadísimo por largo viaje, para meterlo en el pudridero de El Escorial, haciéndole contemplar tumbas y oír relatos fúnebres; recibirle con un repique de palmaditas en la espalda, à la mode du pays, y sin darle punto de reposo emprender con él caminatas y excursiones; recordarle, con alusiones, que Francia fue vencida el año 70, y que Francisco I, prisionero de las tropas españolas, dejó sus armas en la Armería real de Madrid; obsequiarle, contra su voluntad, con una corrida de toros; vitorearle con aullidos de gentes que comían higos y cacahuetes; zarandearle de aquí para allá, custodiado, como si fuese un reo de muerte, por imponentes fuerzas de orden público, impidiendo que se le acercase el pueblo y le echase flores; ¡qué de patanerías, expresivas de la ordinariez en que ha caído el carácter nacional!...

Leo que periodistas y fotógrafos franceses fueron víctimas de las caballerías de la guardia civil; que en recuerdo de que Barrés cantó a Toledo figuró en el menu del Ayuntamiento un «filete de cerdo a lo Maurice Barrés»; que para celebrar la llegada de Loubet había en el hotel de la infanta Eulalia un negro, vestido con calzón encarnado y chaleco azul; que monsieur Blanco Ibáñez -dice Le Gaulois-, orateur, écrivain, homme d'action (!), une sorte de Gambetta (!) avant 1870, disparó un manifiesto contra Loubet; que otro literato dijo:

«España no recibe solamente como jefe de Estado a monsieur Loubet, sino también como mensajero del alma de Víctor Hugo, que viene a confundirse, en estrecho y amoroso abrazo, con el alma de Cervantes.»

Il ne faut pas en rire, ha dicho esta Prensa, mordiéndose los labios. No hay que reír, no, que da mucha pena...

¡Qué modo de perder la chabeta! Hasta Kasabal, tan mesurado al hablar de las damas de alto copete, escribió yéndosele el santo al cielo:

«En el mundo oficial hay muchas damas de primera... No estamos mal por este lado (¿por cuál, Kasabal), y hay que esperar que nuestros ilustres huéspedes queden complacidos.»

¡Demonio! Eso es faltar a las damas de primera.

Y como si fuese poco, añadió Kasabal:

«Hagámoslo todos lo mejor que podamos.»

¡Carracoles! -como dicen que exclama la señora del Gas, o madame du Gast-. Eso es faltar al otro lado.

¡Qué diferencia entre la recepción ceremoniosa, al par que grotesca y ordinaria, de Madrid, y la recepción elegante, aunque popularísima, de Lisboa! Todas las clases y todos los partidos políticos vitoreando la República francesa, cuya Marsellesa fue cantada a coro por 1.500 niños, acompañaron paso a paso la carroza de Loubet, perdida amorosamente en la multitud. La lluvia de cieno en Madrid fue lluvia de flores en Lisboa, y como la reina Amelia está educada a la inglesa -lo cual quiere decir que es una reina bien educada y chic-dispensó a Loubet, cansado y apestado de Madrid, de hacerla inmediatamente después de haber llegado, la visita de rigor.

¡Cuántos rasgos delicados, finos, exquisitos, contrastando con cuántas latas, ordinarietas y rufianerías!...

Menos mal los personajes franceses, que saldrían consolados con las placas de Alfonso XIII y de Carlos III: pero los franceses que no son personajes, y que fueron apabullados por los cascos de la guardia civil, habrán salido haciendo fu y llevando por todo recuerdo otras placas, de las que dan, por cualquier lado, golfas de primera...

### Revolucionarios gorditos

Poco tiempo hace todavía que yo iba frecuentemente a Londres con el único fin de hablar con el más avanzado e inquieto de los revolucionarios españoles, despertados allí de la negra pesadilla de Montjuich...

Fui yo quien tuvo la satisfacción de celebrar, por cima de las pretensiones del New York Herald, de París, una sensacional interviú con Malatesta a raíz de la ejecución de Humberto, la única interviú a que se ha prestado el famoso agitador después de su regreso de Pátersen.

Fui yo quien subió a un piso sexto de una hedionda casa, sita en una calleja más hedionda que la casa, para describir del natural la atroz situación en que llegaron a Londres los salvados del infierno dantesco que todavía domina la ciudad más liberal de España.

Fui yo quien describió los mítins que por entonces verificábanse en Trafalgar Square, las nocturnas escenas del Club anarquista internacional, cuya puerta era un muro de contención para los periodistas del Continente, y los combates y anhelos de los revolucionarios españoles de Londres.

Fui yo, en fin, quien, con ocho días de anticipación, avisó en el Heraldo de Madrid la huelga general de Barcelona...

Armando de Cárdenas, corresponsal de El Mundo, de la Habana, en Barcelona, escribió con fecha 30 de Abril a dicho periódico:

Fue Bonafoux el primero en augurar estas malandanzas de Maura. Los favorecedores de El Mundo, quienes, sin duda, leerán con la avidez y delectación que yo leo las interesantísimas crónicas del genial e inimitable escritor, recordarán que hace ya bastante tiempo, después de zarandear de lo lindo al primer ministro de Alfonso XIII, agregaba: «Bromas aparte, yo, la verdad sea dicha, no quisiera verme en el pellejo de monsieur Morra, a quien muchos periódicos de París no dejan de mano por lo de Alcalá del Valle.»

Las predicciones de Bonafoux han empezado a cumplirse...

Se refiere Cárdenas a las predicciones, que publiqué en el Heraldo de Madrid y en El Mundo, de la Habana, sobre el atentado que tendría lugar en Barcelona contra el actual presidente del Consejo de ministros, y ahora es ocasión de desmentir a quienes dijeron que dichas predicciones más respondían a informaciones que me remitieran de Londres.

No. Del formidable movimiento de los revolucionarios españoles asilados en Londres ya no queda más que el compás de unas meretrices parisienses que, con sus correspondientes chulos, que viven de comer pan de enaguas fabricado en hornos sifilíticos, el mes pasado las vi zarandearse al son de un piano de manubrio colocado frente a la puerta de lo que antaño fue Club anarquista internacional.

Hablando de los anarquistas españoles ha dicho El Diluvio:

«Las luchas enconadas entre los hombres que aspiran a constituir la sociedad futura, las bajas pasiones que imperan entre los elementos intelectuales del anarquismo español, constituyen una demostración palmaria de que no son ni más inteligentes ni más puros los que pretenden transformar las condiciones de nuestra existencia. Hombres al fin, con todos los defectos a los hombres inherentes, españoles aunque no quieran, y, por tanto, contagiados del virus maligno que corroe las entrañas de la sociedad española, como hombres defectuosos y como españoles apasionados tal espectáculo vienen dando, de tal monta son las acusaciones que mutuamente se dirigen y tales las resoluciones que adoptan, que realmente nos hallamos ante un caso de quiebra, de quiebra del anarquismo español.»

O la bancarrota del anarquismo, como dijo Clariá en un concienzudo artículo, del cual son estos párrafos:

«Es verdad que se lee mucho, que se publican buen número de folletos, que padecemos una verdadera logorrea de escritores, arrivistas que se atreven con todo; pero la acción revolucionaria, netamente anarquista, no se ve ni por asomo en los actos de los libertarios de este país de inquisidores.

«Lo de la huelga general ya pasó. No fue más que un tópico de que se sirvieron nuestros oradores para final de los discursos.

«Aquellos grupos revolucionarios en que un día se templaban los anarquistas y se encauzaban y protegían las iniciativas y los compañeros que a ellas se lanzaban, han pasado a la historia. Nadie se acuerda, ni quiere, de vivir prevenido, de solidarizarse con los que tienen afán de luchar, con los que piensan en el mañana, con los que quieren hacer factible aquella revolución social que ha quedado relegada como indispensable final de nuestras cartas particulares.»

Todo esto -y algo más- puede y debe aplicarse al anarquismo español en Londres. La raza española ha probado que en Londres es lo mismo que en todas partes. El cansancio a la larga, el primer oasis conseguido con las primeras libras esterlinas, los pujos de una vanidad tan morbosa como ridícula, que todo lo divide y prostituye, y otras cosas... otras cosas... tantas cosas más que debo callar por ahora, dieron al traste con el partido anarquista español de Londres, como están acabando con los partidos que militan en España, como acabarán con la misma España inclusive si la poesía se extingue de su corazón, lleno ya de egoísmos personales...

-Esas gentes de Londres no existen -díjome, al despedirme en la estación de Saint-Lazare, un revolucionario, descompuesto el semblante y crispados los puños.

Se equivoca. Sí existen esas gentes. Sólo que están gordas. ¡Ah, sí, están gorditas!... Y un gordo no puede ser revolucionario.

Se les han juntado las mantecas porque comen carnero inglés con judías blancas, y el carnero inglés es un comestible antirrevolucionario.

Se les han juntado las mantecas porque duermen como lirones, y el sueño embota los impulsos revolucionarios.

Y ya no ejercen de tales revolucionarios porque les ha crecido la tripa, y un panzudo tiene la barriga llena de miedo. No fue Wellington quien venció a Napoleón, que lo venció la tripa que había echado.

Con algunas excepciones, que por sí solas no pueden nada, los anarquistas españoles refugiados en Londres constituyen hoy una ristra de barrigas repletas de carnero inglés con judías blancas, cuyas detonaciones nunca fueron de dinamita.

La labor revolucionaria allí se reduce, pues, a discursar hueramente, cuando no asnalmente, entre eructo y eructo burgués y entre otras flatulencias de mayor calibre explosivo.

La dinamite?

Oui... C'est de la cacade!...

La sombra de un Rey

Ce que nous voulons c'est vivre...

HEGOT.

Víctor Manuel -que personalmente es un macaco con un plumero- se fue. Ya era hora.

Los republicanos, que de una sola sentada engulleron:

4.000 bizcochos,

6.000 sandwiches,

1.800 panes de foie gras,

5.000 helados,

rociado todo por el champagne de 1.200 botellas, estaban muy amenazados de reventar, lo cual no hubiera sido desgracia para nadie.

Y los proletarios -que por el hecho de serlo resultan sospechosos- estaban en la cárcel.

De la estación de Lyon, en París, a la estación Saint-Lazare, en París, media un mundo: más de una hora en ómnibus. Esa distancia la franquean a pie todos los viernes centenares de italianos que, no encontrando pan en la monarquía de Víctor Manuel, van a buscarlo en New York, haciendo el viaje en la pesbrera de un transatlántico. Transidos y hediondos inspiran piedad y dan aseo al público burgués...

Ellos, los hombres, con cara de rencor contra los fatalismos de la suerte ciega. Ellas, las mujeres, con ampulosas faldas que despiden olores a flatulencias recónditas, a procreación malsana, a sangre coagulada entre muslos anémicos, a basura de desheredado... Los niños son mapas de mocos y babas. Todo ese mundo tiene impulsiones de odio; y de ese estercolero en supuración ha surgido -¡buen abono!- la gran República de América...

El viernes último casi todas esas gentes, hombres, mujeres y niños, fueron a la cárcel. ¿Por qué? ¡Porque el macaco con su plumero pasó por París!...

Se les detuvo el viaje, se les irrogó perjuicios infames, se inspiró miedo a mujeres preñadas que, por poco derecho que tengan, tienen tanto derecho como una vaca a parir en paz.

Entretanto, un republicano, M. de Selves, perorando en el Ayuntamiento, comparó a la reina Elena «con una diosa en la que se respira el poético perfume del Oriente eslavo», y Víctor Manuel, que en punto a los perfumes orientales de Elena a la hora de la verdad, tiene que saber mucho más que M. de Selves, sonrió...

Y es muy sensible que esa reina que ha parido y volverá a parir por donde paren todas las mujeres, no recordase en aquel instante las cochambrosas faldas de las italianas parturientas y detenidas arbitrariamente, alguna de las cuales puede expeler, como una bomba, un regicida en la levantisca América...

#### Trasero sagrado

Dígase lo que se quiera, la historia de España en los últimos veinticinco años ha sido representada en Europa por el trasero de la Otero. La historia de su nalgatorio, zarandeándose en molinete por toda Europa, es la historia de la actualidad española. El europeo recuerda que todavía existe España cuando sigue con la vista el nalgatorio de la Otero, aprisionado en gasas que reflejan los colores de nuestra bandera, y al aplaudir el nalgatorio, aplaude el símbolo de lo único hermoso que da el país. Todavía tenemos nalgas alegres, flexibles y ondulantes... ¡Todavía hay Patria!

Esa bailarina puede decir que se ha pasado por entre las piernas toda nuestra historia contemporánea. Ella es la única personalidad que ha arrancado espontáneos y sinceros vivas a España en el extranjero.

El pueblo francés no conoce nuestros políticos ni nuestros literatos; pero conoce a la Otero. No hay un solo periódico francés que escriba a derechas los apellidos de nuestros grandes hombres; pero todos los periódicos franceses saben escribir Otero. Y la Otero, aunque tirada por los suelos, resulta ser la más alta personalidad española en Europa.

Pienso en ello recordando la anunciada boda de nuestra ilustre compatriota, porque ella merece, mucho más que los Cánovas, una estatua, y yo, que no apruebo la proyectada conmemoración de la guerra de la Independencia -cuyas batallas no fueron ganadas por nosotros, sino por los ingleses-, aprobaría que se dignificase la boda de la Otero con una procesión cívica en Madrid, figurando en ella lo más granado de la villa y corte.

-Soy franca como buena española -ha dicho altivamente la Otero- y, encarnando el carácter nacional, ha estado admirable en sus primeras entrevistas con el novio.

Al señor René Wepp le dijo cuando fue a pedirle la suave mano:

-Puesto que usted, según dice, hace cuatro años que me ama por mi retrato, yo le aconsejaría que continuase amándome en fotografía. Cásese usted con mi retrato; de ese modo no tendrá usted historias ni arrepentimientos, mientras que casándose conmigo yo no garantizo nada, nada...

Y el señor Wepp -que no es un cabrito con toda la barba, sino un inglés reflexivo-, quedó encantado de tan hidalgo lenguaje.

La Otero es, por otra parte, la única personalidad española que ha practicado el anticlericalismo en el extranjero.

En una soirée que dio en Jueves Santo, alguien le dijo:

-Yo la suponía a usted católica a macha martillo. ¡Como envía usted tantos trajes a la Virgen del pueblo!...

Y la Otero, riendo:

-Hombre, tiene la mar de gracia. ¿Qué quiere usted que les haga yo a aquellos brutos, entre los cuales, al fin y al cabo, he de vivir? Después de todo, a mí me dan mucha lástima cuando pienso que me llenan de bendiciones porque les mando trapos de desechos de mis Juergas para vestir a la Virgen.

La Otero es un carácter, y como lo más visible del carácter de ella es su trasero de bailarina, debemos honrarlo en esta ocasión, honrando las glorias patrias...

Es un trasero sagrado, aunque ha escurrido la lujuria de todo el mundo en sábanas de encajes. Él inspira lo mismo que inspiraron los pies de Santa Teresa, «resplandecientes como nácar y olorosos a azamboas», cuando los devotos de la santa invitaban al público diciéndole:

-Lleguen, lleguen y huelan...

#### Todos Jesuitas

De la actual situación de España, el clero tiene toda la culpa; el clero católico, que capa pueblos como quien capa cerdos, para poderlos tratar impunemente a puntapiés. Ellos, los curas y acólitos de curas, que hicieron voto de castidad, no se capan, por supuesto. Allá en Rennes se paseaba en olor de santidad, que es uno de los más fétidos olores que conozco, un tal Louis Pellé, sacristán de la iglesia parroquial de Saint-Germain. A este varón, santo varón, según rezaban las gentes de aquel piojoso país de católicos fanáticos, le prendió la policía por ultrajes a la moral y atentados al pudor. «Los actos que se le imputan, advirtió el Journal, venía cometiéndolos de muchos años a esta parte, de modo constante, contra chicos aprendices.» Abrid las páginas de Guinaudeau y abriréis de par en par la Sodoma de los curas franceses y las sucias alcobas de las monjas francesas. El clero francés, como el clero español, puede impunemente hacer toda clase de infamias. Los Flaminios son irresponsables, y la autoridad, cada vez más avasalladora, del clero francés, se extiende a todos los reinos de la Naturaleza. No satisfecho con imponer la obligación de oír misa a los hombres y las mujeres, se la ha impuesto a los perros y las perras de los cazadores. La raza canina debe oír misa el día de Saint-Hubert; ¡y ay del cazador que no lleva el galgo a presenciar el santo sacrificio!...

Pero en Francia todavía se lucha; en Francia hay todavía gobiernos que se atreven a preparar proyectos contra el peligro del clericalismo. En España ya no hay más que gobiernos dedicados a preparar la mortaja del pobre pueblo.

Un amigo mío, después de haber residido largo tiempo en Brighton, quiso volver a ver la patria, el terruño, Burgos, y vino horrorizado.

-Como si fueran pocos los frailes que había en España, me dijo, ha llegado un refuerzo de quince mil, una remesa de Cuba y Filipinas -¡qué descansada habrá quedado Filipinas!- todo el detritus clerical que teníamos allí para colonizar... Y se tropieza usted con frailes en las calles, en los paseos, en todas partes; pegados como lapas a las rocas que rodean villas y pueblos, zumbando cual abejorros a las puertas de las iglesias, cantando el gori gori al difunto pueblo que perdió por ellos el imperio colonial y la dignidad y la vergüenza... Frailes descalzos, frailes con rosarios tamaños como cadenas de anclas, frailes con capuchones, frailes con sayales del mismo color que la panza de un burro, frailes sucios, andrajosos y piojosos, una peste bubónica de frailes; y bajo el cielo azul y el sol dorado, en el país de los azahares y limoneros, le echa a usted atrás un horrible vaho, un nauseabundo olor entremezclado de emanaciones de rapé, surgido de narices puercas de regüeldos de sopa boba, de pies inmundos, de toda la legendaria basura de nuestro imperio colonial. Me vuelvo a Inglaterra, al país donde no hay soldados, al país que, como ha dicho Lepelletier censurándolo, «desprecia al militarismo, odia al militarismo tanto como al papismo, y es la nación anticlerical por excelencia».

Las instituciones recomiendan, como panacea de todos los males, rezar el rosario; los gobiernos, que ni en sus madres creen, oyen diariamente misa; si vamos a la guerra, la

prensa la recomienda al Papa; si deseamos celebrar un armisticio, la prensa lo recomienda al Papa; si el Monserrat arribó a puerto de salvación, no fue hazaña del capitán, sino de la Virgen de Monserrat, de Madrid, a la que se pidió el milagro; rezamos por que nos dejen pegar; rezamos porque nos pegaron; nos fiamos de la Virgen, y a lo mejor tenemos que correr; nos entusiasmos con generales y marinos que oyen misa y rezan el rosario, para «resultar» despampanados en el mar y rindiendo sin combate inaccesibles fortalezas como Santiago de Cuba; los escritores como Blasco (el otro), se sirven de la Virgen como de Celestina, para colocar crónicas; los empresarios de teatros, como Ortega, se sujetan al Index de un obispo; los tenores, como Biel, se cuelgan escapularios para andar por la escena del mundo; los poetas, como Grilo, comen la sopa boba de los conventos; los toreros brindan los estoques a la iglesia; los republicanos más exaltados, ha dicho La Época, se acercan a la mesa eucarística; la prensa republicana publica el santo del día, el año cristiano y dónde se reza el rosario; y hasta las meretrices no se remangan las faldas sin hacer acto de contrición. Andamos día y noche a cuestras con el Santísimo, con la Virgen, con el Niño, con todos los santos de la corte celestial; salimos en procesión llevando en las cabezas capuchones como los que gastan los serenos cuando llueve, y en las manos cirios monumentales cuya derretida cera va chirriando «¡que mancho!... y cuando las autoridades nos recomendaron «rezar el rosario para salvar a la patria de las vicisitudes que atravesaba», pasamos los días repasando las cuentas del rosario.

Al extranjero me voy;  
mucho llevo que cantar,  
y al pecho el escapulario  
de mi virgen del Pilar.

Y con esta mala copla el tenor Biel se despidió del público madrileño. Si trae al extranjero buena voz, es seguro que triunfará el tenor Biel. Pero si viene fiado en la virgen del Pilar, como cante mal, va a tener que correr.

Para cantar óperas se necesita llevar al pecho el escapulario de una virgen de mampostería, únicas que va dejando el clero. Para ser poeta se necesita versar en una Comunidad, aunque sea la de Belén. De Grilo, por ejemplo, dice la prensa de Madrid:

«Enterada la benemérita del puesto de Las Ermitas de la visita del eximio vate, salió a su encuentro y acompañó el carruaje que conducía a los expedicionarios hasta las puertas del hermoso desierto de Belén.

«Toda la Comunidad salió a recibir a Grilo, que desde hacía años no visitaba dichos lugares, y allí donde la Naturaleza ha atesorado sus mejores dones, en aquel verdadero

templo de la poesía cristiana, donde se comprende y se admira en toda su esplendidez la grandeza de Dios, donde todo nos habla de Él y hasta los cipreses rígidos simulan dedos de una mano colosal que nos señalan el cielo, el narrador de nuestras verbenas, rompiendo el silencio profundo que imperaba en su alrededor, dijo, más bien cantó, sus estrofas inspiradísimas a Las Ermitas.

«En el refectorio fue servido el almuerzo a los visitantes, y por la tarde la Comunidad rezó preces extraordinarias por el poeta, celebrando su visita con alegres repiques de campanas.»

Para ejercer de periodista hay que ponerse bien con el clero. Del señor Álvarez, por ejemplo, dice un telegrama de Oviedo:

«Ha sido encarcelado el redactor de El Combate, señor Álvarez, causando esto gran extrañeza en la opinión por no haberse hecho público el motivo del arresto.

«Se dice que obedece a instigaciones del obispo, al cual se le llama defraudador en un artículo titulado «Reacción y revolución».

«Extraoficialmente se sabe que otra de las causas de la prisión es una gacetilla en que se llama a Polavieja asesino de Rizal.

«Parece ser que se trata de perseguir a ese periódico hasta obligarle a suspender la publicación.»

Ni siquiera dormir se puede en España, porque le despierta a usted el rosario de la Aurora.

«Olvidaba decir a usted -cuenta Sánchez Pérez- que a eso de las cuatro de la madrugada me despertó el vocerío de hombrones y mujeres que iban por la calle entonando con mucha seriedad el rosario de la Aurora.

«El espectáculo era nuevo para mí; había oído hablar de ello, pero no lo había visto nunca.

«Ha sido necesario que venga a un Sitio Real para conocerlo.

«Un vecino, a quien pregunté sobre este punto, me dijo:

-«Mire usted, señorito: aquí no se rezaba antes ese rosario; pero desde que estuvo aquí (hace pocas semanas) un padre misionero, lo dejó mandado. Por eso lo rezan. Por ahora solamente es los domingos; pero si quiere, ya lo rezaremos todos los días como es debido.»

De modo que si un padre misionero deja mandado que el vecindario se desayune con caca, el vecindario dejará limpias como patenas las alcantarillas del pueblo. ¡Y luego se extrañarán en Madrid de que una horda de salvajes, excitados por un cura, quisiera

merendarse a Blasco Ibáñez a los gritos de viva el Corazón de Jesús! A buen seguro que pase lo mismo al otro Blasco, porque anda de romería con la virgen del Pilar.

Somos un compuesto de curas con manteo y curas d chaqueta, de monjas con hábitos y monjas con las faldas arremangadas, de generales de jesuitas y jesuitas de ejército, y de periodistas clericales. La raza es de jesuitas de nacimiento, hechos con pus de fraile en monjiles ovarios y a la sombra de las sacristías.

El mapa de España es un manteo bajo el que bullen en descomposición toda clase de microbios. Por algo dije en El País, augurando la catástrofe de nuestro imperio colonial, que España se entregaría al cura, por la misma razón psicológica que tiene una buena moza que hizo su tiempo y su camino, para meterse a gazmoña.

\*\*\*

... Refiere Scholl que Brummell, caído en desgracia después de haber figurado en el mejor mundo de Londres, se obstinaba en creer, por una alucinación, que seguía siendo lo que había sido. Con la imaginación daba fiestas suntuosísimas... a las que asistía él solo; y al fulgor ficticio de las luminarias eléctricas y entre los rumorosos acordes de una música ilusoria, iba anunciando a los invitados... que no habían salido de sus casas, llegando en la obsesión al punto de dar el brazo a elegantes damas que no existían. Después, vuelto en sí, viendo de cerca el miserable estado en que se hallaba, caía en el raído sillón de su cuarto, rezando y sollozando...

¡Así nosotros!... Extinguidas ya las luminarias y las músicas de las soñadas victorias con que nos lisonjearon uno y otro día los que engordan voceándolas, y viendo de cerca el verdadero estado a que han reducido al pueblo español los judas y fariseos de la política, hemos oído ¡ay! de nuestra ficticia cumbre al abismo de nuestro real aniquilamiento, y no tenemos más desahogo que sollozar y ¡rezar!...

### Ladrones legales e ilegales

Un ladrón cayó en el garlito. Falto de recursos para comer bien, como comen los ladrones, y no pudiendo tragar el rancho de la cárcel, pidió auxilio a los compañeros de su partida. Se hizo una suscripción.

Se reunió una cantidad de dinero Para aliviar las necesidades del cautivo. Se dio a uno de los compañeros el encargo de entregar la suma la suma recaudada. Y el encargado, que adoraba una mujer, la cual era su vicio, dispuso de los francos para divertirse locamente con ella...

Los demás compañeros se reunieron en audiencia. El Presidente, un tal Rouget, consumado ladrón, interrogó al reo. El Fiscal, también ladrón, pidió la pena de muerte. El Jurado, todo de ladrones, le condenó. Otro ladrón, llamado Cocó, fue designado por la suerte para ejecutar la sentencia. Y el reo fue hallado en el camino de Passy, boca abajo, con la espalda atravesada por la hoja de un puñal.

La justicia, legalmente constituida, intervino en el asunto, y Rouget fue preso...

En esa vista a puerta cerrada del proceso de un ladrón juzgado por ladrones, el ceremonial y los elementos constitutivos del fallo son absolutamente iguales a los procesos en la sociedad legal. Hay un delincuente, un magistrado que acusa, otro magistrado que falla y un instrumento de la ley que ejecuta. La sentencia se inspiró en el instinto de conservación social y en el más alto espíritu de justicia. El robo verificado en detrimento de un compañero cautivo y menesteroso, cuya vida peligraba, fue estimado como asesinato a traición y a mansalva. El reo mereció morir. Murió...

-Pero... ¿quién dio a esos señores ladrones el derecho de constituirse en jueces de un semejante suyo?...

-Y a nosotros, los que no hemos robado todavía, ¿quién nos dio el derecho de legislar, acusar, fallar y ejecutar?

¡Pero nosotros estamos constituidos en sociedad!

¡Pero ellos también lo están!

-Pero nuestra sociedad no se ha constituido para robar.

-Pero con el robo pasa lo mismo que con la poligamia. El hombre civilizado no es legalmente polígamo. -Porque no le dejan: pero lo es de hecho. Cada familia es un serrallo de hipocresías. Nuestra sociedad no tiene por fin el robo, pero lo tiene como medio de existencia. Toda transacción es un robo. Una de las partes resulta siempre perjudicada; luego robada. Se roba hasta sin querer, sin darse cuenta, porque el dolo está en la naturaleza de todas las cosas...

-Pero los jueces del reo de Passy eran ladrones con arreglo al derecho escrito.

-Pero nosotros también somos ladrones con arreglo al derecho no escrito. La diferencia es ésta: ladrones ruidosos, van a la cárcel; ladrones silenciosos, andan sueltos.

-Es usted, señor Bonafoux, un anarquista.

-Y usted, señor mío, es un animal.

#### Explosión de un traductor

No voy a «profanar», como vulgarmente se dice, un cadáver; entre otras razones, porque el de Clarín no debe oler a azamboas, como el de Santa Teresa... No voy, pues, a juzgar ahora a Clarín. ¡Que le juzgue, de muerto, su Dios! ¡De vivo le juzgué, hace muchos años, en el folleto Yo y el plagiarío Clarín, que él mismo hizo bueno. Allí están su vida, su

decadencia, su postrimería. Leído a través de tanto tiempo, no resulta libelo, como se dijo cuando se publicó. Resulta profecía...

Entre sus enemigos fui el único que le atacó sin haber sido atacado por él; y en cien artículos de la Prensa española consignado está que de todas las polémicas de Clarín, la que tuvo conmigo cuando nadie había osado atacarle, fue la más ruda y también la que más le afectó... Esperaba yo apertrechado de documentos humanos, la segunda parte de esta polémica. «No hay caso -me dijeron Blasco Ibáñez y Rodrigo Soriano, cuando pasaron por París-, Clarín no se atreve a meterse de frente con usted. Si se mete alguna vez es de costado.»

Siempre fui enemigo de Clarín, como siempre fue Clarín enemigo mío. No me remuerde la conciencia de haberle dispensado el menor elogio, aunque solía él elogiarme en privado, como lo atestiguan cartas de Martínez Ruiz. Pero es falso que yo le odiase. Es cierto, en cambio, que sus cacareadas grandezas y su insoportable pedantismo me inspiraban el más profundo desprecio.

Metido a sepulturero honorario, Eusebio Blasco, ensalzador de todo el que se muere, con la esperanza de que la crítica le perdone a él sus muchos pecados cuando le llegue el próximo turno de estirar la pata, y capaz, por los cinco duros de un artículo, de escribir su propia necrología con la noticia de que sus amigos Loubet, Eduardo VII y Nicolás II se arrancan los pelos de dolor por su fallecimiento; elogiando a Clarín porque él, Blasco, «es cristiano», ha dicho que todos los enemigos de Clarín acabaron por ser amigos de él. No sé si el cristiano Blasco escribió eso en los horrores de la digestión de alguna de las succulentas comidas que se hace servir, como cristiano y para que las pague Jesucristo, del Casino de Madrid. Sí sé que en todo hay excepciones y que Blasco hace a todo el mundo el disparatado honor de confundirlo con él...

Fui enemigo de Clarín mientras vivió. Soy enemigo de Clarín después de muerto. González Serrano, tal vez ganoso de imposibles conciliaciones, dijo, en reciente tomo de semblanzas, que yo, «a pesar de mis pasiones africanas», contribuí a un banquete que el Progreso de Alejandro Lerroux dio en honor de Clarín.

Fue una broma mía, quizá de mal género. Prueba de que fue broma a lo Karl con Quesnay de Beaupaire, es que al día siguiente del banquete publiqué en el Progreso, entre otras cosas que no quiero recordar, porque ahora se las tacharía de crueles, que yo no había tenido inconveniente, como redactor del Progreso, en contribuir con unas pesetas al banquete, pero que seguía pensando del anfitrión lo que pensaba antes. Y Lerroux me escribió con fecha 21 de noviembre de 1897:

«Momentos antes de reunirnos anoche para ir al restaurant donde comimos con Clarín, se recibió la deliciosa Crónica de usted, que leí -como hago siempre- a los compañeros».

«El banquete resultó muy agradable por todos conceptos. Tomamos y cumplimos las indicaciones de usted, tan al pie de la letra, que a la izquierda de Alas quedó el hueco -silla, plato y copa- que a usted le correspondía».

«Tuvimos, con esto, un buen rato intrigado a Clarín, que quedó muy sorprendido cuando supo que su espíritu de usted, ya que no su periespíritu, asistía al banquete y no pareció desagradarle la cosa. Dijo que hacía mucho tiempo que él había olvidado todo agravio con usted.»

«No publiqué ayer la crónica (es decir, hoy) porque me pareció que no haría buen juego por un lado la reseña del banquete y por otro el latigazo que usted le propina a Clarín.»

«Se equivoca nuestro ilustrado colega el Mundo Latino al suponer que Clarín y yo nos reconciliamos literariamente en aquel acto, según dice la citada revista en el siguiente párrafo de su necrología de Clarín:

«Los que esto escribimos tuvimos el honor de sentarnos al lado del maestro en una memorable ocasión en la que la redacción de un periódico radical, El Progreso, daba un banquete en honor de Clarín.

«Bonafoux, nuestro compañero entonces como corresponsal de París, se adhirió por telégrafo, rogando que se le colocara un cubierto en la mesa y se le contaran los tres duros.

«Cuando se leyó el telegrama, Clarín se afectó, demostrando una alegría tan infantil, que sirvió él mismo la copa destinada a Bonafoux, en cuyo honor pronunció después un caluroso brindis.

«Desde aquel día quedaron reconciliados literariamente los dos temperamentos más opuestos y mordaces de la crítica española.»

No, yo no me he reconciliado nunca con los enemigos. ¡Ni siquiera conmigo mismo!...

Fui enemigo de Clarín, y lo soy de su memoria, porque, como ha dicho Eusebio Blasco, «Clarín fue un tirano», y yo odio de muerte todas las tiranías, aunque no se ejerzan contra mí, como no se ejerció la de Clarín.

Cánovas en política y Clarín en literatura eran dos almas gemelas, la conjunción de dos vanidades monstruosas, dos tiranos de un mismo cuadro de la historia española contemporánea: uno en Montjuich: otro en Oviedo. Me alegré cuando mataron a Cánovas. Si Clarín no hubiera dejado mujer e hijos -por cuya familia haría yo cuanto pudiera-me alegraría en absoluto de su muerte. Y España debió alegrarse del homicidio de Cánovas y debe alegrarse del fallecimiento de Clarín, porque el dómine Cánovas en política y el dómine Clarín en literatura simbolizaban una regresión histórica.

Investigando las causas de la postración de España encontramos el olé y la guitarra de Romero, la férula de Cánovas, que fue una guitarra política, y la palmeta de Clarín, que fue una guitarra literaria. Cánovas tenía un Clarín en el cuerpo, Clarín tenía un Cánovas en el cuerpo; y ambos, con el olé y la guitarra, fueron los tristes jaleadores de la patria.

A pesar de todos sus desaciertos políticos, Cánovas, aguantado por el pueblo, que debió arrastrarle de la cola del duque de Sexto, siguió dando palos de bisco hasta que un

extranjero heroico le hizo papilla los malévolos sesos. A pesar de todas sus derrotas literarias, Clarín, aguantado por la Prensa, que debió echarle a su cátedra, siguió dando palmetazos de dómine hasta que la vanidad, saliéndose de madre, se le subió a la garganta y le produjo una disnea.

Todo Cavite y todo Santiago, todos los pateados por Cánovas, todos los vencidos por los yanquis, a quienes se ha elogiado «¡porque convidaban!», echaron a vuelo los más vulgares ditirambos en honor del estadista. Y esa misma ralea de degenerados y degradados y envilecidos y cobardes, ralea de ilotas, idiotas y lacayos, pisoteada por Clarín, toca el bombo en honor del literato. Todavía les temen. Como al malvado doctor Francia después de muerto y putrefacto, nadie se atreve a enterrarles, y mentidamente les lloran, como las lloronas que aún se alquilan en algunos pueblos...

Fui yo el primero -no digo el único, porque tuve el honor de que me acompañase más tarde don Francisco Pi-, en celebrar, y en el Heraldo de Madrid, la muerte de Cánovas. Quiero ser también el primero en celebrar la muerte de Clarín.

El tiempo ha venido a probar que ninguno de los que adularon el cadáver de Cánovas creía en los ditirambos que prodigó al estadista. El tiempo vendrá a probar que ninguno de los que ahora adulan el cadáver de Clarín -acaso temiendo que todavía se levante del sepulcro a dar la lata de un Palique-, ninguno de los que exclaman con resignación de eunuco: «me pegó: soy una de sus víctimas, pero reconozco que era un genio», ninguno, absolutamente ninguno cree una sola palabra de lo que dice en honor de un escritor mediocre y egoísta, que no tenía nada de Quijote y lo tenía todo de Sancho Panza; que jamás defendió ninguna causa justa, ningún infortunio, ninguna víctima, y que ha muerto, como reaccionario y místico y monárquico «con princesa de Asturias», atacando lo único noble y generoso, porque hasta ahora es sueño, que existe: el anarquismo.

Ha muerto peor, en todos sentidos, que Cánovas, a quien se creía superior Clarín; y la prueba de que Cánovas valía inmensamente más que Clarín, que no pasó de ser en las letras la caricatura de él en política, es que Cánovas murió herido en la cabeza por el brazo vengador de un Angiolillo, y Clarín ha muerto herido en el intestino por la explosión de un tubérculo gramático «acelerado su fin, dice un telegrama del Heraldo de Madrid, por exceso de trabajo que se impuso para hacer la traducción de la obra Travail»; que de viejo, y de regreso del J'Accuse, con todos los horrores de la campaña Dreyfus, concibió y escribió Zola, después de Fécondité, sin hacer explosión por el trasero...

#### Una decepción más

Si algún escritor puede jactarse de haber defendido a Luna Novicio, ese soy yo. En la adversidad, en días muy aciagos para el señor Luna Novicio, cuando toda la prensa parisiense zahería al hombre y negaba al pintor, y cuando la prensa española le defendía tímidamente, yo, a pesar de lo que vinieron a decirme a mi casa de la rue Godot de Mauroy los parientes del señor Luna Novicio, a pesar de las declaraciones que me hizo al señor Regidor Jurado, a pesar de la prensa parisiense, defendí al señor Luna Novicio, no en una crónica ni en un artículo, sino en un alegato de abogado y de escritor, que publicó El

Liberal y que reproduje en el libro Huellas literarias, a petición de muchos amigos míos, según los cuales, mi defensa influyó en la absolución del Jurado.

Más tarde, cuando se dijo que el señor Luna Novicio era uno de los instigadores de la rebelión filipina -no contra España, sino contra sus Gobiernos y sus frailes-; cuando nadie, absolutamente nadie le defendía en la prensa de Madrid, y cuando varios periódicos demandaban que se descolgasen sus cuadros y se le colgase a él, yo pedí permiso a mi amigo Lerroux para escribir en El País lo siguiente:

«... El pueblo español eres tú, Juan de las Batuecas, que apareces responsable de todas las atrocidades y de todos los crímenes de lesa civilización que te cuelgan en discursos que no pronunciaste y en artículos que no escribiste, como la atrocidad -digna del bajo imperio de Calígula, en que, perdido el sentido moral y convertida la patria en juguete de monstruosas pasiones, se perseguía y se condenaba el gesto-, de pedir se descuelgue del Senado un cuadro de Luna, para castigar en el pintor la rebelión del hombre.

Mañana sabría yo que Cervantes había sido ladrón, rufián Molière y asesino Shakespeare, ¿y qué? -preguntaba Richepin-. Ni la admiración ni el amor que me inspiran como artistas perderían un solo átomo.

Yo digo más: entre colgar por insurrecto a Luna, autor del Spoliarium, o colgar a un mentecato que se crea patriota, y que sea en realidad un mentecato, ¡cuelgo al patriota! Hermoso es el reino de la patria. Pero pienso con Renán que primero que el reino de la patria es el reino del deber y de la razón...»

Llovieron insultos sobre mí; y varios periódicos ¿a qué nombrarlos? me llamaron separatista y protestaron de que la prensa española publicase artículos míos.

Ni entonces ni antes conocía yo al señor Luna Novicio. Jamás se cruzó entre nosotros una sola palabra ni una sola línea. Una tarde, después de ser absuelto el señor Luna Novicio, me le enseñó alguien en el bulevar de los Italianos. Parecía muy triste, todo de luto vestido, con un niño de la mano. Me quité el sombrero y seguí en silencio mi camino.

No volví a ver al señor Luna Novicio. No volví a saber de él más que para ampararle en la desgracia. Y ahora, cuando yo le suponía combatiendo al lado de sus hermanos en la justa batalla contra la frailocracia, o al menos retirado a un peñasco donde hubiese puesto su estudio de pintor, he aquí que le veo en Madrid, exhibido en un banquete, mientras van cayendo allá abajo sus compatriotas y correligionarios.

¡Ah, señor Luna Novicio, señor Luna Novicio! ¡Cuán triste y sensible para mí es que usted se proponga dar la razón a los que quisieron ahorcarle!...

Vayan ustedes a paseo

«... A pesar de esto, si usted cree que debemos seguir publicando esos artículos en que está retratado Zorrilla, de mano maestra, continúe enviándolos.»

¡Si hubiera muchos Pérez así en España!... Desgraciadamente lo que sobra son los otros Pérez. Este Pérez, nuestro gran Dionisio, hace en Vida Nueva lo que yo hacía en La Campaña, lo que debe hacer un director verdaderamente liberal, publicarlo todo, sin leerlo, como yo publicaba, sin enterarme del contenido, los artículos que venían con firmas autorizadas, las de los Nakens, Lerroux, Rosario de Acuña, Dorado, González Serrano, Mella, etc. Despuntarlos, o modificarlos, hubiera sido desacato. ¡Figúrese el lector qué no me parecería retocar los diálogos de un Zorrilla con un Betances; -con un Betances que ya no existe-, con un Betances, que era más inteligente, más ilustrado más probo y más decente que la inmensa mayoría de los enemigos que tuvo en Madrid, entre los cuales no había pocos asnos que le cocearon injurias y calumnias, cuando lo que convenía a la causa española era atraerse la voluntad de aquel hombre, que no era enemigo de España, sino de sus gobiernos, y que tanto y tan bien ganado prestigio tenía en el ánimo de la revolución antillana!

¡Burros gigantescos, oíd lo que acabo de escribir a La Época!

«Murió Betances dejando -sin contar varias obras y folletos- setenta y cuatro cuadernos escritos de su letra, que era microscópica. Me los ofreció quien podía, los leí y seleccioné en Bretaña, aprovechando las raras ocasiones de vagar que me dejó el proceso Dreyfus, y con la médula de esos cuadernos reconstruí tal cual fue la triste e ingrata vida de Betances... Cuando yo dé el nombre de la persona que tenía dichos documentos, se comprenderá que Betances no creyó que pudieran publicarse... Eran sus carnets, sus libros de memorias, sus notas íntimas, las sensaciones de su alma de psicólogo. Todo ello constituye una página de la historia contemporánea de España, página vivida y sentida que debe publicarse a lo que entiendo; y porque así lo creo, he resuelto publicarlo todo, hasta sus equivocados juicios que respeto sobre mi carácter «peligroso y vindicativo», según escribió él cuando no me conocía.

Uno de los carnet se compone de diálogos con Ruiz Zorrilla; carnet revuelto, como revuelto era el carácter de don Manuel. El revolucionario antillano y el médico se confunden en el carnet, que es una preciosidad de fondo. De regreso a su despacho, Betances, incansable trabajador, anotaba una observación política de Ruiz Zorrilla y a continuación una receta del médico al enfermo. Las observaciones no pueden separarse de la recetas. Son como alma y cuerpo.

Si usted duda -y en casos como éste no me ofendería la duda-, de la completa y absoluta exactitud de los diálogos publicados por Vida Nueva, gustoso enviaré a usted el comprobante, o lo enseñaré a quien usted quiera.

Todo es de Betances en esos diálogos; de Betances, que habla allí como psicólogo y médico, no en verdad como pornógrafo, que nunca lo fue.

No faltará quién arguya que pude «suavizar asperezas» y «suprimir palabras mal sonantes.» ¡No! Tales cortapisas jamás entraron en mi temperamento. No tengo alma de censor de imprenta. Además, yo no soy más que periodista, periodista que ni ha sido ni es nada, que no aspira a nada, que nunca será más que periodista, en quien fuera desacato el

enmendar la plana al jefe de la revolución española y al jefe de la revolución antillana en París; y aunque así no fuera, y por muchos que fuesen mis títulos, no sería yo, como liberal, como respetuoso con la libertad del pensamiento, capaz de alterar el texto de un manuscrito ajeno.»

\*\*\*

En las precedentes líneas puede hallar mi amigo Alejandro Miquis contestación a su «Viernes» de El País. También a este escritor, que es muy de mi agrado, y al que debo singulares deferencias, pareció mal que yo publicara el diagnóstico de Betances sobre cierta enfermedad de Ruiz Zorrilla, enfermedad que, por no herir las castas orejas de esa pulquérrima villa, donde es desconocido el mal que trajo Colón de América, según Voltaire, llamaremos silvelitis; y dice Alejandro Miquis, incurriendo en el defecto que censura.

«Cuando Bonafoux tuvo, porque la tuvo, la enfermedad de que el doctor cubano curó al repúblico...» Aparte el «porque la tuvo», que es un razonamiento muy vasco, y que equivale a decir: «cuando Alejandro Miquis se robó, porque se robó, un copón consagrado», es decir, que lo robó porque sí, porque a mí me da la real gana de decirlo; aparte eso, yo no sé por qué conducto Miquis, que no es médico, y a quien no recuerdo haber consultado -como Zorrilla consultó a Betances-, se enteró de que yo tuve unas silvelitis en la Puerta del Sol. Yo no se las pegué, que recuerde. No es cierto, amigo Miquis, que yo tuviera unas silvelitis, porque tuve catorce, y lo extraño es que no espichara en esa higiénica corte de garabaillo.

\*\*\*

... Yo esperaba que un escritor tan revolucionario como Alejandro Miquis, redactor de un periódico tan republicano como El País -a quien tantos afectos dispensa Zorrilla en los referidos diálogos- aprovecharía la publicidad de éstos para recordar las grandes cualidades de carácter que Zorrilla revela en las notas de Betances; para llorar con Zorrilla sus innmerecidas amarguras, sus tremendas decepciones, la ingratitud y mala fe de amigos y correligionarios del proscripto; para enseñarle, como una bandera de guerra, a esa juventud de pacíficos caquécicos, como un gran ejemplo para toda España, como un gran ejemplo que seguir en la adversa fortuna...

Pero no. Hasta Alejandro Miquis, que suele pensar alto, ha hecho caso omiso del alma de los diálogos para agarrarse de una cosa nimia, accidental: para agarrarse de un faldón, como si también Miquis quisiera tapar con ese faldón las verdades -algunas muy comprometedoras- que entrañan los diálogos sucesivos, verdades que saldrán a luz, no en Vida Nueva -porque no quiero contribuir a matar este periódico, que buena falta hace a la cultura intelectual y a la fuerza viril de España-, sino en el libro que tengo escrito con el título Betances.

\*\*\*

La inesperada censura de un escritor como Alejandro Miquis, en un periódico como El País, tiene un gran aspecto psicológico, y prueba cuánta razón tuve al decir en El Globo que Madrid, por lo tapado, parece una villa de tapadillo, y con cuánta razón el verdaderamente malogrado Luis Royo -de cuyo adiós no he dicho nada, porque no creo que debe añadirse una sola línea a la necrología que hizo Cavia- dijo que España es un país de tapujos y tapones.

El temperamento de censor va ganando terreno. En tiempos de D. Amadeo no se castigó las caricaturas que representaron al monarca en cama, teniendo en la mesilla de noche unas cajas de copaiba, entre otros menjerges más peligrosos de señalar... Y hoy la censura tan metida en la masa de la sangre, que no ya jueces monárquicos, sino periodistas revolucionarios, creen que es pecado el decir que un hombre tuvo unas silvelitis. ¡Ni que fuera un atentado de lesa majestad!

¿Cómo se va a hacer historia en el país de Puerta Cerrada, en la capital del cerrojo?... Cuando Salmerón dijo lo que dijo de Cuba en el Congreso, yo quise publicar una grave carta que Salmerón escribió, anteriormente, a Betances. ¡Imposible! Ni monárquicos, ni republicanos, ni liberales, ni sacristanes, ningún periódico quiso confrontar al Salmerón de las Cortes con el Salmerón de Betances. Y, sin embargo, en esa carta, que publicaré, no sale ningún faldón de la colada.

Cosas más graves y delicadas que esa que, con gran alboroto de la casta y sana villa, se ha contado de Zorrilla, refirió Le Temps -¡nada menos que Le Temps!- sobre la vida íntima de Napoleón I, lo que no impide que éste siga siendo el César del siglo XIX, como Zorrilla es el Napoleón de la República española, a pesar de las silvelitis, o por las mismas silvelitis.

Pero, se me dirá, eso está bien en Francia; «aquí no se puede.» Pues ¡vayan ustedes a paseo! y no se quejen de que los gobiernos erijan en leyes los atropellos que tienen en la sangre ustedes mismos; -¡oh liberales de Pega! ¡oh republicanos de opereta! ¡oh revolucionarios con el segundo apellido de don Vicente Lafuente y!...

#### Absolución ejemplar

Para los que siguen atentamente el movimiento intelectual del Sur americano, no tiene nada de extraordinaria la noticia, llegada de Montevideo y comentada con espanto por parte de la prensa europea, de que Arredondo, matador del presidente, ha sido absuelto por los tribunales de justicia.

Creen, o aparentan creer algunos periódicos, que semejante fallo implica un «desorden de cosas» y «el triunfo de la anarquía», y no hay tal.

Dicho está que en parte alguna de Europa, excepción hecha de Inglaterra, tienen socialistas y anarquistas la libertad de que gozan en el Suramericano. La anarquía se respira allí en la atmósfera, y hasta los presidentes más despóticos han contribuido, sin querer, a fomentarla, con el hecho de permitir que todo el mundo pueda llamarse título, y general -

sobre todo, general-, y cantar misa, aunque no sea tonsurado. Pero el caso de ahora, la absolución de Arredondo, no implica un desorden de cosas, sino un orden de lógica.

La República estaba harta de su presidente -han dicho los jueces-. Le odiaba el pueblo, por tirano y simoniaco. Lo voceaba la prensa, y al vocearlo, excitaba a la venganza. Se decía privadamente que el primer magistrado de la República era un azote del país, y que de su salida del poder dependía la salud pública. Era como una sentencia de muerte. Y como el presidente no tenía pensamiento de salir del poder, Arredondo le hizo salir para el cementerio...

Y los jueces añaden:

Arredondo fue el intérprete de la voluntad popular, el brazo de la indignada República, el instrumento de todas las aspiraciones. No mató él. Mató el país. Debíamos absolverle.

Y le absolvieron, entre frenéticos aplausos.

¡Qué atrocidad! exclama la hipocresía de la prensa al uso, de los periodistas prehistóricos, que de dolor se arrancan los pelos cuando se quita de en medio a un mal gobernante, cuya gestión anatematizaron ellos mismos como la más horrible de las calamidades públicas.

¡Qué justicia, y qué lógica, hermanos míos!... Malo es matar, pero peor es no castigar a un conculcador de todas las leyes de un país y dilapidador de la riqueza pública. Si el derecho de aplicar la pena de muerte debe conservarse explícitamente en el Código, porque es ejemplar, según esos mismos periodistas, por la misma razón debe conservarse tácitamente en el Arredondo que se hace intérprete del fallo de una nación, expresado en periódicos, en folletos, en discursos, en la vía pública y en el hogar de todos los defraudados por la tiranía y el pillaje gubernativo.

El fallo del tribunal, que absolvió a Arredondo, hará por la moralidad pública mucho más que todos los matadores de reyes y presidentes que no cumplían sus deberes constitucionales. Lo importante no era matar, sino absolver al matador, porque los malos gobernantes no se reproducirán con tanta frecuencia desde que cualquier ciudadano tenga la seguridad de ser absuelto del servicio de suprimirlos...

Barcelona

Cuándo por una razón, cuándo por otra, Barcelona es en Europa un luminoso anuncio de la situación de España y una trágica aparición en la Prensa europea. De Barcelona debe decirse que es una ciudad aparte en España, porque ninguna otra ciudad española preocupa la atención europea.

Periódicamente París se pregunta:

-¿Qué pasa en Barcelona?...

Los periódicos parisienses publican telegramas noticieros con nota relativa a que la censura, muy rigurosa en Barcelona, no dejó expresar más. Transcurre algún tiempo en el más completo silencio. Luego vienen otros telegramas con la nueva de que «se han orillado las dificultades, recobrando los espíritus la calma perdida».

Y no se sabe más de las dificultades, ni de cómo fueron orilladas, hasta que otra perturbación viene a demostrar que los espíritus no habían recobrado la calma perdida y que las dificultades no se habían orillado...

¿Por qué? Porque la situación de Barcelona, hasta ahora tratada por procedimientos indolentes y rutinarios exige una medicación activa, radical y definitiva. La enfermedad de Barcelona es demasiado compleja y honda para diagnosticada en consulta de galenos vulgares, y nuestros Gobiernos no sólo no son sabios en el arte de curar pueblos enfermos, sino que tienen muy demostrado ante el mundo que son unos perfectos imbéciles, unos ignorantes crasos y unos cobardes sin rival.

No es revolucionario, ni catalán, sino monárquico, madrileño, militarista y patriota el periódico que dijo, censurando la falta de aptitud de nuestros gobernantes, que así no podemos seguir. (Me refiero a La Correspondencia Militar).

Quiere decir, pues, que Madrid comprende que así no se puede seguir; pero exige a Barcelona, que por todos conceptos vale inmensamente más que Madrid, que siga así.

Discurriendo sobre esto, en carta de la villa y corte, un amigo mío me dice:

«La podredumbre es fuente de vida. Nosotros aquí estamos pudriendo. Hay, pues, que esperar.»

Aceptemos, si se quiere, la teoría de la charogne. Pero... ¿hasta cuándo van a estar pudriendo en Madrid?... Todo tiene un límite. Las boñigas también lo tienen.

La Habana, que actualmente está mucho más civilizada que Madrid, para convencerse de lo cual basta comparar la Prensa habanera con la Prensa madrileña, también estuvo esperando que pudriesen en Madrid y, al fin, se cansó de esperar, sentada, las reformas que se le debían...

Por otra parte, ¿cómo puede dar reformas quien no las puede aplicar a sí mismo? ¿Ni cómo las ha de aplicar quien vive en un círculo vicioso de politicastros y garrapateadores de periódicos incoloros, anodinos, vulgares y latosos, cuando no vendidos por unas cuantas pesetejas? Forman los unos y los otros una gavilla de insignificantes, aunque ellos mismos se gradúan de grandes en la rosca del bombo mutuo, y de puercos que se tapan colectiva e individualmente los faldones, salpicados de toda clase de palominos.

Esa gentuza -parte de la cual ha cometido delitos merecedores de presidio-, como practica la teoría del pan comido entre todos, ejerce un boycott contra todo español que «despunta» y se resiste «a entrar por el aro», como dicen los boycotteadores en su

achulapada jerga de presidiarios sueltos. Se le aplica la máquina neumática, se le hace el vacío, y el excomulgado por el cónclave de los que están pudriendo y viven de comer caca a puñados, se va extinguiendo en el silencio que formaron alrededor de él gentes que las echan de liberales aunque en el fondo son frailes, si no lo son también de ascendencia.

Y si el español excomulgado consigue, contra viento y marea, salir adelante, entonces se le aplica el calificativo de chiflado. Utopista, visionario y chiflado llamaba Madrid a Pi y Margall, aunque él y Prim fueron los únicos estadistas españoles del siglo XIX. Costa es, a juicio de Madrid otro chiflado. Chiflados Calderón, Nakens y otros periodistas meritísimos por inteligencia y carácter.

Lleva razón La Correspondencia Militar: así no se puede seguir; pero no basta decirlo sino que hay que probarlo ¡andando!... a la política y a la Prensa del país hay que limpiarla de la morralla que se ha entronizado en la metrópoli. El enemigo es más terrible que parece, porque vive agazapado en las carteras de políticos que se llaman liberales, siendo fariseos, y en las Redacciones de periódicos que se titulan liberales y que por traidores a la libertad merecen ser arrasados...

Mientras se prolonga indefinidamente ese estado de putrefacción, tan anómalo como peligroso, no se sabe el daño que causa a la situación general del país en el extranjero, cuya desconfianza en los negocios aumenta en razón directa de la perturbación latente.

Y Barcelona, que es la capital española que tiene más simpatías de europeos y americanos latinos o hispanos, deja de recibir no pocas familias extranjeras que no se arriesgan a establecerse en una población que quieren mucho, pero a la cual temen mucho más.

-No nos importa -dicen ellas- que los atentados dinamiteros y otras manifestaciones de odio sean obra de estos o los otros partidos. Lo que nos importa es que allí se vive con el alma en un hilo y se carece en absoluto de seguridad individual.

La situación de Barcelona es el único problema español que preocupa a Europa, como lo prueban los artículos que el Temps, L'Européen y otros periódicos y revistas dedican al estudio del catalanismo, acertadamente juzgado por Marcel Lenglet, y crean los lectores de El Diluvio que a París le tienen sin cuidado noticias y telegramas de Madrid. Para reír de las Cosas de España en las terrazas de los bulevares, apurando aperitivos, esas bufas noticias -je, je...- pueden pasar...

#### Bombas-reclamos

Cuenta el buen Lamartine que en los días más crueles del Terror los conductores de las carretas cargadas de cabezas, para desayuno de la guillotina, solían coger al paso algunos transeúntes pacíficos para llenar vacíos cuando faltaba gente en las carretas.

Ningún vecino se asombraba de ello. El vecindario decía:

-Cogieron al tío Paco cuando iba a comprar pan y le llevaron a la guillotina.

-La criada salió esta mañana a buscar la leche y no ha vuelto. Probablemente le han cortado la cabeza.

Y todo el mundo continuaba en sus quehaceres, con la sola precaución de no salir de madrugada por no tropezar con la carreta.

Mucho han cambiado, desde entonces, los tiempos. Cuando Ravachol empezó a tirar bombas -que, por cierto, no mataron ni un mosquito-, París dio diente con diente, y más tarde los magistrados que le juzgaron, con las canillas temblorosas, dijéronle finamente:

-Tenga usted, señor Ravachol, la bondad de sentarse. Si no está usted a gusto en el banquillo, haremos que le traigan una mecedora.

Poco a poco las bombas fueron desacreditándose. Exceptuando la que derrumbó el restaurant Very -llevándose por delante al patrono del establecimiento donde fue aprehendido Ravachol- y la que dejó medio tuerto, por ironía de la suerte, al escritor Laurent Tailhade, a la sazón de hallarse saboreando un ragoût en el restaurant Foyot, las bombas no hacían blanco o mataban algún gato transeúnte.

Desde entonces las bombas constituyen una diversión en París, y cuando por casualidad sale alguna la aprovechan los guasones para reírse de sus enemigos, colocándoles bombas de mentirijillas. Son latas, verdaderas latas, algunas con cordilla, algunas otras con excrementos, que intrigan grandemente al vecindario.

El agraciado descubre con terror la bomba, corre a casa del comisario del barrio a darle parte del hallazgo, acude presuroso el comisario con unos guardias, observan la lata sin moverla de su sitio, la huelen a distancia, salen de estampía para el Laboratorio municipal y de allí vuelven en compañía de dos empleados que, con mil precauciones, cargan con el proyectil, el cual, sometido a maduro examen por el director del Laboratorio, resulta algo apestoso.

-Henos aquí, señores -advierde el director-, en presencia de unas cagarrutas de chivo. Con olerlas basta. Y todos pasan el rato...

En Rusia los ratos de esa índole son amargos de veras; pero a nadie cogen de susto, porque se echan bombas a las autoridades como cañamones a los pájaros. La bomba ha llegado a ser allí una costumbre nacional.

Y en Constantinopla la aparición de la primera bomba ha dado movimiento y vida a la ciudad, que, envuelta en esos sudarios que se llaman albarnoces, parecía muerta. El sultán, que, a juicio de todos sus biógrafos, estaba medio cadáver de aprensión de que se atentase a su preciosa existencia, no atreviéndose ni a asomar su nariz de cotorra al balcón de miedo de que se la enderezasen de un tiro, ahora, pasado el primer susto, está hecho un valiente, escupiendo por el colmillo, y la población de eunucos le llama Habdul Hamid el bravo.

Yo creía, dice él, que una bomba era otra cosa. Más es el ruido que las nueces.

-¡Viva Habdul Hamid el bravo!... -gritan los eunucos poniéndose en cuatro patas.

La bomba, bajando de sus alturas terroríficas, se ha convertido en reclamo de soberanos de chicha y nabo y en pretexto para encarcelar y torturar inocentes. Si por casualidad hiere a quien iba destinada, la Prensa ensalza a la víctima, aunque sea Habdul Hamid; y si, como generalmente ocurre, la bomba no sirve ni para limpiarle los mocos, la Prensa ensalza con más brío a la víctima, y el bombardeado por la bomba y bombeado por la Prensa aprovecha una ocasión más de darse tono.

La bomba no es, pues, para odiada, sino para agradecida...

Los únicos que no tienen nada que agradecerle son los «tildados» de revolucionarios, como los actualmente presos y torturados en las mazmorras de Constantinopla. El complot, que generalmente no es de los revolucionarios, sino de los policías, se tramita a conciencia. El juez instructor con un parti pris que no siempre es desinteresado, acude a todos los procedimientos inquisitoriales para hacer que los inocentes se declaren culpables; los periódicos del país, cuáles por miedo, y cuáles otros porque cobran del Poder, empiezan voceando lo del atentado y cuando éste se convierte en humo por la fuerza de las cosas, se guardan la noticia, dejando al público bajo la impresión de que fue un horror la explosión de la bomba, que era un mal petardo, y de que el Habdul Hamid amenazado se condujo como un bravo; y algunos rotativos extranjeros, en combinación con la policía y la Prensa del país del soberano, jalean lo del atentado, haciendo atmósfera por unos cuantos billetes.

Y el soberano se consolida. ¡Cuántas testas coronadas, pero sin seso, deben su reputación a las cagarrutas de chivo!...

#### Becerrada fiscal

Un hombre tiene el más perfecto derecho a llamarse Becerra. Llamarse Toro, a más de Becerra, pudiera parecer excesivo; pero tampoco cabe negarle el más perfecto derecho a llamarse Becerra Toro, o Toro Becerra.

Para lo que no tiene derecho un hombre, si ejerce de fiscal, es para dar un dictamen que no sería suscrito por una becerra.

Antiguamente todo fiscal se consideraba obligado a ejercer de inquisidor cargándole la mano al procesado. Contra esta tendencia protestaron enérgicamente, por deber de humanidad, escritores y pensadores de fuste, por ejemplo, Víctor Hugo. Hoy se entiende de muy distinto modo, en los países cultos y humanitarios, la misión fiscal. El que acusa debe ceñirse a hechos consignados en autos. Levantar una acusación fiscal sobre presunciones e hipótesis salidas del caletre del mismo que acusa, para pedir gravísimas penas, es inadmisibles ante la conciencia racional. En los pueblos donde existe todavía la pena de muerte, los instrumentos de suplicio se sacan a última hora y de un modo vergonzoso. Los verdugos se han civilizado. Los fiscales también. Todo se civiliza, todo menos la

inquisición española, sobre la cual no pasan siglos, porque está en la masa de la sangre, y está en la masa por el predominio del cura en el confesonario y en la alcoba.

Las conclusiones de esa Becerra toruna, sobre ser un enjaretado de estulticias, en patibulario estilo que pide a gritos cadena perpetua para el autor, carecen en absoluto de fundamento. El fiscal supone, y, de lo que supone él solo, saca consecuencias contra los procesados. Ese absurdo tejido de hipótesis, que ha irritado profundamente la opinión liberal de Francia, Inglaterra y Bélgica -como lo prueban las protestas que circulan estos días-, no ha parecido dictamen, sino embestida. El señor fiscal ha estado a la altura de su ganadería patronímica.

Es, por otra parte, un calco, malo, del dictamen fiscal en el proceso contra Malato. Pero contra ese dictamen, mucho antes que se levantara el fallo del Jurado, se levantó la opinión pública en toda Francia. Se protestó contra él en la mayoría de los periódicos parisienses, en mitins tumultuosos, en manifestaciones callejeras, y, luego, en la vista del proceso, ocurrió algo que habla muy alto del valor cívico y del sentimiento humanitario del pueblo francés; ocurrió que una pléyade de políticos, escritores y periodistas fue espontáneamente a declarar en favor de Malato. Entre los declarantes había enemigos políticos del procesado, por ejemplo, Jaurés, y también había enemigos personales, por ejemplo, Rochefort.

El asunto Dreyfus separó a Malato de Rochefort, y la separación, envenenándose, se hizo personal. Poco tiempo antes del proceso, invitado yo por Rochefort a un almuerzo con Fermín Faure y Tarrida del Mármol, Rochefort me habló acerbamente de Malato, a quien, me dijo, no volverá a ver... Y luego, aunque octogenario y ocupadísimo, el campeón de La Lanterne pasó varias tardes en la Audiencia esperando vez para declarar en favor de Malato, quien después del veredicto, no le dio las gracias, como tampoco le devolvió la amistad Rochefort... probando ambos que la religión del deber está en sus almas muy por cima de controversias personales y de vicisitudes de la existencia. Acaso recordase Rochefort que, cuando estaba en Nueva Caledonia, amigos y adversarios de él se cotizaron para enviarle los muchos miles de francos que costó su evasión de presidio; que le prepararon un hotel, donde se hospedó al llegar a Londres, y que con las mismas manos generosas echaron los cimientos de L'Intransigeant.

¡Shoking!

Por fin hemos dado una nota internacional. Después de la pérdida del imperio colonial, pérdida que nos dejó tan tranquilos, Europa supo de España gracias a la perdigonada del empresario de marras, que hirió a veinte y tantas personas y operó de unas cataratas a un alemán, sacándole los dos ojos de la cara. Después, silencio sepulcral.

Pero la prensa parisiense de hoy se ocupa de España. Veamos:

«En el Senado español, el señor Silvela ha opuesto un formal y enérgico desmentís a los rumores que circularon sobre cesión de las islas Canarias a Inglaterra.»

Cuando pasa mucho tiempo sin que se diga nada de nosotros en Europa, la prensa se dirá:

«¡Esos pobres españoles! Están demasiado olvidados. Hay que decirles algo.»

Y al día siguiente el Fígaro o el Matín dice:

«No es cierto el rumor que ha corrido de que el gobierno español proyecte ceder la provincia de Valencia al imperio otomano.»

O bien:

«El señor Silvela ha opuesto un formal y enérgico desmentís a los rumores que circularon sobre cesión de la bahía de Vigo a Inglaterra.»

A eso hemos venido a parar. Cuando lo de Cuba llamamos la atención del mundo por aquello de «no cederemos una sola pulgada de territorio», «gastaremos el último hombre y la última peseta», y, sobre todo, por la indignación que nos producía la proposición de vender Cuba a los Estados-Unidos. «¡Nunca! Somos hidalgos.»

Pero como después de la catástrofe abrimos un baratillo de colonias, un soco colonial, no hay quien se explique nuestra existencia sino vendiendo colonias al por menor; y como ya está al terminar el gran barato que funciona en la plaza de Oriente, el extranjero habla de que vamos a vender las Canarias, de que no es cierto que pensemos vender las Canarias, de que sí cederemos la bahía de Vigo, de que no tenemos la supuesta idea de vender el Escorial, etc.

Antes del desmentís formal y enérgico del señor Silvela, súpose de España, porque, al hablar de las dotes de las soberanas, dijo el Matín:

«Le mariage d'Alphonse XII avec l'archiduchesse Marie Christine avait failli être rompu la veille de sa conclusion, parce que la reine Isabelle avait brusquement élevé ses prétentions.

L'incident fut aplani par l'archiduc Albert qui augmenta la dot de sa nièce, en déposant, «a son nom», une somme tres rondelette chez Rothschild, et en payant son trousseau.»

Es de suponer que a falta de pan, la prensa de París nos dé tortas coma esa. Apaciguadas las belicosidades plumíferas contra la pérfida Albión, falta tela, y la prensa no puede servir quisicosas tan exquisitas por el ingenio como esta que publicó el Journal:

Londres, le 27 Décembre.

«¡Il n'est pas chaud, dehors, to day!»

Disait

Daisy,  
Bobonne aux cheveux blonds, à la svelte tournure,  
En mettant sur ma couverture  
Thé, pain, beurre, lait, confiture,  
Tandis que je goûtais le repos du matin,  
Poil dans la main!  
Mais, penché, j'attirai l'enfant scandalisée,  
Dont la peau de satin par la bise est rosée,  
Et dis, faisant la pige à Rudyard Kipling:  
«Dehors, il est bien froid, mais, posant ton plateau  
«Daisy, viens près de moi! Vois si mon cœur est chaud!  
«Et tu seras ma queen, et je serai ton king.»  
«MORALITÉ  
Chaud king.»

Schoking, porquería... ¡Perdón, lector; perdón para el Journal! Olvidaba que España es el refugio de la moralidad escrita, del pudor sui generis; el país más blasfemo y peor hablado del mundo, pero el más escandalizado por las «cochinerías» del autor de La Terre; el país de quien ha dicho Zeda:

«Habrà quizás quien diga: Nuestra sociedad es virtuosa, enemiga del vicio... Aquí no hay corrupción, aquí nada huele a podrido, aquí los hombres son tan candorosos como el mismo Josef y las mujeres tan castas como la casta Susana. Aquí no hay círculos viciosos, ni adulterios, ni malas pasiones... Todos somos puros y limpios de corazón y nuestro pudor y santidad se irritan cuando un autor falseando la verdad, nos presenta en escena los extravíos de la vida humana...

Convengamos en que serían un poco exagerados tales optimismos. No diré yo que la generación presente sea peor que las pasadas, pero sí me atreveré a asegurar que no es

mejor. En cualquiera de esos teatros en que los espectadores rechazan por inmorales y por escabrosas escenas que no traspasan los límites del decoro, puede el observador, mirando en derredor suyo, rehacer con el pensamiento escenas de la vida real que todo el mundo conoce y muchos comentan con frase naturalista...»

La diferencia entre París y Madrid en punto a moralidad, es que en París se ama sin hipocresía, con luces, en camarines bien olientes; y en Madrid se ama detrás de las puertas, en oscuros pasillos, en catres de recónditas alcobas, apagando la luz que alumbra el altar de la Purísima... La literatura española, reflejo de ese estado de alma, es un catre, lleno de insectos -de los insectos que revolotean en las vespasianas de la heroica villa y corte de garabatlillo-; un catre donde ciertos novelistas, rufianes de fondo y tartufos de forma, revolcaron, bajo burdas mantas de Palencia, voluptuosidades robadas a las obras de los Flaubert y Zola, entre otras verdaderas regentas de la moderna literatura europea.

La hipocresía en todas las manifestaciones de la vida, la hipocresía frailuna, inmunda, ha apagado las luces del ingenio y de la virilidad de España, y España ha dejado de ser la patria de los hidalgos, en concepto del extranjero, para convertirse en la patria de unos mercaderes que venden colonias como si fuesen cacahuetes...

De la sarna nacional

Hablábamos de lo del marqués de Cayó en el garlito, de lo del estampillado y de otros fraudes decorosos, y un tertuliano, madrileño y recién llegado de Madrid, dijo:

-Lo que yo siento es no estar complicado en lo del estampillado. ¡Cobrar en oro!... ¡Vaya un crimen!!...

La tertulia celebró la ocurrencia. Miré al autor de la misma, y en sus ojos reídos me pareció ver reflejado el cinismo de la villa y corte...

Hace unos nueve arios telegrafíé al Heraldo de Madrid las jugadas o jugarretas de Bolsa que por entonces hacía con noticias que le enviaban de la Habana, siendo Martínez Campos capitán general de Cuba, ese caimán que se titula marqués. Mi telegrama, que también contenía la última liquidación de las cucas jugadas de dicho bolsista, fue reproducido por casi todos los periódicos españoles, entre ellos El Diluvio.

Pero no pasó más; es decir, sí pasó algo que ahora debe contarse.

Provisto de una carta de recomendación del señor duque de Mandas, embajador de España en París, el señor marqués me llevó ante el Comisario de policía de la Bolsa, y allí el señor Comisario, azuzado por dos asalariados del señor marqués, pretendió que yo firmase una delación, escrita anticipadamente, y según la cual los señores Ivo Bosch, Calzado y otros bolsitas españoles me habían transmitido las acusaciones que telegrafíé al Heraldo. No sólo porque la delación era pura calumnia, sino también por lo que debo, como periodista, al secreto profesional, me negué rotundamente a firmar lo que se me pedía...

Fracasado en su intento, el señor marqués acudió a otros medios. Uno de sus paniaguados me amenazó con la intervención de un hijo del señor marqués -tal vez el mismo que agredió a Soriano-, y, como esta amenaza no logró conmoverme, otro agente del señor marqués me insinuó que este potentado podía darme un pingüe, y no sé si pingoso, destino en un Banco de París.

Se quería de mí una rectificación, que de ningún modo y por ningún medio se me pudo arrancar. Y si la Prensa española hubiera entonces cumplido con su deber, abriendo una información que hubiese hecho buena la denuncia que formulé en mi citado telegrama, el señor marqués no habría seguido estampillando o despampanando el Tesoro público.

¡Bah! ¿Quién se acuerda ya de eso, ni de mi telegrama?... Pues lo mismo pasará con la denuncia de Soriano. El cuerpo social de España, mon cher Soriano, es como el de una vieja sarnosa y costrosa, que de día se queja de estar llena de miseria, pero luego, de noche y en la cama, ¡le da tanto gusto rascarse! Y en el fuero interno maldice al médico que quiso levantarle una de las costras que constituyen su segunda naturaleza.

Después de todo, como decía el aludido madrileño, en Madrid nadie sabe cómo está de estampillado.

\*\*\*

Suelto el marqués, y suelto su hijo, digamos algo de españoles que, aunque no han defraudado al Estado -o tal vez en castigo de no haberlo defraudado-, les andan buscando.

Espanoles que residen en el extranjero, y que no comulgan con el actual orden de cosas, como tampoco comulgan con ruedas de molino, leyeron el artículo que el Heraldo del 1.º de Noviembre dedicó a solicitar del Gobierno del señor Montero Ríos, denunciado como defraudador por Soriano, una amplísima amnistía para los delitos políticos, entre ellos los atribuidos a la Prensa, que muy rara vez se persiguen en Europa. Según dichos compatriotas, el Heraldo hizo buena labor.

Pero, avizorados en una experiencia que nada tiene de almibarada, desean ellos que se explique de modo categórico, o sin que deje lugar a dudas e interpretaciones, y para que la amnistía no resulte un cepo para cazar fugitivos incautos con reclamos de sirena, ¿qué se necesita en España para que un procesado político pueda considerarse al amparo de una amnistía, sin que en ningún tiempo se convierta ésta en teja que le caiga en la nariz?

No parece muy fácil la contestación, por cuanto habiendo yo consultado, hace algún tiempo, el caso de un compañero mío, residente donde puede y le dejan, a Luis Morote, letrado, éste, a su vez, lo consultó al Licenciado Vidriera, letrado y medio, cuya respuesta, dirigida a mí, que soy un cuarto de letrado, no fue todo lo definitiva ni clara que precisa mi compañero para internarse tranquilamente en esos bosques de alimañas feroces.

Quizás recordase mi compañero que a otro periodista, también asilado en el extranjero, y que, por fiarse de amnistías, tuvo la mala ventura de restituirse a España, por primera providencia le zamparon en la cárcel, y luego, por providencia segunda, mientras se

estudiaba el caso y se sustanciaba el derecho, le molieron a estacazos. Debatido y fallado el punto, no hubo más remedio que ponerle en libertad; pero el carcelazo, y los palos por añadidura nadie se los ha quitado de encima.

Promulgar una amnistía, y cantarle loas en la Prensa, para salir luego con que no se puede aplicar a tal o cual procesado, a quien sí se pueden aplicar, en cambio, unos vergajazos o macanazos, es una de esas canalladas alevosas y cobardes que los Gaud y Liégeot hicieron en el Congo y que las rechaza y castiga duramente la conciencia pública de todo pueblo que se precia de culto y honrado y de tener sentido moral, así como también el respeto que se debe a sí propio si quiere que se lo tengan los pueblos extranjeros.

Hay, pues, que explicar con qué se comen, o qué cosa significan para los procesados menesterosos, en un país de potentados defraudadores con bula y bendición pontifical, las tales amnistías, a fin de que los que lograron escapar de las garras de los Trepoff enanos que ahí se ceban en periodistas infelices, sepan, por fin, si deben volver dentro de sus respectivos pellejos, sin miedo de que se los agujereen, o si deben, para utilizar la merced de la amnistía, blindarse las espaldas y ponerse bragueros de hierro...

En Rusia y en España

Recordarán ustedes que Plehve murió como lo que era: como un perro rabioso. La admirable bomba de Sasonoff le arrancó las quijadas y los labios, le apabulló el cráneo, le hundió las costillas, le hizo casi polvo. Y para dar sepultura a sus restos hubo que recogerlos con cuchara.

Se pensó entonces que no había bastante castigo en el Código, que era necesario inventar un nuevo castigo para Sasonoff y su cómplice Sikorski.

Pero periódicos tan graves e importantes como The Times condenaron duramente la nefasta obra política de Plehve, llegando a considerar su muerte como una expiación. Durante la vista del proceso de aquellos grandes justicieros, el pueblo, frente al palacio de Justicia, gritaba:

-¡Absolvédles!... ¡Absolvédles por haber librado a la patria de su tirano!...

Sasonoff fue condenado a trabajos forzados por toda la vida. Sikorski a 20 años de la misma pena.

Pero inmediatamente después hubo una conmutación de pena: la de Sasonoff se redujo a 14 años de trabajos forzados. La de Sikorski a 10 años.

La idea de la expiación de Plehve entró, como cuña a mano, en el corazón del tribunal sentenciador.

Casi al mismo tiempo ocurrió este hecho: en el proceso de Komof -quien sustrajo del convento de religiosos de Kazan la célebre imagen de la Virgen María, madre de Dios, la

cual, reproducida, figura en la bandera de la casa imperial del Zar, y después de robarle sus piedras preciosas hizo un auto de fe- el abogado defensor dijo al tribunal:

-Komof no es sacrílego, sino ladrón, obligado a robar por la miseria, mientras otros ladrones, ladrones con escarapelas, gozan de toda impunidad y de la consideración de las clases directoras de Rusia...

El público aplaudió estrepitosamente, y, a Komof, que iba a ser condenado a muerte, se le condenó a doce años de trabajos forzados.

El pueblo ruso está harto de sufrir. «Hay que verle de cerca -ha dicho Gabriel Mourey-, hay que ver este pueblo de miseria moral y física, estos hombres, estas mujeres, estos niños, estos ancianos; hay que verles en las negras calles de los faubourgs, en el dédalo de callejas de la ciudad vieja y del barrio judío, en el suelo de harapos sin formas ni colores, en medio de los cuales se sumerge una faz lívida, una faz inerte, sin expresión, espantosamente pasiva, con ojos sin mirada, con labios muertos. Hay que verles arrastrar su piojosa miseria a lo largo de las aceras, bajo la amarillenta luz de este cielo lluvioso, para medir toda la extensión y toda la profundidad de los sufrimientos que constituyen la vida de este pueblo. Y el invierno empieza y la guerra acumula ruinas sobre ruinas. Se arranca a estas gentes a la opresión para mandarlas a la muerte. ¡Ah! ¡Con cuánto odio en los ojos ven pasar por las calles las patrullas de cosacos!...»

La movilización produce espantosas escenas en Polonia. Madres polacas que se echaron a la vía para impedir la marcha de trenes cargados con sus maridos y con sus hijos, fueron aplastadas por las locomotoras. Viudos ahogan sus hijos por no dejarles solos. Otros hombres mueren de pesadumbre al arrancarles de sus hogares.

Y los sindicatos de políticos, de financieros, de grandes potentados de Rusia, van haciendo el caldo gordo con el jugo del pueblo oprimido y exangüe. La suela de los zapatos de los soldados son de cartón. Cuando el termómetro marca 20 grados bajo 0 en Mandchuria, la Administración rusa, a escape, envía al Extremo Oriente abrigos, mal cosidos, de pieles de carnero que no fueron desinfectadas. En algunas cajas con destino a los soldados se han encontrado abrigos de niños, verdaderos baberos para cuando los japoneses les hacen la barba a los cosacos. No hay cloroformo en las ambulancias y los heridos rusos son operados entre gritos espantosos. Algunos, después de operados, caen en estado comatoso...

Pero el pueblo ruso odia y sabe odiar. Cuando el Zar suprimió por decreto las penas corporales en honor del Zarewitch, Tolstoi hizo esta observación:

-Es más bien humillante el pensar que no se azotará al pueblo ruso porque en tal matrimonio ha nacido un hijo, y que si hubiera sido hija la criatura se continuaría azotando al pueblo ruso.

En este grito de indignación tolstoiana está toda la cólera del pueblo ruso...

\*\*\*

... También España tuvo su derrota tremenda, su escuadra aniquilada sin pelear, su Port-Arthur sin defensa, y sin gloria, unos sindicatos de políticos y financieros que hicieron el caldo gordo con la sangre de un pueblo atrofiado por una miseria piojosa.

Pero no hubo madres que se echasen a las vías férreas para impedir el paso de trenes asesinos. No hubo protesta de ninguna clase. Tampoco tuvimos Tolstoi...

Y cuando nuestro Plehve, llamado Cánovas, tuvo su Sasonoff, el pueblo no se amotinó frente al Palacio de Justicia pidiendo que se absolviese al libertador de la patria; y cuando Cánovas resucitó en Maura, y la cota de malla que gastaba éste fue arañada por el inexperto puñal de Artal, nadie abogó por este desdichado, nadie habló de expiación, y el Aldije del partido conservador continuaría enterrando las libertades del pueblo español en el huerto con que reemplazó la huerta canovista, si el Rey, erigiéndose en supremo vengador, no le hubiese dispensado el honor de echarlo de un puntapié en el trasero.

#### Nuestros Héroes

Una de las cosas que me preocupan más y que debiera preocupar a todos los españoles, es... qué vamos a hacer cuando acaben las guerras que sostenemos, o que sostiene el pueblo, con tantos héroes como hemos hecho; tres mil doscientos veintitrés por ahora, según cuentas de un mi amigo. Como el país tiene leyenda, y gusta de saborearla, aunque sea a costa de un perro chico, hay periódico que le sirve diariamente media docenita de héroes, como si fuesen ostras para hacer boca. ¡Tres héroes! -¡Catorce héroes! -¡Más héroes! (sic). ¡Siguen los héroes! Pero no en este carácter de letra, sino en letras como puños, muy parecidas a las de los letreros de las tiendas de ultramarinos que anuncian: Ricos jamones gallegos. -Longanizas de Vich. -Más jamones. -Siguen las longanizas.

Todos los pueblos tienen leyendas, y todas son igualmente falsas. Prescindiendo de esta consideración, no sé a dónde va a llevarnos la manía de calificar de héroe al militar que se bate cuando llega el momento de batirse, por lo cual le paga el pueblo contribuyente, y que tiene la desgracia, o la suerte, de morir... No sé tampoco con qué derecho nos quejamos los periodistas cuando nos atropellan militares a quienes calificamos de héroes... Si es héroe el militar que muere al tomar una trinchera, son héroes el periodista que muere sobre las cuartillas, el albañil que se cae de un andamio y el minero que se asfixia en el fondo de la mina, extrayendo oro para otras manos... a no ser que se crea que tomar una trinchera -que acaso sea baluarte contra la ferocidad religiosa- y atravesar de parte a parte a un adversario -que quizá tenga razón contra nosotros- es empresa más gloriosa y benéfica que escribir periódicos, fabricar casas o extraer mineral.

Por otra parte, en nuestras actuales guerras, guerras vulgarísimas, como las que Inglaterra ha tenido a docenas sin llamar la atención de nadie, y sin que los periódicos las dedicasen cada día más de un cuarto de columna -guerras al escondite, en las que se hace difícil, si no imposible, la hazaña portentosa, no he visto ningún hecho de armas verdaderamente excepcional que a nadie haga merecedor de que se le compare con Aquiles,

con Xenofonte, ni siquiera con mi amigo Tesifonte, el cual, como reporter en la manigua, hizo más que nuestros guerreros laureados.

Anda tan mal de héroes este pobrecito fin de siglo, que los amasamos con carne de cañón... Todo el mundo es HÉROE, como todo el mundo es GENIO; y cuenta que por no habérmelo parecido, en mi pueblo, un rascatripas a quien se comparaba con Paganini, estoy aquí, en Asnières, escribiendo crónicas; en vez de ser, como pude haber sido, algo; por ejemplo: alcalde.

\*\*\*

Pero en punto a héroes, nada comparable al cabo Bolinao; ¡qué proezas las suyas!... ¡qué cabo!

Y véase ahora lo que nos cuenta El Nacional:

«Con la impresión de la mala noticia, hemos pasado todos por alto el gran disparate geográfico del gobierno a propósito del suceso de Bolinao.

Primero, el gobierno dio a los periódicos un telegrama del cabo de Bolinao al ministro de la Guerra.

Después Julio Burell se entusiasmó con el cabo de Bolinao, diciendo que en ese humilde soldado resucitaban las glorias españolas.

Luego se nos ha dicho que la Regente deseaba recompensar espléndidamente al cabo de Bolinao.

Y, por último, parece que los ministros de la Guerra y Ultramar, han conferenciado con el presidente del Consejo acerca de la gran cruz que se debe conceder al cabo de Bolinao.

¿Han atado ustedes bien todos estos cabos?

Pues, sepan ustedes ahora que no hay tal cabo de Bolinao.

Bolinao es un cabo de tierra, lo que se llama un cabo geográfico, prolongación de la gran cordillera de los Zambales, en la costa de la isla de Luzón.

En ese cabo de Bolinao hay un destacamento mandado por el teniente Miguel Rodríguez González, y este teniente, comandante del destacamento del cabo de Bolinao, es el que se ha dirigido al ministro de la Guerra.

Esa es la plancha en que ha incurrido el general Correa, y con él, lo decimos con vergüenza, todos los periodistas españoles que nos hemos tragado lo del cabo. Y ahora, por no volverse atrás el ministro de la Guerra, y por no confesar su plancha, nuestros colegas son capaces de mandarle poner la corbata de San Fernando al cabo de Bolinao.»

Total: un señor ministro de la Guerra que confunde una montaña con un soldado; unos señores periodistas que entonan fúridos ditirambos en honor de las heroicidades guerreras de una montaña; y un pueblo, en suma, que no conociendo siquiera la geografía de sus colonias, pretende el absurdo de regirlas y gobernarlas.

El Catarro de Sagunto

-Amigo, el de las piernas largas de progreso -preguntaba Heine-, ¿qué noticias me traes de la patria?...

El amigo español, que por tener piernas de progreso tuvo que salir huyendo de un país entregado a todos los horrores de una reacción vergonzante y vergonzosa, contesta siempre lo mismo:

«Aquello es el acabóse.»

-Pero, ¿no hay solución?...

-Ninguna, por ahora. Se habla de crisis parcial. Va a salir el Ministro tal para que entre el exministro cual.

-Y el Ministro tal, ¿dónde va?

-Como ir... la verdad es que merecía ir a presidio.

-Entonces es seguro que entrará en otro Ministerio...

Estos y otros diálogos, corroborados por las informaciones de los corresponsales parisienses en Madrid, recorren la ville lumière, y luego nos quejamos de que un Jean Lorrain crea que somos una raza degenerada y perdida para la civilización.

Ciertos políticos españoles creen que en el extranjero no hay quien se entere de lo que pasa en España, y que impunemente se puede hacer toda clase de horrores, porque sólo la gente de casa se entera de ellos. ¡Qué error!

Débase vivir correctamente, no sólo por respeto a sí mismo, sino también por respeto a la vecindad; y el vecino, o sea Francia, está asqueado de los espectáculos de la política española.

Son muchos los madrileños que hacen aspavientos ante París, «moderna Roma de la decadencia». Si se acusa de timadores a unos señores periodistas; si una actriz se aligera de ropa delante de un público de caféconcierto; si una cocota se arremanga las faldas por gusto de lucir los bajos, o por no ensuciarse los encajes en la basura del bulevar; si un escritor describe pintorescamente una escena orgiástica, aquellos pudibundos, que parecen hijos de frailes y beatas, aforrados en asquerosa hipocresía, exclaman en el paroxismo de la indignación:

-«¡Qué costumbres!... ¡Qué asco de país!... ¡Esto está perdido!...»

Pero cuando Delahaye denunció a los chanchulleros del Panamá, nadie tuvo la idea de meterle en la cárcel, como se ha querido meter a Rodrigo Soriano; poderosos personajes, a lo Rouvier, desfilaron ante los Tribunales de justicia; Baihaut, todo un señor Ministro -y millonario además- envejeció en la prisión de Mazas; Floquet, todo un candidato a la Presidencia de la República, anulóse por completo, aunque no tomase dinero para sí, sino, para campañas políticas del Gobierno; y al político más temido de Francia, Clemenceau, no le sirvió de nada el poderoso verbo, ni el atrevido acero de su espada, y estuvo en el lazareto...

Llenas están las cárceles de personajes como Baihaut, de periodistas como Civry, de corruptores como Artón.

En Francia, como en todo el mundo, delinquieron Reyes y delinquen ciudadanos. Pero Luis XVI fue guillotinado, y guillotinado también la austríaca María Antonieta; el Barón de Reinach tuvo que suicidarse para escapar a la venganza de Panamá, y Bourdeau murió en el olvido, moralmente decapitado por la guillotina seca. El pueblo francés conserva el sentido de la conciencia racional, y se hace justicia por su propia mano cuando se la niegan los Magistrados. Pero entonces no va a los Tribunales, sino que va a la Revolución...

Sólo en España se hace todo impunemente; porque no hay país, y el pueblo no lee, ni escribe, ni sabe, ni se entera; y los Gobiernos, para medrar sin cortapisas, le conservan en la santa ignorancia de todas las cosas...

España -se dice- es un gran pueblo, pero un pueblo roído por el cáncer de los malos Gobiernos.

Añejas historias del Celeste Imperio refieren que Dios -el dios chino, que es más decente que el dios de El Siglo Futuro- castigó a Ching Fo, político saltimbanquis, prestidigitador de la tribuna, tráfuga de todos los partidos, apóstata desvergonzado, disturbio y ruina de la pobre patria; y le castigó por do más pecado había, dándole un cáncer que le acometió en la boca, y le royó el paladar, y le mordió la embustera lengua. Convertido en inmundada costra que tapaba purulento surco, desfigurado horrorosamente, siendo símbolo de la putrefacción moral que sembrara, aquel infeliz, roído por la lujuria del poder más aún que por su corrosiva úlcera, lejos de retirarse a sus desolados lares, refugiándose en la hediondez de sí mismo, siguió en la tribuna emponzoñando la vida pública con su pestífero aliento, semejante al silbo de un sapo moribundo. La Emperatriz no podía sufrirle en los Consejos. «Este Ministro -decía- huele mal.» Y el pueblo chino, que tiene el buen sentido de arrojar al río las deformidades de la naturaleza, completó la obra de Dios con barrer al Ministro que agonizaba matando, porque aquella funesta personalidad no era ya un hombre, ni siquiera un político: ¡aquello era un moco!

¡Cuántos mocos ha ido dejando en el gobierno de España el gran catarro de Sagunto! Y ¿dónde están, dónde están, que no les veo, los Vacquerie, Mirbeau, Gohier, Rochefort,

Maret, Cornely, los escritores viriles e independientes que cumplen en España la patriótica misión de barrer los detritus de una política infecta?

¡Ah, sí, ya les veo! Ya les veo a través de las rejas de las redacciones, cuando no a través de las rejas de las cárceles: secos, esterilizados, barridos -¡ellos, que debieron barrer!-por avaricias y egoísmos de empresarios usureros; uncidos, como el buey al arado, al carro del capital ajeno, y tirando, tirando de mala gana, para arrastrar en triunfo a tal cual imbecilillo de la política traidora y venal, repantigado como un marrano sobre el sufrido lomo de la redacción menesterosa...

Y yo mismo, que protesto, que me rebelo contra el despotismo de los mandarines y contra la abyección de la rutina; yo mismo, convertido a veces en censor de mi propia obra, y otras veces escribiendo para el cesto... ¡Qué vergüenza, qué gran vergüenza la de todos los que saboreamos en España la indescriptible amargura de escribir para el público!

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

